



*Monzón*

*Neblinas Doradas*

*Relatos de los andes*

*Amazónicos*

*Eleuterio M. Merino Serkovic*

---

## **Neblinas Doradas**

*Monzón*

*Las vivencias de los hombres  
en los Andes amazónicos.*

---

*Futura provincia de los chontaquiros  
Su capital Monzón*

**E**l distrito de Monzón, se encuentra en un extenso valle a cercanías del río del mismo nombre, limita por el norte con los distritos de Cochabamba y Rupa Rupa, por el sur con los distritos de Santa María del Valle y Mariano Dámaso Beraún, por el este con el distrito Rupa Rupa, por el oeste con el distrito Jacas Grande, por el nordeste con los distritos Tantamayo y Jircán, con una extensión superficial de 1521,39 km<sup>2</sup>, con un aproximado de 16 mil habitantes, tiene un territorio con una moderada inclinación con abundante bosque y suelos de variada estructura: arenoso, arcilloso, gredoso, calcáreo, que facilitan el sembrío de cultivos tropicales.

Las elevaciones montañosas propician un clima lluvioso y húmedo con abundantes fuentes de agua, ríos: el Yana Yacu, Chapácara, Puente Unión, Consolado, Agua Cantada, Chipaquillo, Cuyaco, Tazo Grande, Tazo Chico, Cachicoto, Espina, Rondos y quebradas que desembocan en el río Monzón, formando una gran variedad de cascadas y cataratas, saltos de agua que forman imágenes fantasiosas y bellas.

El valle de Monzón, comienza en la gran cadena montañosa que rodea por el nordeste y abriéndose a medida que avanza hasta encontrar el río Huallaga cerca de la ciudad de Tingo María.

*En cuanto a la arqueología del incanato,* existe poca evidencia por la férrea custodia que ejercían los yarowilcas, sin embargo en las cuevas y sedimento de cursos de quebradas se

encuentran restos de cerámica policroma de manufactura fina, hay construcciones pétreas en Chaupi Yacu, con características incaicas, se concluye que los yaros dominantes, pudieron haber hecho tentativas de avanzada.

**La coca.-** Planta sagrada cultivada por todas las etnias ubicadas en la gran cuenca amazónica, con plantaciones que compiten con la exuberante vegetación, es utilizada con fines adivinatorios y terapéuticos siendo preponderante en los pueblos que se encuentran en altitudes destacadas para mitigar el hambre y el frío, la coca crece desde los 1000 metros de altitud sobre el nivel del mar, toda la Amazonía tiene plantas de coca.

**Geografía e historia de Monzón.-** El valle de Monzón, está ubicado a una altitud de 930 msnm, fue creado por ley emitida en el Gobierno del presidente Ramón Castilla en 1857, tiene aproximadamente 1, 521,39 km<sup>2</sup> y una población de 16 mil habitantes.

**Monzón en el virreinato.-** La idea de los conquistadores, quienes se oponían al consumo de coca por los indígenas, hizo que tratasen de obstaculizar la viabilidad y la férrea defensa que ejercían los cholones, en las yungas, donde crece la maravillosa planta de la coca; el valle de Monzón estaba aislado por la defensa de sus entradas que ejercía la nación yarowilca, y por el poco interés de los gobernantes de turno. Aparte de la labor evangelizadora de los religiosos franciscanos que en su intento muchos de ellos perdieron la vida, el valle de Monzón no fue tomado en cuenta por la ferocidad de los yungas, recién a finales del virreinato un personaje ligado a empresarios y la corona española, inició la penetración, siguiendo las huellas de los misioneros.

**¿Quiénes eran los yungas?-** Son los pobladores selváticos que vivían cobijados por la inmensa vegetación, en la orilla de los ríos del que dependía su sustento; un gran conglomerado de pueblos con identidades marcadas, pertenecían a lugares

---

geográficos, así los cholones de Cachicoto, de Uchiza o de Pampa Hermosa, al mismo tiempo pueblos vecinos que tenían parentesco por consanguinidad; los más fuertes y numerosos se robaban a las mujeres, produciendo repudio y amistad a la vez. La sal, era patrimonio de los cholones y por ello los otros pueblos tenían que mantener respeto y consideraciones, además eran excelentes guerreros, pero en situaciones que amenazaban sus intereses comunes todos se ponían al frente, de esta manera ningún invasor tuvo éxito inmediato; incas y españoles perdían cantidades apreciables de soldados y promotores, así perdieron la vida los evangelizadores llegando a la inmolación.

Generalizando; los yungas de toda la Amazonía: los campas, jibaros, aguarunas, ashánincas, witotos, shapras, lamistos, chayawitas, boras, cashivos, shipibos y otros. Desde la conquista española hasta la actualidad son quienes han defendido y siguen defendiendo el territorio peruano. Sin embargo los invasores incas y españoles buscaron formas de conquista, los incas al confederarse con los yarowilcas hicieron un gran frente contra los cholones quienes tenían la coca, sal, tabaco y especias que ellos necesitaban, entonces tuvieron que aceptar la supremacía guerrera de los yungas.

En cambio los religiosos se valieron de las amistades que tenían los cholones con otros grupos humanos, mediante ellos sembraron la cristiandad, aunque para conseguir su objetivo tuvieron que sacrificar sus vidas. Hay trabajo relevante de los jesuitas, franciscanos y otras órdenes religiosas, aunque se diga sistema de dominación, debemos reconocer el denodado sacrificio por enseñar y culturizar a los habitantes casi indómitos de la Amazonía; hoy podemos alegrarnos que el pueblo cholón asimiló las cosas buenas del cristianismo sobresaliendo y haciendo notar su elegante presencia y la humildad de su corazón y religiosidad.

## *Procedencia de los cholones*

El valle de Monzón, originalmente estuvo poblado por la gran nación de los cholones, con asentamientos en diferentes sectores desde Tazo Grande, en la provincia de Leoncio Prado y el río Mixiollo, en la provincia de Tocache, en los límites de Huánuco y San Martín se extendió siguiendo siempre las cercanías del río Huallaga, llegando a Juanjuí, hasta la desembocadura del río Huayabamba en el departamento de San Martín, teniendo dos capitales uno en el río Mixiollo y otro el pueblo de Mercedes, en Uchiza.

La distribución geográfica y demográfica obedecía a estrategias de dominio; tal es que cada cierto trecho existían pequeños poblados, puntos de referencia para impedir el establecimiento de intrusos, pero los hibitos, parientes cercanos estaban siempre vigilantes ante cualquier circunstancia de intromisión extraña.

*Etimología.*- Este apelativo fue dado por los españoles a los nativos del Perú, **cholo**, **mestizo**, **indio**, por lo tanto, los **cholones** fueron los indígenas del Perú, ellos vivían en la selva y los rasgos fenotípicos con los incas era significativo.

## *Reseña histórica de los cholones*

Los cholones, abarcaban una extenso territorio, desde el río Tazo hasta el río Mixiollo, en la provincia de Tocache. Si miramos al norte la tribu quedaba al lado izquierdo del río Huallaga colindaba con los tepquis. Los cholones, sabían de textilería, conocieron: la agricultura, cultivaron la yuca, la ashpa, el camote, la sacha papa, el dale dale, ají, etc. Se alimentaban de la carne de monte, vivían de la pesca, por su cercanía con el río que proporcionaba abundantes peces.

Conocieron armas de guerra: el arco con flecha, la lanza, pero en la mayor parte de sus vidas eran herramientas de trabajo para la pesca y la caza. Adoraron al otorongo su

---

máximo dios, así también, al río, a la lluvia, y a los antepasados. Las crónicas, cuentan de minas de sal que los cholones cuidaban con celo máximo, aunque pacíficos, como toda persona de la selva, siempre se encontraban en vigilia, pues la sal era utilizada por las tribus, para diversos preparados, y la codicia de muchos atraía a estas minas para ser saqueadas.

Para que no haya intención de matar a los que buscaban la sal, cada vez que llegaban los visitantes, bailaban en honor a su “padre”, quien vigilaba desde la montaña. Con los cuerpos pintados con huito (*Genipa americana*) y lanza, flecha, y arco en mano, vestidos con piel de tigre y con una sonrisa que causaba temor, se juntaban varones y mujeres, e iniciaban el ritual, bailando al son de instrumentos de su creación. El ritual continuaba hasta que las provisiones terminaran, comían: carne del monte, pescado, yuca y bebían masato, “en desenfrenado júbilo con música, danza, carne, mazato y dama, llamaban al mismo diablo”.

Cuando el caudal de los ríos empezaba a mermar, todos los habitantes selváticos hacían provisiones de sal para la caza y la pesca, los que se encontraban río arriba acudían a las minas de sal llevando comestibles, de igual manera los que vivían río abajo desde la desembocadura del Huayabamba porque era fácil bajar con las cargas de sal, pero la costumbre era dar gracias a los dioses y a sus antepasados este conjunto de cholones celebraba una gran fiesta, “daba inicio con la partida del brujo al monte, poseído por el Mayan, invocando su presencia y en la soledad del bosque fabricaba una especie de flauta (el shollento) que al entonar emitía sonidos estridentes, imitaba a las aves y otros animales”, mientras tanto los recién llegados alistaban espacios y provisiones, las mujeres hacían el masato en grandes tinajas y en cantidades considerables. Entonces el brujo desde la espesura del bosque ingresaba completamente transformado, personificando al demonio, en la comunidad todos bebían esencia de tabaco, también se

---

insuflaban en las fosas nasales que producía euforia desmedida, en ese instante salían a relucir tambores y flautas: unas de bambú, otras de hueso de animales silvestres, también de sus enemigos humanos”, (¿antropófagos?).

Generalmente estaban desnudos, tenían el cuerpo pintado con los colores de la boa constrictora y el jaguar, bajo los efectos del tabaco y el masato se entregaban a un total libertinaje sexual, dando rienda suelta a la morbosidad; los ancianos se encargaban de proteger a los menores de edad ubicándolos en una vivienda especie de santuario, al cual respetaban y la infracción castigada por los ancianos quienes tenían isulas (Paraponera clavata) guardadas en potos de huingo (Crescentia cujete) que el infractor tenía que soportar. Después de sellar el agradecimiento a sus dioses se sentían muy seguros y sacaban la sal de las minas luego regresaban a sus poblados de origen.

Por la amistad y parentesco que mantenían con los tepquis, guerreros respetados en la Amazonía por su ferocidad; los cholones intercambiaban productos selváticos, muchas veces por la sal de sus minas. Quienes querían intercambiar tenían que surcar o navegar con embarcaciones rústicas por el río, única vía existente; después tenían la penosa necesidad de regresar a sus lugares de procedencia, que en la mayoría de los casos costaba muchos días de navegación.

Para realizar los trueques, las tribus vecinas se desplazaban a través de los ríos Huallaga, Monzón, Magdalena, Santa Marta, Tulumayo etc. En ocasiones tenían que cargar sus embarcaciones río arriba por senderos que construían ya que el río no se prestaba para una navegación segura, sus embarcaciones eran las canoas y las balsas hechas del palo de topa.

*El vestuario de los cholones*, consistía en la ropa ceremonial y la ropa para el uso diario. La ropa ceremonial confeccionada de piel de otorongo, pues creían que eran descendientes directos de este dios, tenían un estilo tipo pampanilla

---

(taparrabo) y la ropa de uso diario estaba hecha con tela de algodón llamada cushma, en el caso de los varones, y las pampanillas para las mujeres. Las crónicas de los primeros exploradores, explican la existencia de dos centros de comercialización de la sal, aunque distantes, mantuvieron estrechas relaciones de amistad y regocijo, afortunadamente existe el pueblo de Las Mercedes y el pueblo de Cachicoto: cachi “sal” y “coto” acumulación grande. Los cholones “desaparecieron” en 1704, ya que la historia escrita no registra su accionar desde esa fecha, posiblemente ingresaron selva adentro, o en todo caso, formaron otra comunidad del cual desconocemos su nombre.

Así también desaparecieron por las enfermedades contagiadas por los blancos: la viruela y el sarampión. No podemos hablar del valle de Monzón y los cholones sino mencionamos a la gran nación de los yarowilcas, colindantes y principales consumidores de los productos de la yunga.

(Los cholones de Rupa Rupa: CPC- Julio Cesar Panduro Reátegui y Profesor: Mario Quispe Calero).

## **Reseña histórica de los yarowilcas Tantamayo**

*(Mincetur- complejo arqueológico de Tantamayo).*

Una de las culturas importantes por su extensión y desarrollo que floreció durante el periodo preincaico fue la cultura Yaro, que dio origen al **Imperio** yarowilca, así indica el notable cronista Guamán Poma de Ayala, descendiente de Túpac Yupanqui.

El arqueólogo peruano Julio C. Tello lo considera un imperio poderoso que al confederarse con el Tahuantinsuyo, su monarca Cápac Apo Huamán Chahua, tuvo el mismo rango que el inca siendo una especie de rey o incap rantin, se sostiene que este imperio se desarrolló en el intermedio tardío 1 200 años d. C. según el cronista Guamán Poma de Ayala, pasó por cuatro periodos que son los siguientes:

**Huari Huaricocha Runa.-** En este periodo los yaros, vivieron en estado salvaje, nómadas, se alimentaban de frutos silvestres, resguardándose de las inclemencias del clima y ataques de los animales en las cuevas, cubriéndose con hojas de árboles y luego con pieles de animales, no desarrollaron ninguna actividad creativa preocupándose solamente en conseguir el sustento diario.

**Huari Runa.-** En este período, los yarowilcas evolucionaron por su espíritu de superación, convirtiéndose en sedentarios, construyeron rústicas viviendas y aprendieron a cultivar la tierra para proveerse de alimentos.

**Purun Runa.-** En este período adquieren un mayor desarrollo gracias a su capacidad creativa en el arte textil, cerámica, y arquitectura, alcanzaron mayor desarrollo siendo considerados por esta razón “La Pompeya de Huánuco”.

**Auca Runa.-** En este periodo mejoraron sus técnicas arquitectónicas que permitió construir edificios de varios pisos, verdaderos rascacielos de gran solidez y belleza, empleando piedra y barro, construyendo sus fortines en sitios

---

altos que probablemente sirvieron de observatorio para el estudio de los astros a cargo de sacerdotes.

En este período, dado su espíritu guerrero ensancharon sus dominios por medio de conquistas territoriales, creando así en este período el gran Imperio yarrowilca.

*Dinastía yarrowilca.-* Por su espíritu de superación, su capacidad creativa y su valor llegaron a forjar la nación más poderosa que se asentó en los linderos de Huánuco. Los restos materiales que acreditan su existencia fueron descubiertos por el investigador peruano Francisco Rubén Berroa. Los dominios de este imperio según el arqueólogo Julio C. Tello se extendieron más allá de las hoyas interandinas, sobrepasando la cordillera Oriental y Occidental que los rodean por uno y otro lado avanzando hacia el llano amazónico y hacia la costa del Pacífico.

El Imperio yarrowilca, durante su existencia fue gobernado por más de treinta monarcas según Guamán Poma de Ayala, siendo su primer rey o yarrowilca, Cápac Apo Pacarimoc Yarrowilca y su último gobernante Cápac Huamán Chaua. Según los estudios realizados por el notable huanuqueño Salustio Maldonado, su principal divinidad fue Labiac Cancharco, que cayó del cielo en forma de rayo al nevado Yarupaja, donde crecieron sus hijos que salieron de su cueva por ocho puertas. La cultura yarrowilca, se desarrolló sobre varias naciones y numerosos pueblos siendo la capital del Imperio wanuko marka ubicado actualmente en la jurisdicción de La Unión, provincia Dos de Mayo.

Los incas construyeron una gran provincia llamada Wanuko marka; residían 10 mil familias, con la llegada de Túpac Yupanqui y Huayna Cápac mejoraron la antigua capital del reino de los yarrowilcas, haciendo de Wanuko Marka, una de las más bellas y grandes ciudades del Imperio Tahuantinsuyo.

En su área erigieron palacios reales: el Templo del Sol, el Convento de las Vírgenes, escuelas, cuarteles, almacenes, un

lago artificial etc, y la dotaron también de plazas, fortalezas, cementerio y barrios. Los wanukos, gobernados por los yarowilcas, ofrecieron gran resistencia, en forma organizada capitaneado por su rey Apo Chaua, usando de sus fortalezas situadas en lugares estratégicos y sacando ventaja de la topografía del terreno, en defensa de su suelo, costumbres y libertad.

Al comprobar el poderío de los yarowilcas, los incas decidieron entablar una política de acercamiento y paz, llegando a tener relaciones amistosas con los wanukos, siguiendo así la confederación **inca-yarowilca**. Cimentada la alianza Cápac Huamán Chaua, hijo de Cápac Chaua y Huayna Cápac sucesor de Túpac Yupanqui emprendieron la conquista de otras regiones y naciones entre otros el de los: yachas, chupachus, y queros, ubicados en el territorio comprendido entre los primeros afluentes del río Huallaga y del valle de este nombre hasta Pillao, y Tingo María”.

En reconocimiento al rey yarowilca, por la colaboración prestada en las diferentes campañas, Túpac Yupanqui otorgó a Cápac Apo Huaman Chaua, privilegios haciéndole su virrey o **incap rantin**.

Con la incorporación del Chinchaysuyo al Imperio inca fortaleció su poderío, fomentando su desarrollo y cimentando su vida económica, ya que esta poderosa nación administrada por un rey o yarowilca era fuente de recursos y hombres, con su capital Wanuko Marka, rica en tierras fértiles, en pastos y ganados, en minas de cobre, oro y plata.

Aquí los incas no erigieron ciudad alguna sino que solo la embellecieron con edificaciones de estilo incaico, dando la fisonomía de una ciudad imperial, llegando a ser una de las más bellas y grandes ciudades. (Historia de Huánuco-Los Yarowilcas).

**Monzón posibilidad agropecuaria.-** El valle de Monzón por sus características especiales de suelo y clima es apto para una

---

gran variedad de cultivos tropicales, frutales, hongos, arroz, peces, moluscos, aves y otros.

Una agricultura intensiva acabaría con el recurso suelo en muy poco tiempo, en la actualidad la depredación es gigantesca, tendría que ser multifuncional, industrializable: el dulce de olluco, conservas de hongos, moluscos, el caracol gigante, el toro callampa y muchos otros.

***El comercio en Monzón.-*** Esta actividad se basaba en productos tropicales: la coca, el tabaco, la caña de azúcar, café, ají, incienso, fibras, plantas curativas, frutas, condimentos, colorantes; todo lo que producía y tenía el valle era deseado por los hombres andinos.

El intercambio de los productos serranos era muy activo: los vacunos, carneros, trigo, cebada, habas, variedad de legumbres, queso, jamón, la coca el producto de mayor venta y consumo.

Lloviznaba, la noche estaba húmeda, el cielo cargado de nubarrones, las neblinas en las colinas cercanas y truenos que emergían del fondo de las montañas, el rugir de los tancuys (hembra y macho), despertar con los labios teñidos de verde por el cotidiano masticar de las agoreras hojas de coca.

Monzón, enclavado en la cordillera Negra, productor de la mejor coca, el mejor café y hábitat de personajes importantes que amasan inmensas fortunas por “el milagro verde”, que encandila a tanta gente y en todas las épocas, desde que el hombre descubrió las bondades de esta hoja.

Se encuentran vestigios líticos en Rumirumi, Chipaco, Chaupiyacu, Patay Rondos, Chipaquillo y en diferentes quebradas, hay sitios en los que al escarbar se encuentran pedazos de cerámica fina; por los contrafuertes de la cordillera Negra, el acceso es difícil por los acantilados que impiden su penetración, deduciéndose que los yarowilcas quienes tenían la supremacía, eran dueños y controlaban los accesos y cobraban impuestos a los que se internaban en la selva en busca de coca.

---

Sus poblados estaban en las zonas de acceso al centro productor de este artículo y muchas otras exquisiteces que producía el caluroso valle.

*La coca*, ha llegado a ocupar sitios preponderantes por sus cualidades benéficas para el hombre andino, especialmente del campo y su uso para el chacchado tiene repercusiones ancestrales, cuando grupos humanos tuvieron la supremacía de poseerla y esto llevó a grandes rivalidades evidenciándose en enfrentamientos y el deseo intenso de conquistar a los chunchos o yungas.

Los preincas, estrecharon sus fronteras para acercarse a los yungas en su afán de adueñarse de los territorios cálidos y por supuesto los cocales; como los contrafuertes que separan los valles cocaleros son de difícil penetración, los pobladores andinos buscaron zonas de mejor acceso por lo que hay caminos antiguos construidos en los periodos preinca e inca.

Los encantos de la ceja de selva y la selva misma son inconmensurables, y siempre ha existido el trueque que de alguna manera estableció parámetros de convivencia pacífica, respetuosa con la dignidad de las personas.

Todas las etnias están ligadas a la coca, planta que se encuentra en los bosques desde los 50 metros de altitud hasta los 800 msnm, se la considera una planta milagrosa, dotada de virtudes extraordinarias, representa para los indígenas; la fuerza, la vida, es un alimento espiritual que les permite entrar en contacto con sus divinidades y esto hace que la selva peruana esté poblada de este arbusto y sea utilizado por los nativos con paz y tranquilidad.

Ancestralmente ¿quiénes eran los dueños de la coca? Aquí entraría a tallar otra gran nación, la de los cholones e hibitos, dueños soberanos de: la coca, el tabaco, la sal, carnes del monte, pescado salado y muchos productos selváticos, los cuales tenían que pasar por el control de los recaudadores de impuestos produciendo ingentes ganancias a los yarowilcas.

Existían ciudadelas aglomeradas en Tantamayo, gran centro arqueológico de los yarowilcas y muchas ciudadelas diseminadas, ubicadas en las cuencas de los ríos Marañón y Huallaga, desde sus nacientes y comprendidas en la ceja de selva, pobladas por la gran nación de los yarowilcas, que alcanzaron una tecnología en la construcción de edificaciones de piedra y rascacielos, conocían los efectos de la dilatación de los elementos; del mismo modo, el uso de andenerías e hidráulica.

### **Complejo arqueológico de los yarowilcas - Tantamayo.**

Cuando en sus afanes de conquista, los incas se encontraron con hombres adelantados en conocimientos y técnicas; motivó una adhesión pacífica dado el gran poderío de la nación yaro, cuyos habitantes fueron nombrados súbditos del inca. Estas aglomeraciones y los acuerdos de buena voluntad tenían su fin supremo: la búsqueda de la dominación del valle sagrado de los yarowilca, que comprendía toda la cuenca alta de los ríos Huallaga, Monzón y Uchiza, hasta el Huayabamba.



(Historia de Huánuco-Los Yarowilcas).

Estas tierras pobladas por los yunga-cholón tenían algo misterioso, albergaban ingente riqueza en flora, fauna y minerales finos; esto creaba en los incas un interés inusitado de conquista y apropiarse de tales riquezas, pero el poblador selvático, acostumbrado a ese difícil entorno caluroso, húmedo, lluvioso, y el misterioso poder de brujos y curanderos alejaba a los invasores. Las tentativas existieron siempre, pero toda campaña realizada se encontraba con dificultades de acceso y si lograban avanzar, los chunchos los eliminaban a

---

flechazos o simplemente los dejaban expuestos a toda clase de insectos que menguaban sus fuerzas.

Poseedores de la coca, raíces medicinales, cortezas, miel, toda clase de frutos, aves y animales deseados por los andinos, la política de no agresión impuesta por los jefes inca-yaro hizo que estos últimos obtuvieran grandes riquezas que ayudó a desarrollar sus técnicas. Los yaros, fueron los únicos constructores del Perú que hicieron edificaciones de varios pisos, que los incas admiraron, ya que ellos todavía no conocían tales técnicas. Las tierras cálidas, guardaban un gran emporio de riqueza que más allá de los dominios incas y yaros engendraba siempre ambiciones, y cuando llegaron los conquistadores, a pesar de saber de sus bondades, los dejaron de lado.

Solamente hicieron una que otra incursión religiosa y pregonando un sometimiento pacífico, mayormente con resultados desastrosos, pero los indígenas serranos siguieron proveyéndose de los productos infaltables: la coca, el ají, el tabaco y otras tantas variedades de productos. Recién a finales del virreinato, por iniciativas empresariales se inicia la construcción de caminos de penetración a este misterioso territorio, pero con una visión desfigurada de la realidad, hablando de omaguas y otros grandes reinos llenos de oro y plata, inexistentes, que misioneros religiosos y aventureros se encargaron de confirmar tales errores.

En la actualidad esos sueños no se han hecho realidad por el uso inadecuado de tales recursos; lo que antes fue sagrado, hoy se dice lo contrario. La percepción de la gente de todos los tiempos en relación al valle sagrado de los yaros. Monzón, si hacemos un recuento desinteresado de las posibilidades que tiene, es alentador.

A pesar que alguien diga que somos gente de tercera calidad, con o sin tal epíteto, el habitante selvático tiene creatividad, recursos y fácilmente podemos iniciar una nueva

---

etapa de progreso y esperanza; por las tierras, el clima y las características geográficas que tiene Monzón.

El tema número uno sería el sembrío de árboles protectores del suelo: la caña fistola, *Gliricidia sepium*, la *Erythrina gigante* y la reina de todos los árboles la *Leocaena leococephala* ( peladera, liliaque, huaje o guaje) con el fin de recuperar los suelos degradados, pues estas leguminosas son de fácil plantación.

Las tierras del valle de Monzón, son aparentes para el cultivo de plantas aromáticas y curativas, en ella se produce una variedad única de papaya, (*Carica quercifolia*) excelente insumo para la fabricación de dulces, que en el pasado dio renombre a este valle, el olluco, chuncho colis, la chirimoya morada en estado silvestre, además se puede producir frutas exóticas. El gran reino fúngico, con sus cientos de variedades de hongos o callampas puede ser proveedor de este gran producto alimenticio de primer orden.

La crianza del caracol gigante y otras variedades, las larvas (el suptillo, la awiwa, los suris); una variedad de azafrán que crece en las laderas de Garash, de sabor y olor agradables comparable al azafrán europeo que tiene un precio elevado; la almendra, variedad prolífica de fácil cultivo y de frutos alimenticios; introducir el **Hibiscus sabdariffa** la sachá oca, rizoma comestible de efectos curativos para la diabetes; la pituca, sabrosa, nutritiva y dietética, igual que la arracacha, aparte de toda clase de árboles frutales. La gran cantidad de recursos hídricos aptos para el turismo de aventura, la crianza de variedades de peces y el regadío.

Entonces nos preguntamos ¿Cómo reconquistar Monzón?, y siempre diremos ¿Dónde están los técnicos? ¿Dónde están los empresarios? ¿Dónde estamos nosotros?, y finalmente ¿Dónde está el Estado?

*Incas, yaros y cholones //son una gran confederación, //hijos nobles de esta nación, //sal, coca, tabaco, eso es Monzón, //remos, canoas, y mucha acción, //ríos y quebradas de ensoñación.*

*Despertemos con mucha pasión, //los tancuys sigan con ponderación //pasadas glorias en comunión, //fluya siempre la sangre del cholón, //seamos grandes por nuestra acción, //riquezas naturales de consideración, //miremos al pueblo de Monzón.*

El prodigioso valle, con sus grandes recursos hídricos, fauna, flora y metales finos; despertemos ahora y luchemos juntos por nuestra reivindicación, pues tenemos un pasado de grandes realizaciones, de hombres dedicados a crear sus propios negocios.

Monzón, pueblo inca-yaro y cholón, creativo; vuelvo a decir, el cultivo de la inmensa variedad de hongos, por la especial característica de sus suelos, sumándose el entorno húmedo y lluvioso de la zona.

***Don Moisés Merino, tenía un fundo agrícola*** en el caserío Tazo Grande, llamado Verdún, dedicado al cultivo de: coca, café, caña de azúcar, barbasco y otros cultivos de esas altitudes, apreciados por todos los habitantes de los Andes del Perú, tierra de los tunkis, los siete colores, huanchacos, pinshas; el ayaymama que emite su canto: un eterno reclamo de las reivindicaciones, se oye el misterioso retumbar de los dioses tutelares, los tankuy.

La gente de las gélidas alturas de Huánuco, Ancash, La Libertad, de los callejones del Marañón, Huaylas y Conchucos; recorrían caminos peligrosos, escaleras que se pierden entre las cumbres andinas, para conseguir la coca, el aguardiente y el tabaco, ají, productos deseados y necesarios, que servían para realizar el trueque con: reses, carneros, queso, jamón, trigo, lana, bayetas y verduras.

Los ríos bajan, parecen cabelleras blancas de divinidades escondidas en esos grandes promontorios de granito, formando

---

cataratas, bellas y majestuosas cascadas, con su mágico entorno de estanques cristalinos, diáfanos y puros.

También obtenían: el incienso, las orquídeas, el ishpingo, azafrán, achiote, chancaca, madera, yerbas medicinales, grasa, carne, plumas, cuero de variedades de animales, semillas y frutos decorativos, siendo el ají uno de los productos indispensables que hasta hoy los serranos utilizan en el desayuno, almuerzo y cena, y es infaltable en su mesa.

Los viajes requerían sendos preparativos: fiambres, vestidos, acémilas, encomiendas y encargos a pesar de leguas de distancia y muchos días de caminata; con lloviznas constantes, por senderos en las gargantas de las montañas, las acémilas se apoyaban hasta con sus trompas para superar los precipicios.

Desde las cumbres altas se distingue un ejército de hombres y acémilas cual serpientes gigantescas moviéndose en ambos sentidos, sin principio ni fin; el intercambio de fiambres y noticias se efectuaban en los lugares de descanso, había también pequeñas casuchas de venta de caldos y café.

El tráfico era tal que por cada cien caminantes había treinta acémilas, veinte carneros, cinco chanchos, seis perros; son los que iban a la selva, pero los que regresaban eran diferentes.

Los carneros, chanchos, y algunas acémilas morían en la selva; otras rodaban en el camino o morían por falta de pasto y excesiva carga; y de los hombres, por lo menos un diez por ciento adquirían males tropicales; dejaban sus huesos junto a los cicales donde trabajaban de sol a sol por la paga de un fardo de coca.

Otros se habituaban al tabaco, alcohol, coca y algún tiempo después solo quedaban los recuerdos de una anemia perniciosa o una sangrante disentería, que sus paisanos se encargaban de llevar el pesado bulto de la triste comunicación.

Pero la tentación de los frutos dulces, la caña, los cítricos, los plátanos y otros encantos de la ceja de selva eran tan

---

grandes que pronto el manto incoloro del olvido cegaba los ojos y ensordecía sus oídos.

En los acantilados, las cascadas, dejaban al descubierto huesos de acémilas, los característicos huesos humanos quedaban visibles sobre los arenales, cascajales, ciénagas o pantanos, si llegaba una mano amiga los recogía y asignaba un lugar de eterno descanso.

Cierta vez un hombre, apoyó su fardo de cuatro arrobas de coca y su pequeño fiambre sobre una roca, quiso beber un poco de agua y rodó por un precipicio cubierto de musgos y nunca lo encontraron.

Sus amigos avisaron a sus familiares después de recorrer 50 leguas cerro arriba, muy cerca de los nevados y junto a nidos de cóndores; se tejieron suposiciones en cuanto a su muerte: el supay, venganza, brujería, jirca, fantasma, los adivinadores echaban suerte con hojas de coca y peticiones a las montañas para que devuelvan su cuerpo, pero eso nunca sucedió; los gallinazos adaptados a las inclemencias ; negras mensajeras de la muerte, semanas después se hicieron presentes por el lugar.

Mientras allá arriba, en las mesetas de los Andes, sus familiares y conocidos se encomendaron a todos los santos y las fuerzas de la naturaleza masticando coca, entumeciendo sus cuerpos y dejando que sus almas vuelen en las doradas alas de la imaginación a reunirse con sus seres amados.

Esas son las cualidades de la hoja sagrada de los yarowilcas, de mitigar las penas y los dolores en las circunstancias más difíciles.

El serrano, el hombre de las alturas, donde el viento silba, canta, aúlla; pierde toda iniciativa sin la hoja misteriosa que es su alma, parte de su existencia, sus sentimientos y todo su ser; no podrá haber un trabajo mancomunado, un velorio, un entierro, un nacimiento, o un matrimonio; sin la coca.

## *El inicio de las empresas*

Había: ingenieros, médicos, mineros, y otros que no manifestaban su profesión; personas honorables, venidas de diferentes lugares, ligadas a movimientos políticos y que la justicia los “buscaba”, tenían personal de servicio y viviendas aparte, en las noches se reunían con don Moisés tomaban café, fumaban cigarrillos y leían libros voluminosos con letras rojas y negras, con figuras humanas, edificaciones y calaveras: “yo los ojeaba cuando ellos salían al campo”.

Generalmente, cuando se reunían, cerraban sus puertas y usaban velas, lámparas y vestimentas raras: mandiles, cinturones, capas, gorras, etc., daba la impresión que trabajaban en demasía hasta altas horas de la noche. Escribían muchas cartas que mandaban al correo ubicado a veinte leguas de distancia, el enviado traía la correspondencia, cigarrillos, mejoral, licores finos en cajones de pino. La hacienda era un hervidero de personas en febril actividad, los obreros sufrían accidentes, picaduras dolorosas de artrópodos y algunas veces mordeduras mortales de serpientes venenosas.

Se salvaban los que recibían auxilio, ya sea haciéndose cortes o por succiones, era triste verlos morir; cuando los enterraban paralizaban las labores y la gente se emborrachaba hasta quedar tendida en el suelo, el patio, las veredas, en fin, en todas partes, para así lavar sus penas y navegar en los embriagantes vapores del alcohol.

Al día siguiente, la hacienda se sentía silenciosa, desganada; cuando los peones recibían su ración de coca, otra vez la rutina de lampas, hachas, machetes, barretas, agujas, costales, sogas, etc. Los “místeres o mishtis”, decían los peones a los sabios, se encargaban de la curación de los accidentados. El serrano, es susceptible de contraer anemia, por su sistema inmulógico deficiente, y por eso rápidamente empalidecía y mayormente le recomendaban regresar a su hogar; era difícil curarlo.

---

Los “mishtis”, con ayuda de personal seleccionado, empezaron la construcción de un lugar para enfermos, allí funcionaron serruchos grandes y pequeños, azuelas, hachas, gurbias, martillos, combas: “en pocas semanas tuvimos un lindo establecimiento, donde vi morir a varios de mis amigos”. En esos tiempos los periódicos se distribuían por correo, y eran remitidos mayormente a lomo de mula, llegando a su destino después de un mes, en el mejor de los casos, trayendo las noticias llegadas por cable; se hablaba de los horrores de la guerra, había nombres de personajes, desembarcos, coaliciones, tanques, aviones, combates, bajas, rendiciones.

Los “mishti”, leían varias veces el periódico, comentando en voz alta y sorbiendo café cargado y endulzado con miel de caña, se ponían taciturnos, penosos, entonces: “venían a la casa y nos prodigaban sus cariños, cargaban a mis hermanitas, jugaban con nosotros y nos contaban sus vivencias infantiles”. Comíamos juntos en la mesa de la cocina y a ellos les agradaba los plátanos asados que comían con cebollas de rabo, ají, limón y café, luego se dirigían a sus habitaciones y días más tarde iban a la capital del distrito de Monzón, distante veinte leguas, teniendo que cruzar el río Tazo varias veces, y también el río Cuyaco, que a veces crecía y dificultaba la caminata.

Compraban: sal, azúcar, arroz, licores finos y carne que traían en mulas hasta Tazo Grande, los almacenaban y de allí los andinos los llevaban a lomo. A su regreso; los que se quedaban en casa preparaban un recibimiento con saludos, poses militares y se decían compañeros.

---

## *Se descubre el oro*

Cada cierto tiempo los huéspedes honorables salían de cacería, llevaban carabinas y provisiones para un día, y traían paujiles, perdices, tucanes y otros; en una ocasión al destripar un paujil encontraron pepitas de oro en su molleja.

## *La construcción de viviendas y la deforestación anunciada*

El hombre venido de Líbano, estaba entusiasmado con los árboles que había encontrado. Andaba madurando un proyecto en sus interiores, hasta que una mañana, entre tazas de café y cigarros, soltó su idea a disposición de los sabios; discutieron en todos los tonos, al no ponerse de acuerdo llamaron a don Moisés.

Todos en la mesa, abundaron en tratar de explicar el misterioso proyecto. Al fin, concluyeron en construir un conjunto de habitaciones para los sabios y huéspedes notables, y al día siguiente hubo una selección de artesanos, carpinteros, herreros, azueleros, constructores; con un grupo de estos especialistas, el ingeniero Pretell, comenzó a buscar el terreno adecuado; limpiándolo y poniendo estacas, toda acción anotaba cuidadosamente en un papel, inventariaron las herramientas y las que faltaban mandaron a comprar en Monzón.

Todas las medidas anotadas las transformaron en figuras geométricas: fumando cigarrillos, tomando café y masticando hojas de coca con bicarbonato, al principio sus dientes se volvieron oscuros, más tarde amarillos finalmente se hicieron blancos, no sabían “chacchar”, escupían a cada rato, pero semanas después lo hicieron muy bien. Con las herramientas completas dieron inicio a la obra y lo primero en materiales a emplear sería la madera. En lugares cercanos había muchos árboles de la especie tornillo y hacia las laderas: ishpingos y

---

mohenas; después de una amena discusión decidieron hacer con madera de cedro que los sabios al ir de cacería habían localizado.

Don Moisés, conocía esos lugares y los condujo hasta los manchales, caminaron por pequeñas trochas, abriendo camino, al fin llegaron a una planicie con hermosos árboles, estaban con sus frutos maduros, de los que desprendían infinidad de semillas que iban planeando sobre las ramas por su consistencia plana y liviana, provistas de aletas para transportarse por los aires. Los troncos parecían estar secos porque no tenían hojas, el monte era una sucesión de árboles desnudos, entonces los sabios y sus obreros seleccionaron varios de ellos; el monte tenía un fuerte olor a cedro que embriagaba los espíritus de los recién llegados, quienes se sentían emocionados, balbuceantes y mirando en todo el ambiente pequeñas alas voladoras que llevaban la especie a suelos adecuados y también a escondites de alimañas.

Es costumbre antes de empezar cualquier trabajo rendir homenaje a los dioses tutelares, echando hojas de coca, aguardiente y tabaco junto a una fogata. Para evitar contratiempos, el grupo compuesto de sabios y obreros se confundía en la repartición de puñados de coca y cargaban a la boca pequeñas porciones con mucha calma; venerando el lugar, los árboles y animales ofensivos e inofensivos.

Luego de concluir el rito ancestral, por estar con las bocas llenas de coca no podían hablar, entonces el libanés agarró el hacha y dio el primer corte; la tranquilidad del entorno se alteró, los guardianes del bosque se pusieron alerta: abejas, hormigas, avispa, reptiles, aves, roedores, sus efectos no demoraron en llegar, el libanés recibió el primer saludo por los alrededores cuando se acercó junto a un panal de abejas cortadoras de cabello, las que de inmediato cubrieron todo su cuerpo cortando sus cabellos y mordiendo todo su cuerpo.

Ante sus gritos de auxilio, acudió don Moisés y lo rescató ahumando al colmenar; el sabio cambió de color y de peluca,

aumentó su bolo de coca agregando bicarbonato, reponiéndose de los escozores. El majestuoso cedro sin hojas, con sus colgajos de frutos produciendo chasquidos al reventarse por la preñez concluida, dejando al viento un matiz de todos los colores y figuras, sentía el desequilibrio al ser brutalmente agredido por las hachas de los coqueros, parecían grandes orugas comedoras de hojas y madera que debilitaban su fortaleza.

Mientras los sabios revisaban sus anotaciones y calculaban la inclinación del gigante previniendo a los hombres, el árbol se inclinó rompiendo sus entrañas y se vino abajo acarreando el aire de las alturas y las ramas de otros cedros; los madereros sintieron el retumbar del monte y un chorro de aire tibio bañó sus cuerpos, los llenó de hojas y también de insectos. El suelo siguió rugiendo desde el fondo de sus entrañas, mientras los otros lograban equilibrarse, sus años marcados en el tiempo, rebatiendo con su fuerza los aires hasta las nubes. Se veía un ir y venir de hombres, mientras el cedro, cual gigante yacía indefenso sepultado en el suelo, era descuartizado sin piedad, un líquido sanguinolento brotaba de él al ser seccionado y un olor penetrante y agradable envolvía al bosque.

Al quitarle las añosas cortezas, quedó al descubierto un monstruo desollado y sangrante; el Ing. Pretell, el Dr. Barsallo, los señores Valencia Rada, Piélagos Langueman y el libanés se reunieron en un apartado para tomar sus alimentos y comentar las ocurrencias de ese día. Todos tenían sus cuerpos enrojecidos por las picaduras de hormigas, mosquitos, abejas y las salpicaduras de resinas cáusticas. Después de saciar el hambre y la sed, todos se metieron en las cristalinas aguas del río Tazo, de piedras multicolores y relucientes, en los cuerpos de los hombres se veía moretones e hinchazones por todas partes que era urgente curarlos, según el Dr. Barsallo.

Se vistieron presurosos, e iniciaron el retorno a casa, las picaduras e hinchazones hicieron olvidar la mala costumbre de llenar la boca con hojas de coca, como cornegachas gigantes;

---

sin las herramientas ni las provisiones, el retorno se hizo a marcha forzada, llegando a la hacienda al anochecer; una vez allí, los sabios no dieron para más, y subieron a sus habitaciones con la urgencia de curaciones.

Don Moisés y el Dr. prepararon un ungüento con: grasa de gallina, hojas de yerba santa, limón, almidón de yuca, manteca y grasa de borrego; receta de las señoras de la hacienda, después de calentar y batir estos ingredientes, quedó una pasta de color y olor indefinidos. A todos los desnudos, untaron sus cuerpos, dejándolos brillantes como morcillas, luego se vistieron con ropas livianas y comenzaron a engullir todo cuanto había para comer y beber, a pesar del ungüento, seguían hinchados y adoloridos, pero el café, el mejoral y las aspirinas mejoraron sus semblantes, mientras los obreros hicieron soberbias masticaciones de coca, cal y aguardiente, y se frotaron mutuamente con mejores resultados que los sabios.

Después de ese día, los sabios no fueron al monte, solo dieron instrucciones a los maestros para el aserrío de cuartones de cedro. El ingeniero Pretell quedó encargado de la obra, para demostrar a los sabios y hacendados su maestría hecha en universidades de Europa, y lo que se podía hacer con esas nobles maderas, el libanés se ofreció a colaborar con él por sus conocimientos en madera y construcciones sacras.

---

## *La búsqueda de El Dorado*

El Sr. Valencia, que había hecho estudios de geología en alguna parte del mundo, encabezó otro grupo, el que se encerró en el salón revisando libros de todo tamaño y nombres, anotando en cuadernos y hojas sueltas de papel a los cuales enumeraban y clasificaban, luego medían distancias en mapas, efectuaban operaciones matemáticas; el Ing. Pretell los chequeaba y corregía.

Los sabios que habían encontrado las bondades de las hojas de coca, se habituaron, descubriendo sus maravillosas cualidades, sintiéndose poseídos por las fuerzas emanadas de aquel laberinto de verdores que cubría todos los paisajes.

Las maderas de cedro siguieron llegando, formando montones rojizos y olorosos como si todos los cedrales hubiesen venido a la hacienda. Las manos especializadas de los maestros comenzaron a dar formas y grosores con azuelas, serruchos, formones, en el torno instalado en un “pelton”, tallaron las piezas dando sofisticadas formas al mobiliario, las decoraciones interiores, en poco tiempo las viviendas fueron tomando formas.

El grupo del señor Valencia, revisaba los planos y los comparaba con la obra, generalmente en las tardes, cuando los rayos del sol matizaban el horizonte con los más variados colores, una explosión de nubes y vapores del bosque, al reflejarse en color verde amarillento de las hojas de coca. En las noches, contando con la presencia de don Moisés, discutían sobre desconocidos proyectos.

La hacienda seguía funcionando, entregaba fardos de coca de cuatro arrobas, forrados con bayeta rústica para evitar su deterioro. Seguían sembrando: coca, café, caña, barbasco, etc., la extracción de cascarilla seguía consumiendo grandes extensiones de árboles pues para descortezarlos tenían que tumbarlos, y por eso cada día se “alejaban” dificultando su ubicación.

---

Toda la mercancía transportaban en balsas y canoas por el río Monzón hasta Tingo María; había muchos naufragios perdiéndose la carga, lo que causaba malestar a los productores.

## *La conquista de El Dorado*

Otra vez, las pepitas de oro salieron a relucir, los sabios que tenían ínfulas de nobleza; parte de sus actividades consistía en caminar por los montes haciendo exploraciones, practicando la cacería a la usanza de los sangre azules europeos, para su sorpresa otra vez uno de los paujiles capturados tenía en su molleja dos pedacitos de oro, los guardaron evitando comentarios decían: “que eran pedacitos de cobre de remache que los herreros dejaron en algún sitio”.

La pregunta siempre estaba presente **¿De dónde provenía el oro?** Los sabios no comentaban nada, pronto fueron cayendo en los hoyos del olvido. Pero en el salón de los sabios, la levadura de las incógnitas seguía tomando extrañas formas que cada cual trataba de minimizar buscando respuestas en los bolos de coca que masticaban con dedicación; el consumo de café, cigarros, coca y bicarbonato continuó en aumento. Cada semana enviaban dos hombres a Monzón, distaba veinte leguas, en caminata de una jornada, para llevar y recoger la correspondencia, hacer compras para los sabios, y para cumplir el mandato tenían bolsas impermeabilizadas con jebe para protegerla de las lluvias; en uno de los viajes los enviados retornaron con retraso por la crecida del río Cuyaco y lo pesado de la carga, acción que perturbó a los sabios.

Los periódicos traían noticias desconcertantes, los japoneses habían bombardeado la base naval de los Estados Unidos en las Filipinas; casi todas las noticias eran de la Segunda Guerra Mundial, de tanques, aviones, barcos, y el poderío alemán. Los sabios cerraron sus puertas: “Don Moisés conversó con ellos largamente, discutiendo por ratos, el Sr. Langueman perdió el habla y evitó toda conversación, dedicándose a leer el periódico detenidamente”.

## *Langueman se fue a la guerra*

Esa noche no durmieron y a la mañana siguiente el Sr. Langueman, tomó sus pertenencias y en compañía de algunos peones dejó la casa de los sabios, después de una escueta despedida sin palabras; se suponía que se iba para alinearse en las filas del Ejército alemán. Se comentó por varios días su patriotismo, su disciplina, los sabios rastreaban en los mapas los pasos del patriota y lamentaban la difícil travesía que le tocaba recorrer, aunque prometió regresar después del triunfo del Tercer Reich.

Esto ensombrecía los ánimos de los “mishtis”, taciturnos continuaron con sus actividades; los del grupo Valencia, seguían trabajando en el salón, necesitaban información de la geografía del lugar y las nacientes de los ríos cercanos por lo que llamaron a cazadores experimentados, ancianos, montaraces, preguntándoles minuciosamente de los viajes de cacería que habían realizado.

Amigo de don Moisés, un curandero perteneciente a la tribu de los cholones, don **Florencio Inuma**, contó su experiencia a los sabios: “A dos días de camino siguiendo la margen derecha del río Tazo se encuentran grandes extensiones de: almendrales, cascarilla, calisaya, shiringales, ishpingales, árboles de muy buena calidad, recurso natural de mucho valor por las bondades del entorno. Hay muchos animales: sajinos, sachavacas, majases, osos de anteojos, tigres, pavas y perdices”, desilusionado, el Sr. Valencia se apresuró y dijo y ¡¿paujiles?! Inuma, en silencio agregó coca a la bola, que era ya grande, dentro de su boca; todo el grupo hizo lo mismo.

El curandero se quedó en silencio, ante las asombradas miradas de los presentes; escondía en su interior algo que no quería revelar a nadie; los sabios cambiaron entonces el rumbo de la conversación, pues se les prendió: la curiosidad, la ambición y afloró el deseo morboso de hacer que hable por la

fuerza. Don Moisés, que estaba presente, intervino y sacó a Inuma fuera de aquellas interrogantes, y alistando su paga y su fiambre de aguardiente y otras exquisiteces le despachó rumbo a su comunidad. Superado aquel incidente se escribió con mayúscula el nombre “**Almendrales**”, fuente de riquezas; son productos exportables, pero ¿dónde estaban? Dos días de caminata de un montaraz, repetían varias veces, construir un sendero para acémilas en terreno quebrado llevaría mucho tiempo.

Sentados junto a la mesa, sacando cuentas, calculando distancias, la calisaya era más apreciada que la “lengua de vaca”; dentro del salón se gestaban millonarios... que obtendrían mucho dinero.

El paujil, era la gran incógnita, tal vez el más valioso botín, criar paujiles, domesticarlos, hacer un gran criadero en algún lugar y mandarlos a buscar pepitas de cobre o de oro por las alturas del río Tazo, pero faltaban datos.

### *Primera comisión*

Don Moisés Merino, propuso llamar a su amigo el señor Florentino Ayapi que vivía en Cachicoto, curaca de la comunidad de los cholones. Estratégicamente instruyeron a dos hombres de confianza quienes con voluminosos regalos partieron rumbo a Cachicoto, con la consigna de traer al curaca; los regalos enviados consistían, en ropa para niños, azúcar y también varias botellas de aguardiente que fueron del agrado de Ayapi.

Dos días demoró la comitiva para recorrer de regreso quince leguas, con las huellas de una brutal borrachera llegaron los tres hombres, el Sr. Ayapi, venía vestido de una túnica a rayas, descalzo, desaliñado, cargando un bolso de chambira con su hamaca dentro; su cara, manos, y pies tenían colores del rojizo al negro, producto del overo, con pequeñas pústulas

---

escamosas que los mosquitos pululaban para lamer los diviesos.

El alto mando en pleno recibió con honores al señor curaca y después de los saludos, el intercambio de buenas voluntades y cooperación mutua, brindaron por el encuentro con vasos llenos de aguardiente perlado y las demostraciones de respeto y consideraciones hacía él, por su alto rango entre los cholones.

## *La llegada triunfal de las bellas Amazonas*

Se oyeron ruidos provenientes del monte, eran cánticos nativos con acentuaciones inquietantes, silbidos e imitaciones de aves y animales del monte, soplaban hojas pegadas a sus labios y diminutas flautas o silbatos fabricados con huesos de animales, pintados de diferentes colores predominando el azul, llenaron el ambiente de ritmos primitivos entonados por las mujeres del curaca, después de una amena presentación. Don Moisés de inmediato mandó instalarlas en un tambo donde el señor curaca ordenó colocar su hamaca; las continuas vueltas del aguardiente perlado enardecieron los ánimos. El alto mando en pleno se unió al grupo del curaca integrado por diecinueve mujeres: jóvenes altas, de cuerpos ágiles, esbeltos, risueños, de miradas inquietantes, de quienes afloraba sensualidad en todas sus formas.

Los efectos del alcohol y la amenidad del encuentro evidenciaron prácticas, costumbres y demostración de cortesía del cholón y la buena voluntad del señor curaca; los sabios fueron homenajeados con dos damas para cada uno; ellas de inmediato se sentaron al lado de sus nuevos dueños mostrando sumisión, respeto y obediencia. Los vasos llenos de licor seguían ablandando los corazones y abriendo el camino de todas las libertades, con sus mujeres en ambos brazos, intercambiando humores y amores; llegaron las provisiones para los cholones: plátanos, carne, sal y ollas para que las mujeres cocinaran a su manera, avivaron las fogatas, colocaron en el fuego la olla más grande, pusieron los plátanos y carne, taparon las ollas con cáscaras de los plátanos y continuó la cocción.

Las mujeres de los sabios, muy entusiasmadas, atentas e ilusionadas estaban sentadas junto a sus ocasionales parejas cantando en dialecto cholón, los homenajeados disfrutaban aplaudiendo y repitiendo algunas palabras, acariciaban a sus

parejas como en los primeros tiempos de la humanidad, enredando las emociones de los machos y transportándose en el tiempo a cumplir con la naturaleza. La habitación, cercada con cañabrava, techada con hojas de palmeras y el piso de tierra con bancas rústicas labradas con azuelas, tenía un ambiente semioscuro, el humo de las fogatas tendía un manto de vapores azulados que solía agrandar a la comitiva; los hombres, afanados con las señoritas olvidaron sus altos rangos, los sabios disfrutaron de la comida servida en una mesa común hecha con hojas de plátano tendidas en el suelo, recibiendo pedazos de carne y plátano aún calientes y una pizca de sal que el séquito báquico recibía gustoso. Bajo la penumbra, las amistades se sellaron en un crisol valioso revestido con pepitas de cobre, entre bebidas, comidas e intercambios; llegó la noche y por los efectos del alcohol los cholones olvidaron el rito del baño colectivo al atardecer.

Por órdenes de don Moisés, los peones trajeron tercios de hojas secas de plátano para que sobre ellas durmieran las mujeres del curaca. Ayapi, recibía alimento de sus mujeres, recostado en su monumental hamaca donde cómodamente cabían dos personas, se levantaba únicamente para satisfacer sus necesidades corporales. Ya de noche, con luces de los lamparines, los sabios dieron por terminada la entrevista y flanqueados por sus acompañantes se encerraron en sus habitaciones, mientras las otras mujeres del curaca se tumbaron sobre las hojas secas; los pequeños promontorios palpitantes, a lidiar con los efectos del festín; conocedor de las costumbres del cholón don Moisés, ordenó a los peones traer varios canastos de yuca.

Con el amanecer llegaron las yucas, las leñas, las ollas y bateas a las habitaciones de Ayapi, entonces las mujeres de inmediato encendieron fogatas, pelaron las yucas, las lavaron y comenzó la cocción; en breve tiempo el masato empezó a nacer, unas tras otras, las ollas vaciaban sus contenidos dejando al descubierto rajas de yuca cocida humeantes, que las

---

mujeres empezaron a machacar con mazos de madera sobre bateas.

Al mismo tiempo iniciaron las masticaciones haciendo buches en sus bocas que luego escupían sobre el amasijo mezclándolo y formando una masa blanquecina que amontonaban a los costados de las bateas, mientras entre tizones y humaredas el curaca en su hamaca recibía su ración de yuca y carne asada con sal. La ceremonia de las masticaciones se efectúa en completo silencio, alterado solo por los chasquidos que emitían al escupir. Terminada la ceremonia cubrieron las bateas con hojas amortiguadas de plátano poniéndolas en un rincón de la habitación.

## *Guardar secretos, guardar fortunas*

Ayapi, por su alto rango de curaca y sabedor del quehacer de su entorno humano, infería las intenciones de los sabios, recordaba que en sus andares llegó a sus oídos el proyecto de los científicos. Averiguó entre los habitantes de selva adentro, y en ese afán encontró un cazador de osos a quien pidió información, el cazador le dijo que había encontrado un derrumbe en la parte alta del río Cachicoto, que impidió seguir su camino, teniendo que buscar un paso adecuado.

El derrumbe dejó al descubierto rocas planas parecían mesas embadurnadas con arcilla y piedras transparentes que al limpiarlas se veían diferentes figuras doradas y al inspeccionar el lugar vio muchas de ellas y empezó a recogerlas; encontró también pedazos de oro que reunió y envolvió en sus pertenencias, pero pesaban mucho entonces separó las rocas transparentes y solamente recogió el oro, cortó un bambú, hizo un hueco y los puso allí. Luego amarró con lianas y llevó a su tambo; guardándolo. Ayapi, quería ir al lugar de los derrumbes, motivo por el que discretamente envió al cazador, pero este no regresó, entonces el curaca escondió el oro y también el secreto. Ayapi amigo de don Moisés Merino, ofreció el oro a cambio de escopetas y pertrechos, lo que él aceptó y cuando hizo el intercambio, trasladó el metal precioso a un escondite para venderlo después, 107 piezas con un peso de siete libras en pepas. Merino todo un caballero, al considerar la empresa de todos los socios, hizo llegar el oro a la casa de cedro rojo, y allí con mucha cautela pusieron en una mesa hecha de la misma madera. A pesar de lo grandioso de la adquisición, los planes no cambiaron en absoluto porque estaban camino al bolsón grande, no de libras, sino de toneladas.

## *Noticias alentadoras*

A las doce del día, los sabios abrieron sus puertas y las amazonas corrieron a reunirse con las otras mujeres y el curaca, se hizo un silencio y hablaron en secreto, relataron lo ocurrido con sus ocasionales parejas, luego se oyeron voces, carcajadas, todas hablaron emocionadas y felices comiendo yuca y carne, se recostaron en las hojas secas sumiéndose en una siesta colectiva.

Al atardecer se encaminaron rumbo al río en fila india encabezada por Ayapi, con su túnica a rayas arrugada y sucia, sus cabelleras desordenadas, sus facciones raras, su piel imitaba los colores rojo y morado de la boa constrictora o del otorongo; desnudándose en público sin cuidar el pudor.

Los sabios también desnudos, un poco avergonzados mientras que las chicas asignadas tomaron sus brazos y sumergieron a los sabios, ellas dejaron caer sus túnicas y se metieron al agua dejando al descubierto sus esbeltas figuras, ellos contemplaban la belleza pura de sus ocasionales compañeras convencidos que el amor ya se les había metido en el círculo insondable de la ilusión, endorfinas y adrenalina sentían recorrer su cuerpo; quisieron hablar con Ayapi, pero él estaba muy concentrado en atender a sus mujeres con quienes hablaba en su dialecto, riéndose y mostrando su optimismo por el buen trato recibido.

Terminado el rito, en el camino de regreso, las mujeres de los sabios se unieron a ellos y fueron a sus habitaciones. La hacienda seguía funcionando, los maestros carpinteros iban dando forma a las edificaciones, el montón de madera seguía en aumento, el olor a cedro inundaba el ambiente, las inmediaciones habían cambiado de color por las astillas desparramadas y dejadas por los constructores.

Esa noche los sabios se acostaron temprano para atender las insinuaciones sexuales de las atrayentes amazonas quienes sin temores ni condiciones entregaban sus encantos y sus

---

sentimientos en forma natural recordando los inicios de la humanidad; ellos, aparte de sus morbosidades, supieron entenderlas y fueron complacientes con sus juveniles y ocasionales novias con interminables bailes hormonales. **(malas costumbres).**

Estos procederles consideraban los peones actos prohibidos, repudiables, reñidos con las buenas costumbres, masticaban sus bolos de coca rogando a las fuerzas cósmicas perdonaran a estas criaturas, pero no sabían de los harenes que poseían los altos dignatarios, ni las reciprocidades frecuentes. Los peones no entendían las funciones de los curacas, ni las decisiones que pudieran tomar, al ver al señor Ayapi, alto, fornido, con gesto dominante, su cuerpo cubierto de sarna y con un rictus de autoridad en su rostro, capaz de comerse vivo a cualquier mortal, infundía temor y respeto. Tenía formas de un rey, de un monarca, un jefe y esto le daba un aura misteriosa que la imaginación se encargaba de tejer leyendas diversas, que los peones en sus veladas masticando coca con cal, se encargaban de tejer la madeja a la luz de la luna y las estrellas.

Dándole todas las formas y contenidos, iban guardando en sus mentes los misterios del hombre y la selva, *“de ellos esperaban curas milagrosas”*, amuletos para el amor, dardos encantados para neutralizar hechicerías, cantos y música misteriosa que transportan el alma por espacios siderales dejándolos limpios de males espirituales y muchas otras afirmaciones, depositando en ellos los conocimientos secretos en sus convivencias con los elementos misteriosos, que tales personajes conocen y son capaces de las proezas que lindan con la fantasía.

***Masato.-*** Las mujeres del curaca, aparte de las pequeñas túnicas rayadas y percutidas que cubrían más arriba de las rodillas, tenían collares de semillas: negras, grises y rojas con olores repelentes de mosquitos que daban varias vueltas en sus cuellos, cinturas, tobillos y en las muñecas, pulseras hechas

---

con cuero de iguana, bien ceñidas, que se las ponían frescas y de a pocos se curtían con los humores de sus cuerpos.

Llegó otro día, el ambiente tenía olores fraganciosos que competía con los cedros de la construcción; el masato ya estaba fermentando, apto para beber. Las amazonas de Ayapi, metieron las manos en la espumosa combinación, disolviendo con agua, quitando las partes duras y repartiendo la bebida a todos los presentes. Las compañeras de los sabios llevaron pates de masato para sus hombres, quienes bebieron con agrado, evitaron el desayuno con café y otras comidas, por el sabor agradable, y la sensación de euforia que producía la bebida blanca, preparada especialmente por aquellas misteriosas mujeres que guardaban muchos conocimientos transmitidos por sus progenitores, ellas consideraban el mejor preparado que sabían hacer y se sentían felices por la aceptación de los científicos y todos los presentes.

Encantados por el exótico masato, ya acompañados por las mujeres fueron a la casa de Ayapi, quien los recibió con amabilidad y consideraciones, saludos y sonrisas, se sentaron en las bancas, mientras el curaca volvió a colgarse en su hamaca fumando su enorme pipa de tabaco desvenado que perfumaba el ambiente mirándolos con atención; el Sr. Valencia, jefe del grupo, inició la entrevista agradeciendo por haberles honrado con hermosas acompañantes y que ellos retribuirían tal distinción, a lo que Ayapi respondió con un escueto gracias ; las mujeres calladas y atentas estaban sentadas sobre las hojas secas que servían de cama.

Ante un gesto del curaca circuló otra ronda de masato, esta vez en un pate grande que todos sorbieron con moderación, repitiéndose hasta terminar el contenido, un gesto del cholón para sellar las buenas voluntades y que la paz y armonía estén siempre presentes, el dueño del harén subió a su hamaca; roído por la curiosidad de saber para qué le habían llamado, sin embargo no habló.

El Ing. Pretell, tomó la palabra, y dijo el deseo que tenían de explorar y conocer los montes, los árboles y Ayapi, seguía callado, observando las facciones de sus interlocutores y queriendo descubrir sus intenciones; siguió la conversación en forma desigual, el Sr. Piélagos, habló en forma directa diciendo que querían dedicarse a criar animales silvestres: sajinos, venados, sachavacas, perdices, paujiles. ¿Pauuujileeesss? exclamó Ayapi, intentando confundir el nombre y calló; nuevamente el Sr. Valencia habló de las bondades de las carnes de las aves del monte, resaltando al paujil por su tamaño, peso y la finura de su carne. No hubo respuestas para no desalentar a los interlocutores, el curaca cambió de actitud, parecía contrariado, en forma casi imperativa ordenó a las mujeres sentarse al lado de sus compañeros, y esto dio ánimos a los sabios, para disimular pidieron otra ración de masato, al tiempo que llegó don Moisés, quien aprovechando la rancia amistad que tenían, habló: “Don Florentino, ellos quieren las mollejas de los paujiles, quieren ‘las lágrimas del sol’”.

Recién, supo Ayapi para qué lo habían llamado, entonces bruscamente se puso de pie y las mujeres también haciendo un círculo a su rededor; por un instante cundió la incertidumbre; parecía que desataba su hamaca buscó su pillaca de fibras de chambira rebuscó dentro y con un rictus de desaliento sacó un voltijo de color negro de piel de mono, lo abrió acompañado de sus damas y entregó al Sr. Merino, quien mostró a los sabios y muy sorprendidos agarraron el presente y salieron a la puerta para ver mejor las pepas de cobre que así decían ellos. No podían ocultar su desmesurado interés por el precioso metal, pero el curaca y su comitiva seguían de pie, ya conocían sus ambiciones y Ayapi recobró su tranquilidad, calmado el impase, continuó la conversación sobre diferentes vivencias y finalmente preguntaron al curaca dónde había cazado los paujiles, él dijo que no cazó ningún paujil, que el cobre lo había encontrado en las deyecciones de estas aves; escuetamente dijo que las aves buscan pepas en las rocas

inclinadas bañadas por pequeños riachuelos que existen en las partes altas del río Tazo, donde ellas suelen merodear en parejas. Los sabios callaron dejando sus mentes envueltas en grandes proyectos de explotación aurífera, luego devolvieron el voltijo al curaca. Él de pie y en gesto ceremonioso les obsequió el bolso; ellos agradecieron; acompañados de sus mujeres se fueron a sus habitaciones a comparar las preciosas “lágrimas del sol”, todas iguales, era oro fino, de la mejor calidad, contaron, revisaron, pesaron, midieron, calentaron; el metal seguía brillando, incitando una y mil ideas, abriéndoles las esperanzas de ser los nuevos millonarios.

La crianza masiva de paujiles se anotó en un cuaderno era el tema de discusión. El Sr. Piélago, conocía a un indígena que vivía selva adentro, dedicado a la domesticación de animales salvajes ¿pero dónde era ese lugar? Don Moisés, tenía referencias que a 35 leguas de distancia estaba su campamento, vivía solo, el camino a seguir era difícil porque tenían que cruzar el río Monzón y varias quebradas, había acceso por diferentes lugares, pero eran pequeñas trochas en selvas vírgenes, y para trasladar todo el criadero del Sr. **Tanchiva**, que así se llamaba el indígena, hasta la hacienda había que recorrer 35 leguas con todo el cargamento, una empresa un poco difícil de realizar, necesitarían muchas jaulas y personal para traerlos; pensaron traer solamente los pollos o los huevos, o de lo contrario traer a Tanchiva para iniciar nuevos criaderos en los bosques de la hacienda.

Los sabios, consumiendo coca, masato, bicarbonato, café y cigarrillos olvidaron el cuidado de su aspecto personal, estaban barbones, desaliñados, imitaban a los cholones. El oro que tenían en las manos les quemaba, ardía, incendiaba, obnubilando sus actitudes y conciencias, que olvidaron que los bagazos de coca se escupían y se enjuagaba la boca antes de comer, decían que la coca era muy beneficiosa, que no se debería desperdiciar nada, ni el bagazo. Las cholonas, dormitaban en las habitaciones del curaca, lejos de

preocupaciones; Ayapi, que había entendido las intenciones de los sabios, en su hamaca contemplando las humanidades de sus hermosas amazonas y extrañando a los hijos que había dejado en su tambo de Cachicoto. Ayapi, se sentía librado de angustias y preocupaciones que causaba tener las “lágrimas del sol”, que los espíritus del monte cuidan celosamente y el poseedor no hallará paz en su vida, era la maldición que la naturaleza dejaba al descubierto para probar a los hombres y castigar su descontrolada ambición.

### *Oro por todas partes*

El curaca encontró muchas veces en sus cacerías y se limitaba solo a mirarlas y nada más que la de los paujiles, era una cosa muy pequeña comparando con las incrustaciones en las rocas que existían a tres días de caminata siguiendo el curso del río Cachicoto, pero que no revelaría a nadie para evitarse problemas y desastres.

Mientras repasaba en su mente estos acontecimientos llegó la hora de los baños; en fila, detrás de él salieron sus mujeres, marcando el mismo paso, con las miradas hacía al río, sin más indumentarias que sus túnicas. Las mujeres de los sabios hicieron igual, ellas tomaron la delantera y ellos marcharon detrás al mismo compás y mirando al río. En el río se confundieron en una desnudez colectiva, salieron a relucir los jabones de los sabios resbalando por los cuerpos de las cholonas, que disfrutaban haciendo globos con las espumas acercándolos al agua y los pececillos acudían a mordisquear.

Esto despertó en Ayapi y su comitiva<sup>34</sup> los deseos de pescar en las aguas limpias del río en el que se veían peces de diferentes tamaños y colores que saltaban en los pozos, cazando insectos y picando frutos que caían de los árboles cercanos. Exploraron con sus miradas las posibilidades de caminar aprovechando la tenue luz de la luna llena, pero no pronunciaron palabra alguna, continuaron con el rito del baño en compañía de los sabios que atendían la limpieza de sus

mujeres jabonándose recíprocamente, tratando de borrar las pinturas que tenían en sus juveniles cuerpos.

Terminado el baño fueron a sus aposentos, todas las mujeres dejando a los sabios, quienes no comprendieron tal actitud, pero la prudencia les aconsejó dejar las cosas; se quedaron en sus habitaciones a saciar el hambre que tenían, llamaron a don Moisés y cerraron las puertas del salón para discutir sobre la crianza masiva de paujiles; cada vez que se reunían, ponían las pepitas de oro en el centro de la mesa en un vaso de cristal con agua y una vela cerca para ver los cambiantes colores por la refracción de la luz. Las palabras del Sr. Piélagos, fueron examinadas a conciencia y lo que manifestó era la clave para el éxito de la empresa ornitológica y que de urgencia deberían ir a buscar a Tanchiva en su dominio llamado **Monte Azul**, que distaba veinte leguas.

### *Segunda comisión:*

Sin más preámbulos, al amanecer del día siguiente, el *Ing. Pretell y un guía* salieron rumbo al criadero de paujiles y a marcha forzada a las seis de la tarde llegaron al puerto Shuyana, cruzaron el río Monzón en una balsa y pernoctaron en el tambo de Melecio Jara, personaje dedicado a enjear ponchos de agua por encargo de los comerciantes de Monzón, indumentaria necesaria para protegerse de los constantes aguaceros por esos lugares; sin ellos no se podía cruzar la cordillera Negra.

El Sr. Jara, un hombre bondadoso y tratable, les recibió en su tambo y con mucha amabilidad respondió las preguntas del sabio sobre Tanchiva, dijo que vivía en *Monte Azul* y que de allí eran tres horas de caminata en tiempo bueno; eso era todo lo que sabía al respecto. Todo shiringuero es montaraz y su supervivencia depende de la caza y pesca, entre pates de plataniza, a los que añadieron masticaciones de coca, estuvieron hasta el amanecer ahumando una sachavaca que

Jara, había cazado. Muy temprano se encaminaron hacia la vivienda de Tanchiva, las tres horas de camino se duplicaron, pues las subidas, bajadas, charcales, árboles caídos dificultaban el trayecto; pasado el mediodía encontraron un tambo, pero estaba vacío, no había nada ni nadie.

Desconcertados siguieron una trocha que salía del tambo, dudosos caminaron en plena selva virgen encontrando aves, reptiles monos y otros animales que huían al verlos; temerosos siguieron por un pequeño camino, y al pasar un riachuelo vieron huellas humanas, por fin llegaron al tambo de Tanchiva, quien los recibió con amabilidad, comunicando que se había mudado allí para atender a sus criaturas.

### **Refresco muy especial**

En seguida prometió traerles un refresco, fue a la quebrada a pocos pasos del tambo; tenía unos monos que había cazado, los colgó de sus pescuezos y en seguida abrió sus barrigas, sacó sus estómagos, los puso sobre un madero, los cortó con cuidado y las digestiones de los monos recogió en una tinaja, agregó agua, batió con esmero probando con sus dedos. Llevó la tinaja a los visitantes, sacó pates de huingo y con mucho esmero sirvió el exótico refresco a los recién llegados, expresando que era la golosina más preciada que algunas veces la selva regalaba, él también se sirvió y haciendo una venia de respeto y consideración brindó a la salud de los recién llegados, quienes cerraron los ojos y bebieron el sanguinolento y flemoso líquido multicolor, con la cabeza levantada y a grandes sorbos, al final notaron que casi tenía buen sabor.<sup>54</sup>

Tanchiva, sin preguntar, volvió a llenar los pates haciendo otro brindis que los huéspedes aceptaron de buena voluntad, otra vez alzaron el codo y de un solo sorbo bebieron todo, pusieron los pates a un costado, pidieron permiso para ir a bañarse en la quebrada; más que bañarse querían deshacerse de la mierda que acababan de tragar, fueron corriendo al

---

riachuelo, se desvistieron de prisa y se zambulleron en la poza, vomitaron tripas de mono, cáscaras de frutas, insectos, larvas, lombrices, cucarachas, semillas y mierda.

Con los vientres adoloridos regresaron al tambo, el Ing. Pretell, se apresuró a entregar al dueño de casa los presentes traídos: aguardiente, sal, azúcar y un machete nuevo. Tanchiva, dejó de chamuscar a los primates, sacó vasos de bambú y brindaron con aguardiente; eufóricos se acercaron a la fogata, cuando ya oscurecía y sentados sobre troncos prepararon la comida, asaron plátanos, doraron en carbón los monos que despedían un olor agradable. El Ing. Pretell, inicialmente no pudo contener su asco ni su recelo, sintiéndose cómplice de un crimen colectivo, pero animado por los vasos de aguardiente olvidó a sus amigos aristocráticos y con toda naturalidad se comió a sus parientes cercanos.

Con la lumbre de los tizones pudo notar la actitud benévola de los difuntos que tenían una sonrisa generosa aceptando y participando de aquel banquete, a la sombra de grandes árboles; se oía y veía el salto espectral de los primates, a lo que Tanchiva decía: “los monos tienen alma, como los humanos, por eso hay que comerlos con respeto, porque si no sus ánimas nos hacen jugar en el monte haciéndonos errar el camino”. La cena tenía un ambiente de camaradería y voluntades plenas, hablaron de los monos, que hay diurnos y nocturnos de diferentes tamaños y colores, cada cual tiene un sabor diferente, pero todos agradables, del mono no se desperdicia nada, su piel cuando se une con otras pieles nos sirve de cama, su carne es agradable, pero lo más rico es su buche. Al oír esto al Ing. Pretell, le removieron las entrañas, sentía una explosión; algo quería salir, escapar, pero la complicidad era mutua y un trago de aguardiente dejó en su lugar la melindrería, mientras su acompañante roncaba en un rincón, abatido por el cansancio y el alcohol, ajeno a las aseveraciones de Tanchiva, quien decía: “Así es el mono, a quien no quiere,

ahorita le hace dormir, creo que usted también ya va a dormir”.

Con la borrachera olvidaron lo acontecido y durmieron enseguida, los monos atados en mala forma pendían de una viga del tambo; entre sueños, el Ing. Pretell vio las usanzas de la selva, que los velorios eran aéreos, muy diferentes.

### *Alimentando la granja*

Amaneció, un nuevo día, y desde muy temprano, antes del alba, se oía ruidos raros que rompían algo, gritaban, aleteaban, finalmente Pretell, sobresaltado se despertó, y por la rendija de la cerca pudo distinguir muchas aves negras de patas regularmente largas y una cresta roja que exigían atención a Tanchiva, quien extendía una mano llena de semillas parduscas que los paujiles se apuraban en tragar. Unos volaban en círculos, otros bajaban desde las copas de los árboles, mientras algunos caminaban equilibrándose con sus colas, buscando en el suelo alguna pepa para picar, luego volaron y se posaron en las cercanías y así fueron alejándose hasta desaparecer; de inmediato.

Llegaron otras aves llamadas pavas de monte con graznidos y cantos estrambóticos y hacían sonar sus alas, muy inquietas, a las que igual que a los paujiles, Tanchiva dio de comer frutos aromáticos que sacó de una canasta; después de



picotear por todas partes, las aves desaparecieron escandalizando el bosque continuando

los ruidos por largo rato.

---

Los tucanes de colores llamativos y enormes picos llegaron planeando y haciendo pequeños aleteos, se posaron sobre el tambo, luego bajaron al suelo a recibir su ración de frutas que algunos no los podían engullir porque eran grandes, pero a sacudones y mordiscones lograban deslizarlos en sus gargantas con unos movimientos peristálticos, cerraban sus picos, volaban hacia el techo, luego a las ramas dando pequeños saltos y desaparecían en la espesura, ensayando su irregular aleteo.

El Ing. Pretell, se quedó asombrado, incrédulo de lo que veía, y creyendo que soñaba, salió de su dormitorio, pero el dueño de casa hizo que regresara, sin darle explicaciones, entonces se paró atónito, creyendo que seguía mareado, fue a acostarse, pero los ruidos que oía le obligaron a ponerse nuevamente de pie. Sonaba el monte sacudido por alguna fuerza misteriosa; muy pronto el bullerío estuvo sobre su cabeza, eran los monos negros que tenían brazos largos y delgados que en realidad no podía diferenciar de las colas, de las que colgados en las ramas cercanas recibieron sus raciones de comida, y así llegaron se fueron, poniendo en movimiento todo el bosque. Luego llegaron por tierra chanchos pequeños que gruñían escandalizando el lugar, alzando las trompas y moviendo las colas, con las cerdas erizadas, parecían tener un collar blanco en el cuello, lamieron las piedras rojizas y masticando el aire se fueron.

El guía dormía, el Ing. Pretell soñaba, alucinaba, enloquecía, perdía la conciencia, sudaba perplejo, luchando con su credulidad; optó finalmente por despertar al guía, quien a regañadientes abrió los ojos y preguntó de mala gana ¿Qué es? Levántate, nos vamos ¿Qué, adónde? Nos regresamos ahora mismo o te quedas el acompañante se levantó sacudido por un rayo al ver al Ing. con los ojos desorbitados y mientras eso ocurría, los alrededores del tambo se habían convertido en un bullerío mayúsculo, cantos, chillidos, aullidos, todo el entorno estaba en movimiento, cada ave peleándose en las

ramas por ocupar un espacio mejor, parecía que todos los habitantes del bosque estuviesen allí.

Con la boca abierta de algún lado apareció Tanchiva canturreando una rara melodía en portugués, diciendo: “Vengan, vamos a cortar la mañana”, y en sus manos traía aguardiente y los vasos. Totalmente trastornado el Ing. bebió el quemante licor que poco a poco lo trajo de vuelta a su estado consciente.

Tanchiva, bajó el paquete en el que a la luz del día se veían espeluznantes las cabezas de los monos que se mostraban juguetones y sonrientes, burlándose de las ambiciones de los sabios. Pretell, quiso excusarse de comerlos, el dueño de casa insistió y arrancando pedazos suaves de carne aromática y agradable le obligó a comer. En la tinaja que había preparado el refresco con las digestiones de los monos preparó un chapo (bebida hecha con plátanos maduros asados aplastados y agua), los huéspedes no sabían cómo evadir aquella bebida; estaban recelosos solo quedaba obedecer las ordenanzas del destino, no podían contradecir a Tanchiva para explicarle la razón de su presencia.

### *El porqué de su presencia*

El alcohol inventa sabios hasta en las bestias, unas copas más de aguardiente nivelaron todos los sinsabores y contratiempos, con los primates jugueteando en sus estómagos; antropófagos modernos, sentados en la cocina con los olores de los asados esparciéndose entre los árboles. Con un gesto misterioso y firme Tanchiva dijo: “Amigos,<sup>54</sup> no tengo mucho tiempo, todas las personas que vienen aquí siempre tienen una buena razón, pues caminar tanta distancia no puede ser por gusto”.

El Ing. casi había olvidado a qué habían ido, con demora y dificultad, pero al oír al anfitrión dijo que eran cinco científicos, quienes querían criar paujiles en el fundo del Sr.

---

Moisés Merino, en Verdún, en el río Tazo, a lo que Tanchiva respondió: “No conozco al Sr. Merino, no conozco el fundo, pero sí el río Tazo”. “¿Podría Ud. ir con nosotros a Verdún?”, dijo el Ing. “Ni de vainas”, contestó el dueño de casa, “ pero si quieren criar algún animal del monte tienen que dietar con la madre de cada animal, de lo contrario , no se puede, yo no puedo salir de aquí, he dietado al sajino, al mono negro, al paujil, al tucán y a la pava de monte, al tigre, por eso me vienen a buscar. Si quieren dietar, aquí puede ser bueno, porque yo conozco los icaros; eso sí, su madre está lejos, mejor sería en las alturas del río Tazo, don Florencio Inuma vive en Cachicoto, él podría ser su tronco, yo he dietado con él, a dos días de camino arriba del río Tazo, allí está la madre de estos animales”.

## “Las lágrimas del sol”

El Ing. tomó la palabra preguntando que si sus paujiles no tenían oro en sus mollejas. “Las lágrimas del sol, dirás”, contestó Tanchiva. ¡Ah! Eso, ¿Eso era lo que querían? Y desilusionado agregó: “Eso es otra cosa, es la perdición del hombre, es una trampa de los malignos para llevarse a la gente en cuerpo y alma; a mi mujer le gustaba guardar esas lágrimas, tenía varios atados en sus pañuelos hasta que un día se enfermó, no duró una semana y me dejó, a pesar que yo le decía que era malo”.

Inuma, sabía de las madres de los animales y conocía el cerro de las dietas, afirmó. Entonces aclaró el Ing.: “Queremos, pero bastante, hasta para cargar en mulas y venderlo en el extranjero”. El dueño de casa respondió: “Sí, hay bastante; solo que las mulas no pueden subir por esos cerros, allí hay bastante, después de las lluvias cuando se lava la tierra brilla con el sol; no se puede ni mirar porque brilla mucho; si quieren encontrar ese cerro vayan a la casa de Inuma, con él hemos estado allí”.

Diciendo esto se levantó, agradeció por los regalos y preguntó si querían ir con él, porque iba a su campamento antiguo a limpiar la tumba de su mujer; ellos aceptaron y en seguida iniciaron las dos horas de camino. En el trayecto habló Tanchiva, por qué vivía allí. Mientras tanto en Verdún, Ayapi, aprovechando la luna llena se trasladó a las orillas del río Tazo con toda su comitiva y de inmediato se pusieron a mover piedras y colocarlas para desviar el curso del río hacia una playa seca. Las 19 mujeres trabajaron toda la noche logrando su objetivo, pusieron nasas en la parte de la desembocadura dejando a los peces encerrados y luego echaron barbasco matando una gran cantidad; mientras las mujeres reunían el producto de la pesca, Ayapi dormitaba en su hamaca instalada bajo la sombra de un frondoso árbol.

Intrigados, los sabios fueron a mirar la labor de las mujeres y se sumaron a ayudarlas haciendo la salazón de los pescados amontonándolos sobre hojas de plátano; la olla de los potajes llena de plátano hervía en la improvisada cocina, mientras en las brasas asaban peces con todas sus tripas argumentando que así tenían mejor sabor; sentados sobre piedras comieron pescados asados con panza y todo disimulando su desagrado. Ayapi, quedó instalado en su campamento de playa, y su figura sobresalía, parecía ser el jefe de todos los hombres, tomando masato y comiendo pescado, atendido con un esmero colectivo; desde la llegada de los cholones la preparación de masato era tarea rutinaria que las mujeres cumplían a cabalidad, pero ya no masticaban la yuca como hacían anteriormente sino agregaban un poco de masa fermentada, y por eso tomaban con agrado.

Todo el personal del fundo también recibió su ración de masato desleído, los sabios masticaban coca junto con los peones, quienes atribuían poderes adivinatorios, poniendo puñados de la hoja en las manos para leer sus presagios. Masticaban y al sacar pedazos de sus bocas las examinaban cuidadosamente mirando la forma y asociándola con el pedido hecho, tenían la boca llena esperando la respuesta a sus deseos, los que se prolongaban o transportaban hacía el Ing. Pretell que llegaría acompañado del guía y Tanchiva, pero las señales indicaban dos personas solamente; desconcertándolos y repitiendo varias veces el mismo pedido, sin embargo los resultados siempre fueron los mismos. Desde el día que salió la comisión rumbo a los dominios de Tanchiva, masticaron coca, tomaron café, comieron poco, pero ninguno pudo dormir pues la incertidumbre era tal que se sentían faltos de información, en los libros que revisaban apenas había el nombre, una corta referencia y nada más.

Las edificaciones bajo la guía del libanés entraban a su fase final, los techos quedaron perfectamente, una parte tenía tejas de cedro, otra de arcilla amarilla cruda sobre ripas de bambú y

la tercera de palmichi y eran para contrastar el color rojo del cedro.

de  
los



La fragancia  
la madera  
estaba  
impregnada en  
vestidos, la  
cama, la

comida, los alientos, los estornudos, el aire, la gente, las gallinas, los chanchos, las conciencias, los pensamientos, el sueño, todo estaba bañado con aquel delicado aroma de los cedros rojos.

Ayapi cambió de olor y color cuando el Dr. Barsallo preparó una pomada con flor de azufre, enjundia y algunas plantas pequeñas que untó en las sarnas de los cholones que de inmediato hizo efecto quitándoles las costras y dejando al descubierto el color de sus pieles, pero el overo multicolor que tenían seguía en sus cuerpos sin ninguna alteración, por lo que el Dr. recomendó ampolletas de Salvarsán, receta a la que el curaca hizo oídos sordos.

Al día siguiente muy temprano las mujeres se despidieron de don Moisés y los sabios, con sus atados de pescado semiseco envuelto en hojas de bijao, enrumbaron con dirección desconocida por una selva sin trochas, se metieron en el monte en fila con sus canastos en las espaldas y sus túnicas rayadas, unas detrás de otras, con Ayapi adelante, mirando al monte se fueron como una inmensa larva con una descomunal cabeza. Por otro lado, el Ing. Pretell y su guía, acompañados de Tanchiva, caminaron las primeras dos horas, hasta el tambo; el Ing. divagaba, imitaba ruidos y cantos raros, tarareaba una canción lejana que se perdía en el laberinto de grises y verdes que los gigantes del bosque desparramaban en el camino inundando aquel paraje con aromas y colores que le confundían.

---

Lo que oyó durante el desayuno eran palabras del más allá, voces de las ánimas, de los dioses que allí moraban, no podía creer que un diminuto hombre tuviera tanto poder y dominio, las sonrisas generosas de aquellos monos a los que comieron los tenía en los ojos, cercanos, junto a él, los veía entre los árboles, en el aire, el suelo, el agua, sentía sus dedos largos y suaves recorriendo su cuerpo, reclamando las partes que él había comido, rebuscando en sus tripas. En ese momento Tanchiva le salvó diciendo: “yo recorro este camino una vez al mes, voy a mi tambo viejo a cultivar la tumba de mi señora, hace un año que se murió, sino cultivo me hace soñar feo y hasta me da miedo, cuando voy a Cachicoto le traigo sus velas para tranquilizar su alma”.

## *La dieta para icarar y dominar animales*

También contó que un tiempo había dietado a la madre del tigre, que era muy fuerte, pero así llegó a completar los seis meses, metido en una cueva, con una pequeña ración de mojarras y plátano asado con cáscara (un plátano y dos mojarras sin sal cada día) y agua especial que emanaba de una roca que tenía sabor amargo.

“Mi maestro me veía solo una vez al día, un ratito nomás; me puse muy flaco, no podía andar, durante seis meses estuve echado en mi cama, allí comía; mi maestro me traía agua, poquito nomás, él estaba en otra cueva sin salir a ver gente; había un platanalito y eso cultivaba, después iba a anzuelear pues las mojarras tenían que ser frescas.

Casi muero en la dieta, todas las noches venían los tigres y me querían comer, eran grandes y muchos, entonces me acordaba del icaro. En silencio nomás, le cantaba a los tigres y ellos dormían a mi lado abrigándome del frío; cuando amanecía, bostezando se levantaban y se iban mostrándome sus muelas; conté lo sucedido a mi maestro, y él me enseñaba otra canción, otro icaro para defenderme. Cuando venían los tigres negros o yanapumas, (estos eran malos), hacían ademanes de morderme, saltaban a mi cuerpo; yo me defendía mirándoles fijamente a los ojos ordenando con mis manos que se sienten mientras iba cantando un mariri, icarándoles, así pude dominarlos algunas veces. Los tigres ya me conocían apenas alzaba mis manos se volvían soñolientos y dormían.

Cumplidos los seis meses, probé sal y dulce, mi maestro me daba más comida y carne ahumada de tigre, cuando venían felinos a la cueva, mi maestro los icaraba, se echaban a sus pies y quedaban quietos, entonces escogía a los más jóvenes, alzaba sus pescuezos y los cortaba con su machete, lo cecinábamos para ahumarlos y esa carne comíamos con plátano asado; tres meses estuvimos así. Desde ese tiempo aprendí a icarar al tigre, mono, sajino, tucanes y paujiles”, relató el curandero.

Al oír lo último, el Ing. repitió: ¡Paujiles! ¡Paujiles! Dejó de caminar y mirando a Tanchiva, dijo ¿Dónde están? El guía que iba adelante regresó y se unió al grupo, entonces vieron a Tanchiva que enardecido miraba hacia la espesura del bosque, inmovilizado, balbuceó palabras incomprensibles, se encogió haciendo un gran esfuerzo y empezó a sudar copiosamente, con los brazos en alto empezó a piar, tenía la boca cerrada; de pronto, los cantos salían desde su cuerpo y se prolongaron en el aire, las ramas de los árboles, el suelo, sonaban aleteos, pero no apareció ningún paujil, los cantos fueron alejándose, las ramas se movían liberándose de las aves hasta que finalmente no hubo nada.

Tanchiva, se recuperó, salió del trance muy fatigado diciendo que el guía era repulsivo a estas aves, de otro modo los habrían visto en cantidades apreciables, “eran hartos”, dijo el montarás. El Ing. Pretell, comentó susurrando: “Este es el hombre paujil, y si alguna vez escribiera un libro lo titularía así”. Tratando de equilibrar sus alucinaciones, sus fantasías, sus locuras y su elevado cúmulo de ambiciones siguió caminando en silencio, Tanchiva iba apesadumbrado, en silencio, meditabundo, avergonzado de no haber podido demostrar sus energías y mostrar todos los paujiles que estuvieron en sus alrededores; el guía dijo: “Ya llegamos al tambo viejo”, hicieron otro alto solamente para despedirse con muy pocas palabras, con agradecimientos mutuos y un adiós sin afectos.

Caminaron un buen trecho cuando al pasar por un arroyo se vieron sorprendidos con la presencia de Tanchiva, quien se acercó al ingeniero con una venia y colgó en su cuello una pequeña bolsa negra amarrada con un lazo del mismo color, expresando: “Es rabo de mono negro con “lágrimas del sol”, que mi mujer tenía guardado; están bien icarados, ya no hacen daño, es para usted”, luego se despidió con un apretón de manos y se perdió en el bosque. Sobre las dudas y los misterios, que los brujos trastornaban la realidad; los árboles,

---

los frutos, los olores, las sombras y todos los ruidos del bosque contribuían a llenar en la cabeza del ingeniero, vivencias anormales que lindaban con la esquizofrenia. Siguieron avanzando custodiados por toda clase de seres móviles e inmóviles, el guía exigía que aligerara el paso porque la tarde se hacía evidente, pero los zapatos mojados y las ampollas en los pies impedían que caminara correctamente, ciertos tramos lo hacía descalzo, entonces decidieron forrar sus pies con tela de sus vestidos.

Al atardecer llegaron al tambo de Melecio Jara, de quien recibieron atenciones infinitas, en todo momento fue amable con los visitantes. Melecio lavó con agua los pies de Pretell, y curó con emplastos de hoja de sachamango, pero más que el malestar de sus pies y todo su cuerpo por el rigor de la caminata, eran las dudas acerca del comportamiento de Tanchiva, que apareció en sus pensamientos una dualidad, pero era una sola persona.

Tanchiva e Inuma, ambos hablaban de la misma forma, pensaban igual, ¿Con qué poderes secretos se comunicaban? ¿Cómo podían trasladarse de un lugar a otro o estar al mismo tiempo en varios sitios? Los animales que vio en la madrugada eran reales, no le quedaban dudas, de dónde salieron los cantos de los paujiles, los movimientos de las ramas, los vuelos, los aleteos y toda la barahúnda del bosque. En su mente iba repasando todo lo acontecido, buscaba respuestas, explicaciones, quería estar seguro de todo para informar a los sabios, quienes exigirían datos concretos, de lo contrario le tildarían de loco; se acordó del colgajo que tenía en el cuello y apresuradamente se lo mostró a don Melecio Jara, quien sorprendido, casi con temor le dijo que lo guardara, “es rabo de mono negro, eso lo usan solamente los maestros hechiceros, ese tiene su madre, es el espíritu dominante del bosque que es peligroso”, y calló.

De algún lado llegó un llamado a comer; Pretell y su guía, entusiasmados por lo que dijo Jara y las bondades de la

humilde mesa comieron con mucho apetito; la sachavaca tenía buen sabor que agradó a ambos. Con el estómago lleno, el Ing. ordenó sus pensamientos y recurrió a las bondades de la coca buscando siempre una respuesta al origen de todas sus vivencias en las últimas veinticuatro horas. Sentados sobre el emponado, don Melecio prendió un cigarro e invitó uno a Pretell quien aceptó de muy buena gana y en reciprocidad ofreció coca a Melecio, pero el dueño de casa rehusó, no masticaba eso; siguieron abonando la hermosa yerba de la amistad, Jara habló un poco de cacerías en el bosque de shiringa (*Hebea brasiliense*) y algunas pescas en el río. El ingeniero escuchó atentamente analizando todo lo que veía y oía, se lanzó impetuosamente, preguntando sin preámbulos qué sabía de Tanchiva.

Calló por un momento, luego dijo: “Ese hombre era muy raro, la gente le tiene miedo porque es un hechicero malero, él, cuando hace el ‘trabajo’, nadie se salva, vienen desde lejanos lugares a buscarle, nosotros sabemos porque todos llegan acá”. Y ¿Cuánto es el precio?, preguntó; “la gente lleva comidas, conservas, sal, azúcar, herramientas, coca, ropa, aguardiente cualquier cosa”, respondió Melecio. “Ustedes dijeron lo que querían, e inmediatamente fueron despachados, han tenido suerte para que les reciba y haga dormir en su tambo, no quiere a la gente, dicen que vive con el maligno, el espíritu del monte, además domina a los animales, tiene un icaro muy fuerte, capaz de hacer dormir al tigre, así agarra o caza y le lleva andando hasta su tambo, canta y el animal se echa y lo mata”, reveló Melecio. ¿Vive solo? Dijo el Ing. al escuchar esa historia: “¡Sí! Tenía tres mujeres que vivían en su tambo, con ellas dormía allí, años vivieron así”, respondió Melecio. Agregó que atendía a sus animales lejos del tambo, no quería que vieran las mujeres porque ahuyentaban a sus animales; se encariñó mucho con los cachorros de tigres a los que llevaba a su tambo y en la noche su madre los recogía, siguieron creciendo hasta que se hicieron adultos, entonces su madre ya

no venía, solamente llegaban los dos tigres maltones y Tanchiva les daba de comer carne de sus cacerías, una vez por semana, así vivía, siguió diciendo Jara.

### **Dos tigres devoraron a la mujer de Tanchiva**

Un día enfermaron sus dos mujeres y por eso fueron con Tanchiva hasta el puerto de Shuyana, dejando a una de ellas en el tambo; después que cruzaron el río, regresó apresuradamente presagiando alguna desgracia, había olvidado dar de comer a los tigres, asustado aligeró sus pasos; corrió con desesperación cuando oyó los gritos de auxilio de su mujer a dos horas de camino por una trocha en plena selva.

Los mariris, los icaros, los cantos, los ruegos, las penas y él llegaron muy tarde, pues los tigres estaban agazapados sobre el emponado del tambo arrancando los últimos pedazos de su mujer; cantó entonces un icaro y al instante los felinos dejaron a su presa echándose a los pies de Tanchiva, durmiéndose de inmediato; allí él mató a los dos y los enterró junto a los huesos de su mujer, hace ya un año. Recién comprendió el Ing. los apuros de Tanchiva, su consciente se turbaba y los temores inundaban su ser produciéndole pánico y desconfianza, veía todo el bosque infestado de carnívoros.

Los sabios estaban muy preocupados, el Sr. Piélagos que conocía y sabía de las cualidades del guía, estaba muy descontento devorando puñados de coca y cal, sintiéndose cómplice y culpable de lo que pudiera suceder al Ing. y su guía, no dormía ni comía, solamente tomaba masato, poco comunicativo rehuyendo las conversaciones<sup>54</sup> de los sabios, miraba los cerros, las nubes, el infinito, buscaba en el cauce del río alguna aparición, alguna señal que indicara que Pretell regresaría sano y salvo.

La construcción de las edificaciones continuaba en forma acelerada al mando del libanés, pero el verano ya llegaba a su fin y empezaría el invierno con sus prolongadas lluvias

---

quedarían inconclusas; llamaron más gente, artesanos, talladores, azueleros, etc.

Habían llegado dos hombres de Chavín de Huántar, eran talladores de santos y conocían el manejo de maderas finas. Entusiasmado el libanés los llevó a su taller y les mostró el torno con la pelton, encargándoles que grabaran los rostros de los sabios para ponerlos en las paredes de la casa, y ellos silenciosamente se establecieron en el taller del torno.

El correo siguió llegando con su cargamento de malas noticias, las guerras en Europa continuaban y la crisis se extendía por todo el mundo, motivaba entre ellos continuas y acaloradas discusiones, obnubilados por la disciplina y el poderío alemán que había invadido diferentes territorios fuera de sus fronteras y en ese momento estaban avanzando al corazón de Rusia.

### *Sociedad cauchera*

El Ing. Pretell y su acompañante, anclados en el puerto Shuyana (Espera), por las magulladuras que tenían se vieron obligados a permanecer en reposo, recibiendo informaciones del dueño de casa, sus hazañas, las cacerías, pescas y los viajes por las serranías de Huánuco para vender sus ponchos enjebados, revelando que los serranos olían a borregos, comían coca y vivían en las cumbres de los cerros, equilibrándose en las pendientes para no caer a los abismos, tenían piojos y pulgas de variados colores y tamaños, a los que comían con agrado.

Cuando estuvo por llegar a un pueblo llamado Tantamayo se le acabó el aire regresando inmediatamente en el lomo de un burro porque no podía mantenerse caminando aún así aprovechó para conocer comerciantes que necesitaban los enjebados, desde entonces ellos dejaban los encargos y el dinero en Cachicoto. Previo pedido él preparaba los ponchos, fundas, sombreros para las zonas frías, bolsas, mantas y

bolsones para los selváticos, muy útiles para navegar por los ríos y caminar por las trochas.

¿Cómo los hace? Preguntó el Ing. y él explicó: “Muy temprano, con el alba recorreremos las estradas, picamos los árboles de shiringa, haciendo incisiones en la corteza, el látex chorrea, luego regresamos a desayunar; antes del mediodía nos vamos a recoger el jebe líquido, volvemos corriendo y nos ponemos a enjear, para eso ya está lista la tela templada en un marco de madera y si es una bolsa tiene un armazón al que se le da la forma deseada, pero antes se cierne y agregamos azufre si va a ser color natural; si va a ser negro se agrega también carbón molido”.

Explicó que después de varios baños, en dos días está lista la obra, la doblan bonito haciendo fardos de cuatro arrobas de peso y llevan a Cachicoto, allí recogen sus dueños y pagan la diferencia. ¿Cómo es la estrada? Volvió a preguntar el Ing. muy entusiasmado, su acompañante respondió que cuando encuentran un manchal con unos cien árboles de shiringa a eso llaman una estrada, y si hay otro manchal con igual cantidad de árboles de la misma especie, entonces hacen el tambo, cercano a ambos, junto a una quebrada o río que tenga buena agua y abundantes peces.

Generalmente en el shiringal viven muchos animales que sirven para la cacería; construyen el tambo y los sahumadores bien ubicados. Primero plantan las estacas enumeradas mientras un ayudante busca otro árbol cercano tratando de acortar las distancias. Una vez terminado este trabajo limpian cuidadosamente el camino que llegue<sup>54a</sup> a cada árbol y que continúe a los demás de acuerdo a los números de las estacas, el camino tiene que estar limpio, libre de obstáculos y de piedras salientes, debe tener mucha visibilidad, pues por allí recorrerán interdiario a toda carrera para que las operaciones coincidan, de lo contrario no funcionará bien porque el látex después de unas horas se coagula impidiendo su uso.

## *La empresa de la shiringa y los enjebados*

En este punto el Ing. cambió de opinión con respecto a los pajiles que estaban en su mente, quería convertirse en el amo de los **shiringueros**, establecerse en un lugar cercano, poner sus oficinas, dar créditos y comerciar con los hombres de los Andes; propuso entonces a Jara, fuera su socio quien aceptó gustosamente, entonces se acordó de don Bernardino Ayapi, quien sería su lugarteniente, compartirían el harén de sus juveniles y hermosas mujeres y por la categoría que tenía sería la persona adecuada.

Por esos tiempos en Tingo María, había una empresa llamada Corporación, compraban jebe laminado y bolsas enjebadas, además vendían retrocargas y cartuchos, rasguetes, tishelas, azufre, ácido clorhídrico y más vituallas para los shiringueros.

Pero el deber, el honor y la palabra empeñada estaban por sobre todas las otras razones. Con la amistad robustecida y bien sentadas las posibilidades de una futura empresa, las ambiciones vividas y sacando cuentas de los rumbos que el destino ponía en sus manos, al cuarto día, fortalecidos con un buen desayuno cruzaron el río Monzón acompañados por don Melecio Jara, en una pequeña canoa, se despidieron de él y el ingeniero dejó las peripecias que sufrió en el camino por sus heridas que todavía no cicatrizaban; a duras penas llegaron a Cachicoto, a la casa de don Rósulo Lastra, quien era amigo de don Moisés Merino.

Esa noche Pretell, recibió curaciones para sus malestares, fue agasajado con honores, sirviéndose una cena especial abundante en carnes de aves, chanco, salsas y un café tinto que le agradó mucho; fue oportuno el momento para hablar del negocio de ponchos enjebados que el Sr. Lastra conocía, quien informó que la demanda superaba a la producción porque la gente se dedicaba al cultivo de la coca que era más rentable y accesible, mientras que los shiringales estaban selva

---

adentro y poca gente daba importancia, pero “sería bueno traer trabajadores de San Martín, que para esto son más hábiles y ganaríamos mucho dinero” ¿¡Ganaríamos mucho dinero!?

Nuevamente el Ing. se sintió socio de una empresa, al día siguiente después de un descanso reparador y un desayuno digno de los nuevos empresarios que muy pronto iniciarían sus operaciones, montados cada uno sobre el lomo de un mulo con un acompañante para regresar las acémilas, partieron con dirección a Tazo Grande y luego a Verdún, llevando saludos y recuerdos a los compañeros que esperaban con ansias para despejar las incógnitas sobre la crianza de los paujiles y la explotación de pepitas de oro fino. Mientras los sabios sumaban días, horas y minutos despejando incógnitas y se preocupaban por la demora de la comisión pues trascurrieron cinco días y tenían dos días de retraso, al atardecer del sexto día llegó el Ing. Pretell, sano y salvo.

Los desesperados sabios no atinaron en abrir sus bocas; después de un buen saludo, el recién llegado fue acuartelado en sus habitaciones y el Dr. Barsallo se encargó de curar los maltrechos pies del Ing. Pretell; toda la comitiva esperaba ansiosa en la sala de reuniones los informes que debería ofrecer el enviado especial, quien con el cuerpo limpio y vestimenta adecuada entró a la sala recibiendo aplausos y vivas por su retorno.

La mesa de madera labrada y brillante soportaba el peso de una tinaja de masato, la cafetera, las tazas, licores, cuadernos, una bolsa de bayeta blanca henchida de hojas de coca especial, una lata de kerosene, bicarbonato, lápices, tinteros, ceniceros, instrumentos de medición; resaltaba el vaso de cristal sobre un pedestal con agua limpia conteniendo las pepitas de cobre alumbrado constantemente con una vela.

Los sabios todos de pie recibieron los saludos del viajero con palabras de elogio, deferencias y manifestaciones de grandes acontecimientos; finalmente, todos callaron esperando las alentadoras palabras del comisionado quien con las

experiencias de los señores Jara y Lastra se sentía confundido, no sabía qué decirles, pero buscando en el laberinto de sus vivencias optó por decir: “En esta vez, compañeros, me cabe el honor de hacerles llegar el saludo cordial y fraterno de los señores Tanchiva, Jara y Lastra, quienes bondadosos nos acogieron con amabilidad y respeto brindándonos todas las facilidades, a pesar de ello, mi poca experiencia y las largas caminatas afectaron mi salud, por consiguiente prolongando el tiempo de retorno”.

Las bondades del señor Tanchiva, conocedor de la selva y sus criaturas estaban sintetizadas en un presente que él entregó en el camino de retorno, encendió un cigarrillo con aparente nerviosismo, agarró un puñado de coca, lo introdujo en su boca, condimentando con bicarbonato demorando en acomodarlo correctamente.

El silencio se prolongó por algunos minutos, los socios echaron un vistazo a sus relojes Longines cinco estrellas, sostenidos por gruesas cadenas de plata, el libanés creía que el ingeniero quería levitar o había aprendido algún artificio para hacer aparecer en la mesa paujiles o miniaturas de oro, y no se equivocó, el grupo empezó a inquietarse, el Sr. Valencia propuso por fin interrogarle; el Sr. Piélagos, alzando suavemente las manos y observando con serenidad pidió calma. Entonces ordenando sus palabras el Ing. volvió a decir: “disculpen mi inexperiencia”.

Sacó de uno de sus bolsillos el presente que Tanchiva otorgó; al verlo se sobresaltaron y querían despejar la incógnita y en coro dijeron ¡Caracoles! Y mirando interrogativamente querían ver qué había en el presente; sin darse cuenta, impulsados por alguna fuerza escondida y como ensayando una escapatoria, diez manos aprisionaron el objeto.

Con voz serena Pretell, dijo a los curiosos: “Alto Señores, van a estropear el amuleto”, pausadamente los sabios retrocedieron las manos; el conferenciante agradeció,

---

manifestando: “Señores, ese es un collar que encierra los poderes de Tanchiva y no se puede maltratar”,

Luego agarró el presente, puso en su cuello, con mucho respeto desató el amarraje que tenía y llevándolo a un costado de la mesa vació el contenido; los demás vieron caer las brillantes pepitas de oro, sacaron sus lentes y observaron el precioso metal, y al contarlos notaron que había cien unidades, colocaron en vasos de vidrio y prendieron velas, abundaron las tazas de café y el Dr. Barsallo, sugirió que tomaran los alimentos en el comedor.

Cada uno sacó sus propias conclusiones de lo que habían visto, a iniciativas del señor Piélagó comieron con cordura y calma, haciendo mención la extrañeza por la ausencia del recién llegado. El brillo fulgurante del oro y las visibles exageradas ambiciones, alteraron la sensatez, enervándolos y trastocando sus buenos sentimientos. El señor Valencia, que no podía librarse de su asombro, buscó en los cajones y el armario, y encontró una botella de vino con etiqueta sacra y nombre en inglés, brindaron por los éxitos y los triunfos de la futura empresa, pero el licor llama a más licor, comieron y bebieron hasta el anochecer.

Don Moisés, formó parte del grupo y amanecieron tumbados en la sala, adormecidos por el alcohol, los vasos con el preciado metal seguían en la mesa con las velas consumidas, y todavía así seguían resplandeciendo.

Se levantaron abobados, pero después de un baño colectivo y un suculento desayuno otra vez se sentaron junto a la mesa para continuar con el informe; el Ing. Bretell, repuesto de su nerviosismo y convencido que la empresa ya era una realidad, detalló ocultando estratégicamente las bondades de las shiringas, el filón y la riqueza que eso significaba.

Por su parte los sabios, incrédulos de lo que oían mantuvieron un silencio sepulcral, las preguntas de rigor no se hicieron esperar, recibiendo respuestas razonables, pero cuando llegaron al punto de los cantos de los paujiles no supo

---

dar una respuesta coherente y allí terció el Sr. Piélagos, diciendo que los maestros hechiceros que conocen y usan la cola del mono negro, son capaces de crear un estado de alucinación colectiva, que pueden manipular el consciente de una persona en forma temporal o definitivamente, así actúan y cuando hacen los maleficios por encargo de un enemigo, lo cual es difícil de curar, que solamente puede neutralizar un hechicero de mayor jerarquía

Despejando la incógnita y terminado el incidente, quedaron completamente confundidos con el informe, no sabían si hacer una granja de paujiles o ir a dietar en las cabeceras del río Tazo.

Los talladores habían preparado la madera para grabar los rostros de los sabios, pero necesitaban hacer un bosquejo en arcilla de cada uno de ellos, captando sus mejores aspectos; así querían aparecer para la posteridad, los convocaron al taller del libanés, había un perol con agua limpia donde los talladores mirarían la perspectiva.

Muy arreglados asistieron los citados al taller, los artesanos hicieron su trabajo con esmero y usando sus mejores técnicas; terminada la sesión, los sabios se retiraron a sus habitaciones y los talladores cerraron el taller, cuidando celosamente la presencia de personas ajenas, pero la curiosidad es tentadora.

Mientras los ancashinos fueron a bañarse en el río, el Sr. Rada, una persona seria, se escabulló del grupo, se metió en el taller y descubrió que la plancha de arcilla estaba cubierta con varias capas de tela húmeda, vio que los rostros se estaban formando, desarrollándose y todo había salido bien; muy contento los volvió a cubrir y se fue.

Trascurridos los ocho días, los artesanos llamaron a los sabios para que juntos revelaran las pruebas que las tenían cubiertas, y ellos caminaron con prisa para ver la obra maestra de los serranos; el último en llegar fue el Sr. Rada presintiendo que algo no saldría bien.

Parados en círculo esperando ver sus figuras fueron sacando una por una las telas, cada uno se preguntaba ¿Cuál soy yo?, el Sr. Rada, aparecía con cara redonda, ojos saltones, boca ancha, nariz pequeña, se sentía culpable y de inmediato



manifestó su preocupación. Pero los artesanos conocían todos los secretos de estos menesteres y dijeron: “escogemos un rostro

representativo, luego lo vamos afinando de acuerdo a cada individuo”.

*Las casas de Verdún techadas con palmiche en armazón de madera redonda*

En la tertulia hicieron notar que debían hacer varias muestras, la que vieron mostraba una figura autoritaria y poco amable, no digna de grandes empresarios.

Los talladores llamaron otra vez a los sabios para tomar nuevas muestras con sus facciones adecuadas y las hicieron con puntualidad mostrando sus mejores sonrisas, en el perol de agua limpia; sin esperar una nueva invitación de los santeros, los sabios llegaron al taller ansiosos para ver las muestras que reflejaban bondadosas sonrisas, llenas de encanto y descubrieron la sonrisa más famosa y única vista por humano alguno no sabían si reír o llorar, todos se parecían a Jesucristo, con barbas, con la cara alargada, con moretones y huellas de la corona de espinas, pero con una ancha sonrisa y un guiño malicioso en los ojos.

Los sabios unificaron sus pensamientos, tuvieron el mismo veredicto, “es una obra maestra y estos artesanos son descendientes directos de los famosos pintores italianos, esta es la obra que lucirá en la sala de la casa de cedro rojo, que no le falte ningún detalle”. Salieron del taller y fueron a la sala de las deliberaciones para continuar los acuerdos para la empresa de la crianza de paujiles.

### *Escuela de arte contemporáneo*

El taller de los artesanos desde ese día fue **considerado una escuela de arte contemporáneo**, un lugar de las grandes inspiraciones, centro de altos valores culturales y tal vez un ramo rentable por las valiosísimas obras que se podrían hacer y llevarlas a las grandes urbes; exhibirlas en los mejores salones y hacerse famosos, nada menos que grandes millonarios; mientras tanto, los artesanos, contentos, consiguieron aguardiente, se encerraron y emocionados bebieron toda la noche hasta quedar completamente borrachos. Aparecieron al tercer día; resucitaron, eran talladores de imágenes de santos y la broma que hicieron salió bien.

La casa nueva ya estaba casi lista, todo el personal trabajaba en el acabado. La madera al secarse, tenía un color rojo, las partes expuestas a los rayos del sol eran tenues, variantes de rojo y a la distancia se veían matizados muy hermosos, con el olor característico, pero atenuado por la pérdida de humedad. Los techos que ya habían soportado algunos aguaceros y las palmeras daban un aspecto acogedor y paisajista resaltando en un conjunto de verdes de los árboles, los cerros y el cielo siempre jaspeado con pequeños cúmulos de nubes por la acción de los vientos que siempre estaban en movimiento.

Los sabios, convertidos en empedernidos bebedores de café, tenían sobre la mesa los dos vasos llenos de agua, con dos cirios encendidos contemplándolos. Tenían una agenda, pero

---

no habían conseguido la tecnología adecuada para llegar a las cabeceras del río Tazo y volverse brujos dominadores de animales silvestres, de hacer una exploración de las nacientes del río Tazo, encontrar el oro en los deslizamientos como hongos amarillos, la explotación de las maderas finas.

En este día el narrador se sintió confuso, le emocionaron las inquietudes de los hombres de ciencia que parecían unificar sus pensamientos, y sentimientos; creían ciegamente en los grandes yacimientos de oro escondidos en los cerros, a pesar de sus vastos conocimientos carecían de la tecnología para la explotación masiva del preciado metal. Hacía falta un minero conocedor de las vetas; si bien entre el personal que laboraba en el fundo, algunos de ellos habían trabajado en minas haciendo túneles profundos, utilizando maquinaria especial, pero la selva o la ceja de selva es otra cosa. Allí conviven factores impredecibles; aguaceros, crecientes de los ríos, las alimañas, la vegetación misma, el clima y la humedad son los fenómenos que determinan el actuar del hombre; si a esto agregamos las cualidades de los espíritus que reinan en esas soledades, sería muy difícil arrancar a esta zona unas onzas de oro.

Los sabios tenían el don de la simplificación y por eso creían se debía explotar sin tener en cuenta esas circunstancias. Ellos lo veían fácil e inmediato, pero para eso tenían que planificar cuidadosamente, olvidando que el tiempo no espera y las circunstancias cambiantes hacen errar al más ecuánime de los humanos. Los problemas que sucedían en los países involucrados en la guerra europea preocupaba a esta gente; los correos que llegaban semanalmente influían en sus ánimos, los alegraba y causaba tristeza; motivos familiares o empresariales, y por circunstancias dudosas no podían atender personalmente sus negocios, actitud que amenazaba la estabilidad.

### *Inauguración de la casa de cedro rojo*

---

La casa de cedro rojo, ya estaba prácticamente terminada, faltaba pequeños retoques; los talladores tuvieron una sobresaliente actuación, el cuadro con los rostros de los sabios estaba ya casi listo, pero no entregarían la obra si los interesados no cancelaban el precio pactado: un fardo de coca de cien libras de peso para cada uno y treinta soles en efectivo, el cual don Moisés canceló de inmediato.

Todavía así, seguía el hermetismo pues faltaba el secado correcto del cuadro que a la mañana siguiente debían colocar en el lugar indicado.

Mientras tanto los muebles ya estaban en sus sitios, las esquelas de invitación para la inauguración empezaron a circular y los encargados llamados “propios”, iban llevando las misivas a cada hacendado, con una especial deferencia a los señores Julio Melgar, Amador Sifuentes, Francisco Villegas, Maurilio Vergara, Braulio Sáenz, Abel Recabarren y otros más, contrataron guitarristas, violinistas y cantores, las bebidas ya estaban en casa, la comida se prepararía allí y los huanuqueños harían las pachamancas. Las viandas debían ser a base de cerdo, cordero y aves que los sabios prepararían a su estilo y manera, el dueño de casa ofreció una gigantesca pachamanca; entre los licores había varias cajas de vino con botellas bien etiquetadas y selladas, la bodega del trapiche tenía varios toneles llenos de aguardiente perlado. Había la costumbre de bautizar y bendecir a la casa, pero el señor cura se encontraba a cien leguas de distancia.

Para el hombre del ande, aquel que vive en algún pueblito colgado en las estribaciones de las cordilleras, allí está su capilla o pequeña iglesia para poner la imagen de sus devociones; ese santo o santa a quien tributa honores y ruegos el serrano; es parte importante de esos ritos la coca, que no debe faltar, pues sin ella no sería digno de presentarse delante de sus protectores. En cada iglesia hay una imagen que hace las veces de abogado : montado en un caballo, con sombrero, con barbas, de carácter risueño, con vestimenta oscura, lleva en

---

una mano un puñal, en la otra un látigo y una soga enrollada en la cintura y cabalga un potro arisco y es el “santo sin nombre”; a él acuden casi todos los serranos masticando coca, tomando aguardiente pidiendo que los proteja de las autoridades (policías, jueces, fiscales) para no ser descubiertos, llegan también los abigeos para solicitar protección .

Las mujeres no se acercan a este santo porque la tildan de ladrón (protector de ladrones), pero por su parte ellas disimuladamente tienen otra imagen de una santa a quien elevan sus ruegos para ocultar su infidelidad y obsequian hojas de coca con un mensaje secreto en el que piden ayuda para conseguir el hombre de sus anhelos.

Allí todo está hecho a la medida, los santos y santas tienen el atributo de satisfacer las peticiones de sus devotos y devotas por más prohibidos y pecaminosos que sean. Una vez dejado el encargo o petición con el perdón queda la conciencia limpia, no de arrepentimiento sino con la seguridad que su santo o santa se encargará de eso y ellas pueden seguir cometiendo nuevos pecados para ser perdonadas en las próximas peticiones a su patrona.

Eso era lo que reclamaban los serranos para el día de la inauguración, los talladores tenían el compromiso de llegar a la fiesta patronal, por eso en la noche tostaron maíz suave y al amanecer con los fardos de coca en sus espaldas desaparecieron los discípulos de Leonardo da Vinci, para caminar por senderos escarpados poniendo a prueba todas sus energías y voluntad, pidiendo a su santo protector les permitiera llegar y disfrutar en su festividad con coca fresca de buena calidad. Ochenta leguas de caminata con un poco de maíz tostado, agua de los arroyos, coca y cal todo el día, tarea muy riesgosa, que para otros hombres era imposible de efectuar.

Los sabios, haciendo toda clase de comentarios se acercaron al taller del torno , el cual estaba limpio y ordenado. Varios lienzos cubrían las imágenes y el cerebro humano es un

prodigio de la creación, hilaron mil conjeturas, hasta creyeron que era un engaño, una falsedad, dudaron, pero ninguno se animó a descubrir el envoltorio; el Sr. Valencia designó a don Moisés, pero rehusó tal honor cediendo al Sr. Piélagos, quien agradeció tal deferencia y con mucha calma quitó los diez paños, cada uno de ellos estaba limpio.

Tal era la lentitud del Sr. Piélagos, que los sabios recurrieron a sus relojes, abrían y cerraban automáticamente para cuantificar los minutos, hasta que por fin el encargado sacó el trapo número nueve y cedió el último al Sr. Pretell, quien sorprendido por tal honor se acercó con mucha calma; después de contemplar los rostros de los presentes trató de mirar los grabados sin quitar el lienzo, mientras ardía la curiosidad, quemaban las pupilas por las miradas fijas a un solo punto, entonces el Ing. Pretell dijo: “Hagámoslo todos”.

Así fue que se acomodaron y agachándose levantaron la última cobertura, descubriendo un hermoso cuadro con las mejores facciones de los presentes, buscaron a los artistas, pero ya estaban en camino a sus pueblos, los sabios no vieron su partida.

El cuadro fue trasladado con mucho cuidado y colocado en su lugar y allí están. Los proyectos del Ing. Pretell se resquebrajaban en sus cimientos, no comprendía las vivencias de estos artistas, cuyas aptitudes eran tan sobresalientes, sin embargo preferían ser bestias de carga exponiendo sus vidas por los secretos encantos de las hojas de coca, cosas difíciles de entender por esa gente para quien los valores de sus ancestros están por encima de cualquier cosa, por más valiosa que sea, su tierra, su gente, sus cordilleras, esas ventiscas que congelan las palabras, los sentimientos, las vivencias, las costumbres y sus ruegos que están más cercanos a su creador.

Desde esas cumbres se comunica con sus dioses tutelares y se siente superior, grande, gigantesco, con sus ojos domina el infinito y entonces se siente fuerte como una montaña que domina a todo el ámbito, y de allí contempla el desfile

---

silencioso de las ánimas de sus antepasados que reviven con los conjuros y peticiones a las hojas de coca; entonces está ligado de cuerpo y alma al silbido de los vientos que en las matas de los ichus desarrollan sus más lejanas melodías impregnando en su alma la grandeza de su raza y su carácter indómito.

El Ing. Pretell, se encerró en sus cavilaciones, quería entender los valores, la filosofía de esta gente, pero cuanto más se esforzaba se confundía más y más. Las esuelas ya estaban repartidas, los preparativos en orden, faltaban veinticuatro horas para la gran inauguración y la casa de cedro rojo entraría a funcionar oficialmente. Los sabios tuvieron la precaución de no difundir sus ambiciones, proyectos; escondieron el oro; de la cría de paujiles no se mencionaría nada, aparentarían ser estudiosos de la naturaleza. Todo estaba ya listo, llegó el día esperado y la peonada estaba a la orden para proveer lo necesario; a tempranas horas llegaron los invitados con alforjas llenas de golosinas, licores, quesos, fiambres que contenían las especialidades de sus señoras.

Los músicos instalados cerca a la casa de cedro daban la bienvenida con huaynos, yaravíes y valeses; había un grupo de peones haciendo fila a los bordes del camino, que aplaudía y saludaba a los recién llegados.

Cerca de la casa los sabios recibían a los dignatarios llevándolos hasta el nuevo salón; llegaron todos los convocados acompañados de sus esposas y algunas señoritas familiares. Pasado el mediodía inició la ceremonia, el libanés ofició de sacerdote y lo hizo muy bien, luego los discursos de orden y el conocido ritmo de valeses que bailaron los sabios y los dignatarios, después vinieron otras melodías. Se hizo un paréntesis, nombraron un padrino y develaron la placa de madera tallada que todos admiraron, felicitando al Ing. Pretell, por todo lo que veían. Las viandas tenían colores, formas, aromas, y sabores diferentes y después del brindis con licores espumantes se inició la comilona. En esas circunstancias llegó un extraño personaje, mal vestido, con barbas y cabello

crecidos con la vestimenta envejecida y sucia, calzando ojotas de suela, quien ante el interrogatorio de los peones manifestó que buscaba a don Moisés, y era urgente, buscaron al aludido que acudió al llamado.

El encuentro fue fraternal y el visitante solo dijo llamarse Riso Patrón y pertenecía a la Hermandad; rápidamente le consiguieron ropas, zapatos, jabón y hojas de afeitar; una hora más tarde fue recibido con honores por los presentes, y saludado con consideraciones (parecía de un rango superior en la Hermandad). Repitiendo las cosas que le pueden pasar a un narrador saldremos de este laberinto para dedicarnos a otras circunstancias que no se pueden prever.

### **Primera incursión policial**

El puesto de la Guardia Civil de Monzón, tenía quince efectivos al mando de un sargento, para entre otras cosas resguardar la Caja de Depósitos y Consignaciones, oficina del Estado de mucho prestigio, recaudadora de impuestos provenientes de la coca, tabaco y aguardiente.

Obedeciendo las órdenes superiores emanadas desde la oficina provincial con sede en Llata, capital de la provincia de Huamalíes, seis efectivos al mando del cabo Veramendi, debidamente pertrechados con fusiles de largo alcance recibieron la orden de constituirse al término de la distancia al fundo Verdún y capturar a los señores Barsallo, Valencia, Piélagos y Langueman, y conducirlos esposados a Monzón y de allí a Llata, finalmente a Huánuco.

¿Delito? “Secreto de Estado”, el cabo Veramendi preguntó a su sargento ¿Adónde voy? Al fundo Verdún, ¿En qué voy? ¿Caminando? ¿A qué voy? Calló el sargento, se acercó al cabo, desabrochó el bolsillo de su camisa y extrajo un papel con la orden, entonces el subalterno se cuadró, saludó y se fue, alineó a sus hombres, quienes fusil en mano y morral al hombro partieron rumbo al lugar indicado, con mal tiempo, caminaron

---

y mojados hicieron un viaje penoso llegando a Tazo Grande al atardecer, fueron a la oficina de correos y se reportaron con un telegrama a su superior.

Esa noche pernoctaron en el caserío Tazo Grande, estaban mojados, mal comidos y de frío; al día siguiente, muy temprano continuaron el viaje camino a Verdún y para cumplir su cometido tenían que cruzar el río Tazo media docena de veces. Con los zapatos hinchados, y mojados hasta los huesos llegaron a media mañana al lugar de destino, cuando los dignatarios se disponían a desayunar, el cabo Veramendi usó sus estrategias para amedrentar a los perseguidos (reos contumaces).

Sigilosamente se acercaron al fundo y rodearon la casa de cedro, pero un peón notó los movimientos policiales y alertó a don Moisés, quien de inmediato instruyó a los peones; como los recién llegados eran conocidos, se saludaron y el cabo manifestó con cordura y respeto la misión encargada por el superior.

Don Moisés escuchó atentamente, y enterado del mensaje preguntó ¿Tiene Ud. la orden de arresto? - “Sí, claro”- respondió el sargento al momento de desabrochar el bolsillo donde puso el papel, pero estaba completamente mojado y despintado, regándose la tinta y borrando la autoritaria orden. Don Moisés, abrazó al cabo y pidió a los guardias le acompañaran al comedor; el hambre, el cansancio, la debilidad y el mal camino hicieron que los policías olvidaran por completo la razón de su presencia allí, comieron, bebieron y con buenos fiambres en sus morrales, regresaron a Tazo Grande y al día siguiente a Monzón, para informar que los perseguidos ya no estaban allí, simplemente se habían ido a otro lugar, pero ese informe no convenció al sargento aunque aceptó a medias, pues era *vox populi*, que los sabios estaban en Verdún.

El mismo hecho de las dificultades para llegar al fundo impedía que los policías pudiesen usar sus métodos de

amedrentamiento, además los sabios tenían gente que los protegía; si la situación se complicaba, ellos estarían siempre protegidos por sus hermanos, que vivían en diferentes lugares, los cuales informarían a tiempo.

La fiesta de inauguración continuó con toda normalidad, la casa de cedro rojo fue motivo de elogios, pidiendo al Ing. Pretell y al libanés que construyesen para ellos réplicas de la edificación, que el dinero no era problema pues pagarían con agrado por una obra de arte de esa magnitud. Entre copas, viandas y el calor de la amistad se dio rienda suelta a los requerimientos, las señoras y señoritas que participaban, pidieron se hiciera el ofrecimiento formal para iniciar las obras en cada una de las haciendas, la euforia del momento fue aprovechada.

El Ing. Pretell, dijo que el trabajo no era de dos personas sino de un conjunto, los planificadores y ejecutores formaban un buen número, aparte de la accesibilidad a la madera y otros materiales, sugirieron maderas de ishpingo, mohena, tornillo, palo sangre, manchinga; a pesar de la variedad de maderas ninguna igualaría a las bondades del cedro, pero para llevar a las haciendas se necesitaría muchas acémilas y un tiempo prolongado por las distancias y los malos caminos.

Esto desalentó un tanto a los comensales que insistían para satisfacer los refinados gustos de las damas; todo tiene su fin, llegó la hora de la despedida, las alforjas volvieron a llenarse y los cargadores empezaron el retorno a sus lugares de origen. Los sabios habían hecho dibujos de la casa nueva el cual repartieron a los invitados, quienes con fuertes abrazos y la esperanza de contar con una residencia igual se fueron. La presencia inesperada del Sr. Riso Patrón, fue motivo de largas conversaciones, entre las que se trató sobre los proyectos de cría de paujiles, la dieta en las cuevas río arriba, las maderas, las almendras, los shiringales, los cascarillales, los cicales, los barbascales, los cafetales, en fin, todo cuanto fuera aprovechable y vendible.

---

Después de analizar estos puntos, el recién llegado, dijo que el gran filón de riquezas por aprovechar es la industrialización de las hojas de coca cuyos subproductos tenían mucha demanda en el mercado exterior y que sería suficiente para llenar los bolsillos y tener una vida holgada por el resto de sus vidas. El otro gran filón sería la explotación del oro en las nacientes de los ríos Cuyaco y Tazo, pero necesitaban hacer un reconocimiento concienzudo de los yacimientos existentes y que su experiencia de ingeniero de minas ayudaría grandemente.

Los presentes se pusieron de pie y aplaudieron tal revelación, entonces él abundó en informes, que estuvo trabajando en las minas de Huansalá y otras ubicadas cerca de las cordilleras nacientes del río Marañón y por problemas políticos tuvo que abandonar aquel lugar, disfrazado de humilde obrero, caminó día y noche para huir de sus perseguidores, mirando siempre el Marañón para abandonarlo en Chavín de Pariarca y tomar el camino a Monzón, donde recibió información del escondite que necesitaba y por esa razón estaba allí.

Le renovaron la bienvenida y ofrecieron socorrerlo en todo momento, el Sr. Piélagó sugirió que trajeran los vasos de cristal con el oro para mostrar al nuevo socio, quien incrédulo de lo que tenía a la vista y balbuceando frases en algún idioma tomó en sus manos los dos vasos, acercándolos a sus ojos para verlos mejor, los puso en la mesa, sacó una pepita y de inmediato la mordisqueó, pero no dijo nada; su rostro se sonrojaba y parecía buscar en su mente la palabra adecuada o algún recuerdo grato, o se sentía favorecido por las inciertas cualidades de la suerte, tomó otro grano y volvió a morder dando vueltas en su boca, probando con sus dientes la maleabilidad de aquel precioso metal.

Continuó el silencio, los sabios tenían dificultad para respirar, sentían una hipnosis colectiva, parecían clavados en sus asientos leyendo en el rostro del huésped todos los secretos

---

que este quería descubrirles; él súbitamente escupió, se acomodó en su asiento y con ojos risueños miró a cada uno de los presentes, se puso de pie y dijo:

### **La Hermandad y el juramento**

“Desde este momento tengo la certeza que formamos una Hermandad ya que tenemos una gran riqueza en nuestras manos, el oro que acabo de reconocer es el más fino,preciado y costoso; entonces, hermanos, esto merece una estrategia muy especial; *secreto absoluto, la confianza mutua y la honradez en el tiempo, pero el oro es capaz de corromper al ambicioso; muerte al traidor*”.

Todos se pusieron de pie, se vistieron con trajes especiales, sacaron un papel y firmaron un pacto con sangre, invocaron a algún ser superior con diferentes movimientos usando armas cortantes y luego encendieron fuego y quemaron el papel con las firmas, mancharon sus manos con un poco de sangre que brotaba de una pequeña herida del dedo índice izquierdo del Sr. Riso Patrón, apagaron las luces y después de unos minutos prendieron las velas, viéndose que con la vestimenta especial parecían sacerdotes; continuaron la ceremonia moviéndose lentamente, hablando un idioma incomprensible y bebiendo un líquido oscuro.

Nuevamente las tinieblas, y cuando finalmente la luz, tenían sus vestimentas normales. El fundo y don Moisés marcaban líneas diferentes, la producción era menor que la demanda y los compromisos de entrega atrasados; los obreros eran requeridos en todos los fundos y haciendas, debido a la demanda de coca, café, barbasco, cascarilla, achiote, aguardiente, chancaca, etc. Debido a las dificultades en el transporte acuático por los accidentados cauces del río Monzón, en los que frecuentemente naufragaban las balsas y canoas mojándose la mercadería, estas circunstancias empezaron a mermar la productividad del fundo, situación

incontrolable ya que la ceja de selva por su ubicación es muy húmeda, lluviosa y protegida por los accidentes geográficos que facilitan el crecimiento de malezas y la proliferación de insectos, en los cicales, causando un deterioro progresivo y rápido.

La coca requiere de tres cultivos al año y si estos menesteres no se efectúan, un descontrol en el brote de las hojas y los insectos coadyuva a la destrucción. Los almacenes estaban repletos de fardos de coca, barriles de aguardiente, sacos de cascarilla y barbasco, entonces don Moisés optó por vender a otros proveedores a precios rebajados y al crédito, el comercio de la coca se intensificó, tanto para consumo humano y la exportación, empezó a primar la oferta y la demanda, pero el clima, el aislamiento del fundo y la falta de mano de obra dieron inicio a la debacle. En estos lugares, la maleza cubre la tierra con tal rapidez que en un año la vegetación invade por completo ya sea cicales, cañales y cualquier plantación, reactivar el fundo sin el personal suficiente es tarea imposible. En muy poco tiempo varios fundos y haciendas se cubrieron de toda clase de árboles y arbustos borrando todo cuanto el hombre había edificado.

### *La cocaína lícita*

La minería, las obras viales absorbieron a los obreros quienes abandonaron sus antiguos centros de trabajo, no había por qué preocuparse, para eso estaban los sabios recién juramentados que explotarán los yacimientos auríferos y la industrialización de la coca que el Sr. Riso Patrón<sup>54</sup> pregonaba se concretó con la última llegada del correo que traía cartas y periódicos con un mes o más de retraso, cuando en una página del diario El Comercio, se leía un decreto en el que los gobiernos de los Estados Unidos y Perú en forma coordinada y de provecho mutuo ordenaban la instalación de dos plantas

---

procesadoras de hojas de coca para la fabricación de pasta básica de cocaína en la capital del distrito.

Para tal fin autorizaban el tránsito de insumos de Lima a Tingo María y Monzón, consistentes en kerosene, carbonato de sodio y ácido sulfúrico; el kerosene venía en cajones de madera conteniendo dos latas de cinco galones cada uno; el carbonato en sacos de yute y el ácido en botellones de vidrio con tapa angosta conteniendo diez galones, los cuales eran llevados desde Lima en camiones hasta Tingo María, de allí en canoas hasta Cachicoto surcando el río Monzón, entre ocho y diez días a fuerza de tangana manipulada por los cachicotinos (tribu de cholones) y desde allí a Monzón a lomo de mula en un día de camino.

Esta noticia desalentó sustancialmente a los sabios ya que el Estado controlaría tal negocio y el precio de la hoja de coca bajaría; aseveraciones terribles, augurios catastróficos para don Moisés Merino.

Los obreros que antes venían al fundo para trabajar a cambio de hojas de coca ya no lo hacían, venían a comprar con dinero efectivo, que al principio ayudó un poco, pero finalmente era destructivo. El Dr. Barsallo, se convirtió en el ángel sanador cuando por esos tiempos apareció una epidemia de conjuntivitis, cuchipe, varicela, disentería y la anemia que atacaba a los serranos, no había medicinas adecuadas y los tratamientos con la piedra lipe, los polvos de fané, azufre, kreso, mejoral, aspirina, láudano, una que otra sulfa, eran lentos e ineficaces. Se agravó la necesidad de mano de obra; a pesar de los denodados esfuerzos del Dr. Barsallo, tuvo que recomendar cambio de clima, mejor dicho, que retornaran al lugar de donde vinieron.

El Sr. Riso Patrón, emocionado por la calidad del oro y soñando contagiosamente en el enriquecimiento rápido, recomendó disminuir el personal al mínimo, abandonar la producción de coca e impulsar los proyectos auríferos para los que no necesitaban muchas instalaciones, ni almacenes,

solamente una residencia y pocos obreros; los sueños de aventura, búsqueda de suerte, y milagros hicieron presa de las conciencias de los sabios, incluyendo a don Moisés, desde ese momento todo era el oro. Mandaron fabricar herramientas especiales que los herreros hicieron a fuerza de yunque, comba y fuelle y los llamaron cateadores, les pusieron mangos y fundas para llevarlos a la cintura; igualmente hicieron sogas de cabuya de diferentes grosores y tamaños, bolsas enjebadas, mantas, capas adecuadas, víveres para comerlos sin calentar, machcas, canchas de maíz, habas y maní.

### *Entrenamiento riguroso*

Los sabios, a órdenes del Dr. Barsallo, iniciaron un entrenamiento riguroso, de igual forma los obreros que iban a ir con ellos a las expediciones de búsqueda del precioso metal, ejercicios de caminatas, natación, gimnasia, artes de supervivencia, ayunos, control de peso, masticación de coca, el cigarro, corrección de malos hábitos, horas de sueño, peso corporal, aptitudes para sobrevivir a situaciones inesperadas, ataques de fieras, picaduras de insectos, accidentes, es decir, cada hombre debería estar dotado de las experiencias necesarias para valerse por sí mismo. Los sabios que tenían sus cuerpos rechonchos, acostumbrados al sillón y mayormente dentro de un techo, se vieron forzados a prepararse para una gran aventura; lo hacían con tal dedicación imitando los preparativos militares en los frentes de guerra al otro lado del mundo.

Tal era el anhelo de prepararse que a<sup>54</sup> las primeras horas de la mañana ya estaban en camino al lugar indicado para las prácticas que consistía en cargar tercios de leñas, canastos o racimos de plátano a paso forzado, con respiración controlada y tiempo previsto, con vestimenta reducida solamente en trusa y descalzos. Luego de un baño riguroso se servían un desayuno pobre y rápido, luego las instrucciones teóricas en el salón o

---

cualquier lugar que le ocurriese al instructor, allí se curaban las heridas, las magulladuras y las niñerías las que el Dr. Barsallo no daba importancia y mas bien decía que en la realidad iban a ser peores.

Los días lluviosos eran los preferidos, cuando cada uno se ingeniaba para guarecerse, prevenir derrumbes, deslizamientos, inundaciones, etc. Los primeros días frecuentaron los desmayos, deshidrataciones y dolencias de sus cuerpos por los rigores del entrenamiento, el instructor ordenaba descanso absoluto y alimentación mínima y nada de vicios. Luego de un mes de continuos ejercicios, notaron la pérdida de peso, agilidad en sus cuerpos y raciocinio; los sabios se sintieron entonces listos para entrar en combate. Las mochilas, a usanza de los militares alemanes, botas y polainas, uniformes de campaña y los fusiles Máuser HH eran parte del equipo de 50 libras de peso.

Se iniciaron pequeñas excursiones en tres grupos de dos personas cada uno, por un día, luego una noche que debían reportar todo lo ocurrido y los rumbos que habían tomado. Los resultados eran desalentadores, los mochileros no respondían en la práctica, erraban los rumbos, el avance era muy lento y las reglas de supervivencia no se cumplían; después de los primeros intentos se dieron de nuevo las instrucciones totalmente rigurosas.

En trusa y camiseta tenían que lampear o cultivar los cocales en una extensión determinada, con escasa alimentación; los dolores de caderas, cinturas, rodillas, brazos se generalizaron, pero el Dr. dijo, que iban por un buen camino aunque las copiosas sudoraciones los dejaban exánimes, incitándoles a beber líquido.

Prohibieron el masato; siendo la bebida obligada limonada sin azúcar, los campos de concentración que estaban en auge en Europa se ponían en práctica en Verdún, los concentrados viejos querían recobrar la agilidad de sus cuerpos y la limpieza de sus espíritus para ser dignos de grandes hazañas y en breve

---

tiempo ser notables y millonarios; los sueños de grandeza les marcaba horizontes luminosos y esperanzas ilimitadas de poseer grandes riquezas.

El Sr. Riso Patrón, conocía de cerca estas vivencias en las minas, vio y palpó cantidades apreciables del valioso metal; una y otra vez, cuando en las noches se reunían en el nuevo salón, los muebles de cedro otorgaban a los vasos de cristal con agua, el oro y los cirios una belleza tentadora que iluminaba hasta lo más profundo de sus vivencias; estaban cautivados.

Esa era la meta, principio y fin de sus existencias, la gran empresa que los convertiría en hombres dignos en la alta sociedad; sueños y sueños, soñar con el oro en sus manos, mordisqueando las muestras, hacen olvidar hasta la misma existencia, hasta el razonamiento, todos los obstáculos son superables por más difíciles que sean si el premio es una mina de oro.

Tenían razón, pues la historia del Perú está escrita en moldes de oro, todo el mundo sabe o conoce el oro del Perú, el oro ha estado y está en las tumbas, en los templos, en las joyas, por todas partes, solo falta valor y coraje para arrancarle a la madre Tierra.

La empresa tenía que continuar por razones del patrimonio, el honor, el juramento o simplemente por ser hombres de aventura, decididos a demostrar la valentía de sus sentimientos. Don Moisés Merino, conocía los problemas que afectaban a los sabios y por eso deberían hacer correcciones para mejorar el rendimiento de los exploradores.

Inicialmente necesitaban un buen purgante para desintoxicarles, luego una dieta adecuada y trabajar de obreros en diferentes actividades del fundo, la búsqueda y extracción de cortezas de cascarillas, el acarreo hasta el fundo, cosecha y secado de hojas de coca, cosecha y descascarado de café, en estas actividades se ejercitan todos los músculos y se aviva la creatividad del hombre y... nada de vicios.

Los sabios aceptaron con dignidad esta nueva etapa de los trabajos forzados, no avanzaban gran cosa en las labores, pero pusieron en práctica su creatividad facilitando algunas labores, haciendo adecuadas las tareas y posibilitando los métodos.

La verbena que tomaron una mañana hizo que arrojaran toda clase de impurezas, incluyendo gusanos que salieron desesperados por todas partes; en los dos meses y medio de adiestramiento los sabios perdieron entre treinta a cincuenta libras de peso, teniendo que modificar sus vestidos, la eliminación de las masticaciones de coca, del café, cigarrillos, alcohol y masato, hacía que ellos se dedicaran por completo a la lectura y discusiones de los planteamientos que cada uno presentaba de sus experiencias en diferentes actividades que conocían.

El minero Riso Patrón, dictaba clases de metalurgia, geología, mineralogía, suelos y otras materias referentes a la explotación minera. De igual modo cada sabio hacía su exposición que era por turnos cual estudiantes universitarios, generalmente en las noches; por su parte, el Dr. Barsallo, decía terapia a la ocupación intensiva del tiempo libre.

En la mente de los sabios germinaba y crecía la admiración del entrenamiento y preparación militar con fines de dominación ya sean japoneses, ingleses, franceses y en especial americanos. Al leer en los periódicos miraban la indumentaria de los soldados y querían imitarlos sin importar la edad ni los sacrificios con tal de alcanzar sus metas, en realidad se preparaban para conquistar aquellos empinados cerros que guardaban ingente riqueza.

Las estaciones climáticas regidas por la naturaleza llegaron; las lluvias con sus inesperadas consecuencias mojaba todo. Los barrizales que se formaban al caminar criaban microbios que atacaban a los pies produciendo pústulas, hinchazones, escozores y finalmente heridas que impedían caminar, dejando a los pacientes inutilizados para seguir trabajando, entonces el Dr. Barsallo probó toda clase de remedios caseros, con un

---

compuesto de azufre, cascarilla molida y manteca de chanco, sin embargo, a pesar de los buenos efectos, las inflamaciones demoraban, pero los baños con un hervido de hojas de yerba santa, papaya, guayaba y coca daban efectividad al tratamiento.

Volver a infectarse era frecuente ya que los zapatos siempre estaban mojados, con las lluvias. Los ejercicios se intensificaron y todos debían poner en práctica las instrucciones teóricas recibidas, especialmente en la construcción de pequeños tambos con cualquier material que estuviese a la mano, pero siguiendo las reglas para no gastar energías en vano, para dormir en ellas usando el equipo que tenían; esto motivó que algunos amanecieran parados o sentados sin poder recostarse, pero eso no era impedimento para continuar con los ejercicios.

Apenas amanecía tenían que seguir adelante, ya sea para conseguir un lugar adecuado o continuar el avance previsto, estaban en campaña y no había pretextos que valieran; los obreros inclusive hacían igual labor siendo calificados para continuar o ser excluidos, incorporando a otros.

La disciplina era férrea, nadie podía renunciar, salvo en situaciones muy extremas; los sabios cambiaron de color, de tamaño, de maneras y costumbres, sabían cocinar, manejar el eslabón y la yesca, conocían plantas curativas, formas de supervivencia, sanidad y más que todo un cuerpo ágil, atlético, resistente sin adiposidades; conservar el buen estado anímico siempre optimista en cualquier situación era imprescindible.

El libanés tenía un récord sobresaliente por ser el más joven y haber pertenecido a las filas de un cuerpo especializado en su país, por lo que Riso Patrón, lo nombró comandante, asignándole veinte obreros para que los instruyera lo mejor que pudiera, entonces él escogió gente joven y psicológicamente bien adaptada.

De primera intención ordenó eliminar los vicios, higiene en todo sentido, luego pidió un campamento aparte, don Moisés y

---

los sabios lo pertrecharon, le alcanzaron un croquis y ordenaron establecerse a un día de camino en la margen izquierda del río Tazo para que construyeran el primer campamento de avanzada.

---

## **Expedicionarios: En busca del mortero de oro**

- 1° Expedición, el libanés y veinte hombres
- 2° Expedición, Piélago, Rada y Valencia.
- 3° Expedición, Merino y Riso Patrón.
- 4° Expedición, Barsallo, Piélago, Valencia y Sifuentes.
- 5° Expedición, (Sifuentes), Merino, Rubio y Orduña

### **Primera expedición**

El recién nombrado comandante **libanés**, con veinte hombres a su mando y cincuenta libras de equipos, herramientas y voluntades en alto, partieron muy temprano rumbo a un paraje desconocido, la caminata en las primeras horas de la mañana fue fácil por las trochas que hicieron para trasladar las maderas, pero después no había ya ninguna, entonces siguieron el curso del río caminando por las orillas, las encañadas, y el mismo cauce del río, mojando hasta sus conciencias, pero no quedaba otra salida que meterse al agua y salvar los encañados.

Con suerte tuvieron un día soleado, al atardecer buscaron un lugar para acampar, y descubrieron que en uno de los cañones había una gran cueva, que utilizaron para guarecerse, a duras penas hicieron allí fuego para calentar sus cuerpos y secar sus vestidos, pero las bolsas enjebadas demostraron ser eficaces, pues lo esencial del equipo estaba seco, comida y ropa de cambio; con el descanso, los maltratos del viaje se hicieron presentes, rasguños, magulladuras, picazones y cansancio, entonces salieron a relucir las aspirinas y los mentolados.

El zancudo de la lutzomía, también conocido como manta blanca, empezó a llegar y con ellos murciélagos que volaban azotando las caras con sus largas alas. El monte despertaba a sus habitantes nocturnos, búhos, lechuzas, grillos y una infinidad de ruidos venían de todas partes, acrecentados por el

---

curso del río con sus continuas cascadas; tenían un Máuser y cien balas, las linternas y sus pilas estaban operativas.

El libanés, ordenó guardias de dos personas por vez, pero la cantidad de mosquitos obligaba a cubrirse por completo para formar un grupo compacto y cerca al fogón, ya que dichos insectos los querían cargar vivos y no había más remedio que sudar a chorros bajo las mantas impermeables.

A medianoche, cuando desapareció la manta blanca respiraron aliviados, se recostaron a soñar con antropófagos, carnívoros, vampiros, brujos sanguinarios y cuantos extraños seres ávidos de sangre humana.

Roncaban, masticaron, inmovilizados por los ojos hipnóticos de los vampiros entregaron cantidades apreciables de su sangre a los estómagos vacíos de innumerables alados que velaron sus sueños desangrándolos hasta la saciedad.

El cansancio y la debilidad por la pérdida del líquido vital hizo que durmiesen hasta encontrarse con los rayos del sol, recostados y con pequeñas heridas en diferentes partes de sus cuerpos: dedos, orejas nariz, codos, rodillas, muñecas, cabezas, toda la vestimenta manchada de rojo, los cabellos endurecidos y pegados unos a otros.

Se levantaron tambaleando, confundidos, con sus cuerpos vacíos y los pensamientos enredados, no sabían lo que había ocurrido; las heridas algunas sangrantes producían malestar, dolor y sueño; a duras penas lavaron sus ropas, limpiaron sus cuerpos, tiñendo de rojo las cristalinas aguas, y los pececillos se arremolinaban por el olor de la sangre.

A pesar de estar débiles avivaron el fuego, comieron algo e iniciaron su retorno a la casa de cedro rojo; las heridas causadas por las mordidas de los murciélagos se tornaron dolorosas al contacto con el agua y la caminata fue lenta, y cuando la tarde finalizaba no avanzaron gran cosa; hicieron en una playa amplia un tambo con hojas de palmera, tomando las debidas precauciones.

---

Llegaron los mosquitos y la manta blanca; luego los vampiros cuyo sonido parecía una tempestad por sus chillidos y fueron posándose en los pedregales, arenales, palizadas para avanzar caminando hacia los hombres y morderles con anestesia anticipada.

Se produjo un silencio, amainó el ataque de mosquitos, la fogata producía una débil iluminación atrayendo diversidad de mariposas, escarabajos, zancudos, luciérnagas, abejas y un sinnúmero de alimañas aladas que se metían por todas partes y algunas producían picazones; tuvieron que bajar las llamas y apagaron finalmente la candela por la insoportable cantidad de insectos que atraía, luego se produjo una pequeña calma.

La amplitud de la playa y la claridad de la noche estrellada daba confianza y oportunidad de ver cualquier ser extraño que pudiera acercarse, se estaban dando las condiciones para un reparador descanso, pero el libanés, que tenía experiencia militar, usando la lumbre de su linterna, escudriñó todos los alrededores en busca de posibles enemigos y descubrió que en el cascajal había muchos sapos y murciélagos que competían en cazar insectos de diferentes variedades.

Llevado por la curiosidad el libanés contemplaba los batracios y seres alados, luego se incorporó al grupo, se olvidó de guardias y centinelas, pues por lo que vio los murciélagos eran insectívoros y no causaban daño a sus cuerpos.

Sus sentidos le señalaban no confiar del bosque, alertó a sus hombres, tomó el Máuser, lo pertrechó y cuidadosamente guardó en un lugar estratégico, se cubrió todo el cuerpo y se hizo el dormido, notando que ya los demás roncaban, soñando plácidamente otra vez con los sanguinarios de la selva y cuantas otras “bondades” del lugar.

## *Bañados en sangre*

El cansancio, y la frescura de las brisas que venían del río ofrecían un clima demasiado agradable para fingir estar dormido y cobijado; aguantando el bochorno se despojó de su cobija y se dispuso a dormir, pero ser el jefe de grupo y militar de carrera no le permitía tales bonanzas.

Agarró su linterna y revisó a sus compañeros, y se sorprendió de tal manera que no podía creer lo que veía, pues los murciélagos estaban prendidos en los cuerpos de los muchachos, succionaban su sangre y se resistían a dejarlos a pesar de los esfuerzos que hacía por separarlos, entonces despertó a todos se dio cuenta que tenían un aspecto horrible.

Al sentarse, la sangre que manaba de sus cabezas, orejas, narices, bañaba sus rostros manchando sus vestimentas, las mantas, las hojas, etc. Si bien los quirópteros dejaron de atacar, allí estaban con sus miradas luminosas, sus colmillos blancos y sus orejas movedizas, sus alas plegadas y caminaban en forma tétrica.

Los muchachos, aún sentados, seguían dormitando, sin importar lo que perdían. El jefe los cubrió y recostó uno por uno para que siguieran durmiendo mientras pasara la anestesia inoculada por los vampiros; provisto de su machete mató tal cantidad de estos alados que venían de todas partes sin hacer ningún ruido, listos a morder y succionar.

De tanto batallar con ellos se sentía desfallecer, poniendo a prueba todo lo aprendido y “enseñado”; tan largas fueron las horas de lucha y fatiga por los sablazos que propinó a estos sanguinarios, y si bien los muchachos se liberaron de los vampiros, la sangre: salía igual por las heridas anestesiadas, brotaba hasta que sus organismos reaccionaran a las sustancias inoculadas por los vampiros.

Llegó la aurora y con las primeras luces se notaba manchas rojas por todas partes: en el piso, las hojas, las mantas, sus cuerpos, cabellos, vestimentas, etc., se levantaron

---

como zombis, pálidos, débiles y ausentes de sí mismos, pero así cuantificaron a los vampiros nada más ni nada menos 530 sin contar los que se fueron heridos, los que no entraron al tambo, los que se quedaron en las piedras, los de palos caídos. ¿Cuántos habían? ¿Cuánta sangre faltaba a cada hombre del grupo? ¿Cómo reponerla? Tenían una alimentación restringida, y provisiones solo para cinco días.

El libanés, sintió preocupación porque la comida no era adecuada, el equipo no servía en esas montañas y temía por la vida de sus hombres. Muy temprano hicieron el desayuno, mejoró el rancho sacrificando las raciones del día siguiente. Con sus vestimentas vendaron sus heridas e iniciaron el retorno a casa aprovechando la ausencia de lluvias, con suerte ubicaron la trocha de los cedros.

En un techado acondicionaron todo el equipo y herramientas, llevaron solamente ropas y comestibles con un peso de quince libras cada uno; aun así la marcha era desigual, algunos se retrasaban y cansaban, tenían que tomar agua azucarada en forma continua, la debilidad menguaba sus capacidades.

Transpiraban exageradamente acalambrándose a cada rato; ayudados con agua de sal y azúcar siguieron caminando lentamente y fueron sorprendidos por la noche en el camino,...pero qué camino, una trocha en medio del bosque, con la luz del día se veía apenas, era ya imposible seguir avanzando; cortaron hojas de palmeras y se recostaron sobre ellas.

El jefe del grupo, luego de ordenar que hicieran guardia, que por nada del mundo olvidaran las indicaciones, agarró una linterna y el Máuser provisto de balas y siguió camino hasta el fundo; cinco kilómetros en esos montes y por una trocha angosta con la sangre disminuida era una buena tarea, pero antes de la medianoche llegó al fundo, despertó a los sabios y a don Moisés; de inmediato se enroló a veinte hombres

adecuados quienes llevando comida caliente partieron a auxiliar a los retrasados, por precaución.

Guiados por don Moisés, caminaron con cautela y en silencio llegaron al lugar, los encontraron completamente dormidos; con suerte no hubo vampiros; los despertaron y dieron comida, a los que no podían caminar los llevaron cargados, el libanés esperaba despierto juntamente con los sabios.

El Dr. Barsallo, tomó las precauciones debidas procediendo a desinfectar las heridas con agua de sal caliente y yodo disuelto en alcohol, tenían heridas en los pies por las mordeduras de los vampiros y las rasgaduras en el camino y no solo eso, pues las narices, orejas, mandíbulas, codos, tobillos, rodillas, las puntas de los dedos, hasta en los labios había heridas causadas por los quirópteros, estaban hinchadas y generaban dolores, por tal razón todos recostados en un ambiente recibieron alimentación y tratamiento adecuados.

El galeno sugirió cambiar los equipos y materiales que debían utilizar; los bonos del libanés bajaron muchos puntos, erraron pues en vez de ir por las colinas se metieron a las encañadas con las consecuencias desastrosas que sufrieron. La pregunta flotaba ¿Cuál de ustedes quiere ir ahora?.

### **Planes para enfrentar a la naturaleza**

Planificar en un cómodo salón, hacer cálculos y dar soluciones en teoría es una cosa excesivamente fácil; los factores que determinan cualquier desarrollo adecuado en la consecución de proyectos requieren de vastos conocimientos en el terreno, conocimientos prácticos.

La naturaleza tiene cosas que el hombre muchas veces no alcanza a entender, y lo que sucedió con el libanés fue justamente el haber minimizado a los posibles enemigos y siendo jefe del grupo no tomó en cuenta los secretos de los bosques. Pero el oro abre caminos, taladra rocas, hace túneles,

---

horada hasta el pensamiento de los hombres. Los sabios no se amilanaron por lo sucedido, fue una experiencia subsanable y leve, de tal manera que ninguno sentía el menor desaliento por la primera pisada en falso, decían que el caso aumenta experiencia en favor de la empresa, pero una cosa es que nos cuenten y otra es padecerlo, un par de heridas en los pies causada por murciélagos es doloroso y sangrante.

Estos hombres tenían muchas heridas; imagínense el dolor, y tener que meterse al agua descalzos, con piedras y cascajos por todas partes es un suplicio terrible que solamente hombres rudos pueden soportar.

Pero la ausencia de los vicios estaba modelando y cambiando a los sabios en hombres risueños, inteligentes, de aspecto agradable, tenían la piel tostada por el sol, los cabellos un poco desordenados, las manos encallecidas por las herramientas que manejaban y los pies, sus llanquis eran iguales a los del común de los obreros, pero efectivos en las labores del campo, diseñaron mangos para los azadones, los zapapicos, las canastas, la forma de usar cada herramienta adecuadamente.

---

## *Segunda expedición*

### *Piélago, Rada y Valencia*

Al día siguiente, ni bien amaneció, tres sabios partieron: los expedicionarios, el Sr. **Piélago, Rada y Valencia**, dejando al libanés, al Dr. Barsallo, al Sr. Riso Patrón y a don Moisés en el fundo. No dieron ninguna explicación, simplemente cargaron sus equipos y se metieron en la excitante vivencia de navegar en la corriente de la imaginación, acariciando con toda devoción y entereza a la diosa de las fortunas y las ambiciones.

Partieron emulando a los buscadores de El Dorado y a cuantos otros que la historia ha perennizado en sus páginas y muchos de ellos nunca regresaron al punto de partida. No les importó el estado calamitoso de los primeros expedicionarios, tampoco qué les había pasado, no prestaron atención a los relatos del libanés, no vieron sus heridas, sus palideces y sus cansancios, solamente atinaron a decir: “obra de foráneos inexpertos”.

En la casa de cedro, hicieron las ubicaciones de avanzada siguiendo los planos que tenían; en cada mochila había una copia que los expedicionarios llevaban, un equipo parecido al del grupo del libanés, 50 libras de peso, mantas, bolsas, medicinas y comestibles racionados para cinco días, además 50 balas para fusil Máuser HH y su respectiva mochila.

A estas alturas los que quedaron se sentían desalentados, estaban preocupados porque hombres mayores de sesenta años, con reducida experiencia en esos menesteres, podrían ser presa fácil para cualquier carnívoro, serpiente o insecto ponzoñoso.

Teniendo en cuenta que la selva de altura es muy diferente a la selva baja; en la altura hay plantas venenosas, ponzoñosas, que fácilmente dejan al hombre inutilizado para continuar su recorrido, hay espinas que no se pueden extraer porque tienen estrías y se adhieren a los músculos, larvas de hermosos colores

---

que invitan a agarrarlas y acariciarlas, sumamente urticantes y así una infinidad de enemigos, tanto animales y vegetales. Pero la otra cara de la moneda es que el bosque alto o de altura tiene muchas provisiones para la alimentación humana, frutas, bayas, leguminosas, nueces de árboles y palmeras, larvas comestibles, caracoles, retoños, hongos abundantes y agradables, cogollos; es decir, es un jardín con alimentación incluida.

La variedad de plantas exóticas, orquídeas e infinidad de hermosísimas inflorescencias con aromas, fragancias y sabores, aves de todos los tamaños y colores maravillosos que aparecen en cada nicho ecológico por lo que es necesario el conocimiento y la experiencia en estos menesteres, de lo contrario la vida se puede perder muy fácilmente.

Los días pasaban, los enfermos seguían reclusos recibiendo alimentación doble y curaciones especializadas, con todo el cúmulo de atenciones no sentían mejoría, la pérdida de sangre era notoria en esta gente por su acentuada palidez.

En la casa de cedro se barajaban varias teorías y haciendo un recuento del motivo de las discusiones tenidas con los ausentes pudieron sacar conclusiones marcando en el mapa sus posibles ubicaciones.

Transcurrieron tres días y no tenían noticias, entonces don Moisés sugirió seguir con el proyecto del campamento de avanzada apoyando al libanés, sugerencia que los demás tomaron en cuenta y le nombraron jefe de grupo; él escogió entonces diez hombres y al cuarto día de la salida de la segunda expedición partieron con instrucciones de no abandonar el rumbo que se iniciaba en el pequeño campamento de los cedrales, siempre por la margen derecha del río Tazo.

Don Moisés, que conocía las bondades de esos montes, en un día de camino ubicó el lugar para construir el tambo de avanzada y ordenó recoger el material de acuerdo a lo planificado.

---

Al tercer día, retornó a la casa de cedro encargando a los diez hombres que continuaran con los trabajos de construcción y dejó suficientes provisiones para una semana; debiendo regresar con sal que hacía falta para la salazón de la carne de monte: venados rojos, sajinos, aves, majases y otros animales comestibles.

Era ya el tercer día que los expedicionarios no aparecían y según los cálculos, ya habrían agotado sus víveres y se pensaba en situaciones inesperadas, por lo que el alto mando decidió iniciar la búsqueda de los componentes de la segunda expedición, pero las voluntades de los hombres muchas veces se ven frustradas por los designios de la naturaleza.

Comenzó a llover en forma persistente, pasaron tres días de un continuo aguacero que impidió todo intento de búsqueda, las quebradas y los ríos aumentaron sus caudales borrando trochas y caminos y llenando de desesperación los corazones de los sabios. Los entrenamientos recibidos contemplaban situaciones similares y quizás los expedicionarios ponían en práctica, aunque eran consuelos efímeros que no convencían, pero la velocidad del pensamiento humano es asombrosa y esto mortificaba a los socios creando zozobra, tristeza y estaban desalentados.

El tiempo seguía pasando, y don Moisés era el único indicado para traer a casa al trío de desaparecidos. Detenidamente revisaron, mapas y cuantificaron las posibilidades de supervivencia y resistencia de los ausentes, pero había que ir en auxilio de los constructores; don Moisés eligió seis hombres quienes con provisiones al hombro partieron al campamento de avanzada, y cuando llegaron vieron que los diez hombres habían construido gran parte de la obra, con estos refuerzos siguieron trabajando.

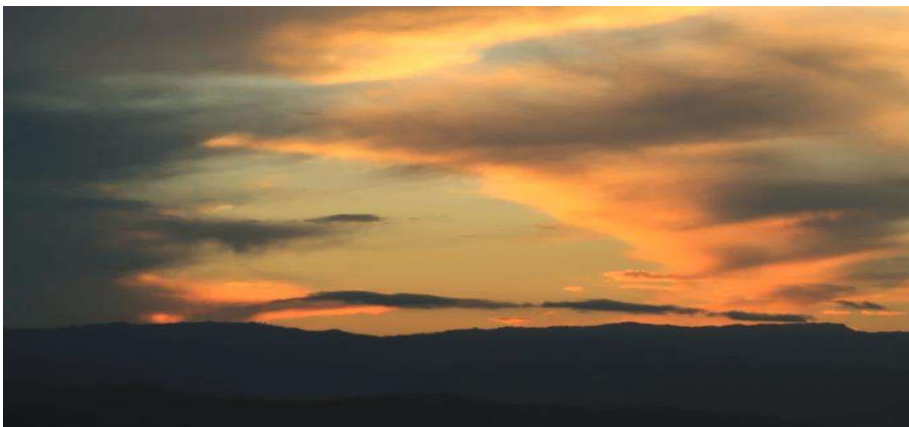
## *Búsqueda de la segunda expedición*

Solamente don Moisés, inició la búsqueda de los tres expedicionarios; fue descartando los posibles rumbos seguidos, pero no encontró nada, regresó al campamento a recuperar energías para continuar con la búsqueda, luego continuó hasta el tambo de los cedrales y de allí comenzó a rastrear, buscó algún indicio, pero no encontró nada, revisó los mapas, pero no ayudaron en nada.

Ya habían transcurrido diez días, y en el bosque, en el supuesto caso de un acontecimiento inesperado, solo quedarían huesos que ni los gallinazos darían importancia. El día once decidió hacer todo lo contrario, trató de seguir los pasos del libanés y corrigiendo hipotéticamente los pasos del trío cruzó el río, pero la creciente había lavado las piedras, arena, charcos, dejándolos completamente limpios.

A la distancia, siguiendo la margen izquierda del río Tazo, divisó un grupo de gallinazos que se elevaban con las corrientes ascendentes de aire y sintió un gran temor, una pena enorme que enlutó su camino. Para llegar a esa dirección tenía que bajar por el curso del río, luego seguir para ubicar, según él, lo que había quedado del trío de expedicionarios.

De tanto caminar se sentía cansado, el sol bajaba al horizonte agigantando las sombras y pintando las nubes con



suaves  
matices  
igual al del  
oro  
sumergido  
en un vaso  
de agua  
reverberand  
o con las

rojizas lumbres de los cirios.

---

Neblinas doradas en las cumbres de los Andes amazónicos

Desesperadamente buscó algún espacio para desplazarse, encontró un pequeño trecho y vio una rama mal cortada, la cual confirmó que estaba en la ruta, siguió entonces abriéndose camino en el monte con inmensos árboles cuyas ramas con sus sombras habían eliminado toda planta de menor altura; el piso cubierto de hojas marchitas despedía un olor a madera podrida.

Por los pequeños agujeros de las copas de los árboles trató de ubicar a los gallinazos que seguían meciéndose en el aire y notó sus cabezas movedizas, señal que cuidaban o veían una presa, pero la planicie, la ausencia de arbustos y las sombras del atardecer confundieron al buscador quien a pesar de su gran experiencia no supo por dónde seguir adelante.

Los árboles se parecían, las hojas eran iguales y no tenían color determinado, un gris amarillento que cubría todo el suelo; para su desconsuelo los gallinazos desaparecieron de su visión y no tuvo más remedio que buscar un hueco donde guardar su humanidad.

Las filas irregulares de aves de todo tamaño, color y canto se trasladaban a su lugar de descanso; el desaliento, la impotencia y el cansancio obligaron a guardar silencio y protegerse lo mejor posible, juntó cuanto hoja estuvo a su alcance, se sumergió en los alientos húmedos del bosque y soportó doce horas completas la compañía de mosquitos y zancudos, acurrucado bajo una gran cobija, parecía un obstáculo infranqueable.

Mientras tanto los hombres en la casa de cedro, buscaban algún santo milagroso para prenderle una vela y rogar que trajera de vuelta a los veintiséis obreros, al trío de expedicionarios y finalmente a don Moisés.

Por su parte, los peones convalecientes llenaban de interrogantes al libanés inquiriendo por sus compañeros y también por los tres sabios, pero estaban vedados de vicios, nadie intentó echar suerte con las hojas de coca.

Todo el fundo se vio teñido por un aura de misterios y los peones que no estaban involucrados en estas labores decían que los cerros se habían molestado y no devolverían a los intrusos; este comentario llegó a oídos de los sabios agravando sus preocupaciones dejándolos inapetentes, meditabundos y tristes.

El Sr. Riso Patrón, no perdió el tiempo y siguió trabajando sin desmayarse, pues había visto tantos accidentes en los centros mineros donde los rescates eran penosos y muchas veces imposibles, pero la empresa seguía adelante, inmediatamente se reemplazaba a los desaparecidos. Riso Patrón, modificó el equipo, construyó un sistema de carpas con telas de algodón, que por las formas no dejaban pasar el agua, y sacos de dormir para protegerse de los murciélagos y mosquitos.

Las horas corrían, volaban y se comprimían en el tiempo, mientras don Moisés, anclado en aquel alerón, soportó un formidable aguacero, mojándose por completo y cuando amaneció, con aquel baño involuntario y tiritando de frío siguió buscando cómo salir de aquel pampón. Sí uno se pierde en el bosque, lo recomendable es buscar la posición del sol y guiarse por él, siempre y cuando el astro rey se deje ver.

A pesar del fin de la noche, la oscuridad continuaba, pero su experiencia y su vasto conocimiento le indicaban buscar un lugar alto para divisar algún claro que permitiera ver el cauce de una quebrada o un río. Caminó y caminó sin descanso con agua por todas partes, pero cuando miró las copas de los árboles reconoció a uno de ellos por las ramas torcidas que tenía y por el claro que dejaban, entonces vio a los gallinazos del día anterior, puso señales y trató de recorrer lo andado hasta pasado el mediodía, salió nuevamente a la playa, pero las lluvias borraron sus huellas, además el río había crecido dificultando su retorno al tambo de los cedrales.

En la ceja de selva las crecientes de los ríos son constantes y también bajan rápidamente, por eso esperó hasta el

atardecer, luego trató de pasar el río, las fuertes corrientes arrastraron su cuerpo un buen trecho, pero siempre la experiencia salvó su vida. Mientras esto ocurría con don Moisés; en la casa de cedro los ánimos de los sabios estaban deshechos, siempre preocupados por los hombres que no aparecían y la idea de algún hecho fatal les perturbaba.

Los hombres que construían el tambo de avanzada decidieron regresar al fundo pues concluyeron la obra; ya pasaron trece días de la salida de los tres sabios y la posibilidad de encontrarlos con vida eran escasas, aunque estos hombres estaban armados, tenían municiones y eso garantizaba la esperanza de encontrarlos vivos. Don Moisés, venció las corrientes del río Tazo, y buscó el campamento de los cedrales; al acercarse oyó golpes, siguió avanzando con cautela y escondido detrás de un grueso árbol, vio figuras de tres personas, creyó en fantasmas, difuntos, tunchis, duendes, madre de los bosques, pasó por su mente toda clase de suposiciones, sumándose la bruma que cubría el monte y desfiguraba a las personas dándoles formas caprichosas.

Finalmente distinguió los efectos de una fogata, se acercó un poco más y gritó sin llamar a nadie y los hombres contestaron; con gran sorpresa estaban allí los tres expedicionarios **sanos**, y **salvos**, pero barbudos, flacos, escuálidos, con los labios secos, con sus vestimentas hechas trizas y sin nada para comer, pero don Moisés sacó fuerzas de su debilitado cuerpo y se encaminó en busca de palmeras comestibles y regresó con una buena porción, las que prepararon y con la sal que había en las mochilas dejada por la gente del libanés, amanecieron haciendo avivar la fogata para calentar sus cuerpos y reavivar sus energías.

*El día catorce*, los tres expedicionarios ausentes llegaron al fundo, y se pusieron al cuidado del Dr. Barsallo para su chequeo y tratamiento, pero los tres no dieron importancia a las lesiones de sus cuerpos por los rasguños y picaduras de insectos; habían perdido varias libras de peso, se bañaron,

---

pidieron comida abundante y rogaron al Sr. Riso Patrón que dejara unas tazas de café y una botella que había en las cajas de pino, mejor dicho, se organizó una comilona en la casa de cedro, rociada con tazas de café y copas de licor.

Los expedicionarios callaron y no quisieron hablar de su prolongada permanencia en el monte y a cada pregunta directa o indirecta, decían: “Ya que estamos en casa queremos disfrutar en armonía y unión con los colegas, de las cosas formales hablaremos otro día”.

El Sr. Riso Patrón, que conocía la preparación de platos serranos, instruyó en la cocina que preparasen “chicha en caldo”, a base de carne de ave frita, cebolla, ají, ajo, achiote, chicha, vinagre o limón, una sopa semiácida y picante; los expedicionarios, aunque maltrechos, mostraban un aspecto risueño, alegre y con muchas ganas de una celebración que permitiera tener los estómagos abastecidos y los antojos complacidos, de tal manera que descorcharon solamente dos botellas, y tomaron unas cuantas tazas de café, solo por esa vez.

El Sr. Rada, rebuscó en sus bolsillos acercándose a los vasos que contenían las pepitas de oro, agarró un vaso y vació el paquetito que tenía, ante las miradas atónitas de los presentes, entonces cada uno metió los dedos en el vaso y sacó una pepita de oro para llevarse a la boca y saborear el gusto del precioso metal; embriagados no por el vino que bebieron sino por la presencia en miniatura de aquel volcán, de aquellas llamas quemantes, las “lágrimas del sol”, que los encaminaban a las mismas puertas de la grandeza y la fama.

Se hizo un gran silencio, cada uno paseaba pensativo y con la boca cerrada, seguros que los caminos para llegar a los cerros donde se encontraba el oro en cantidades insospechadas, eran tan limpios y fácil el acceso, sin obstáculos, algunos estaban a flor de tierra, los montes, los cerros y hasta los riachuelos estaban bañados por una lumbre amarilla, por no decir salpicadas de oro.

¿Qué esperaban ellos? ¿Que irían en una carrera desesperada a llenar sus mochilas traer, almacenar y luego vender en los grandes mercados? Mientras los sabios soñaban en cosas muy grandes creyendo ser los únicos conocedores de aquellas fortunas y considerándose ya los ricos prominentes de esos lugares.

### *La segunda incursión policial*

Se produjo la segunda incursión policial, buscando a **los señores Rada, Valencia y Piélagó**, eran veinte policías bien armados, al mando de un sargento que tenía cara de pocos amigos, pero aun así no pudieron tomar la casa. Alertados por un trasnochador, los peones rodearon la casa armados con machetes, palas, lampas, estacas, barretas, y la decisión de acabar con cuanto intruso quisiera llegar, sin embargo los policías ordenaron que nadie se moviera, de lo contrario dispararían, sin saber que las armas de los expedicionarios estaban listas.

Cuando oyeron esta orden, don Moisés, dueño del fundo y responsable de sus huéspedes, pidió hablar con el sargento e invitó a subir a la casa de cedro; con la luz de las linternas y las velas, el sargento, al mirar las maderas de la construcción, lo primero que dijo fue: “Qué hermosa casa”.

Cómodamente sentado, luego de hablar con los sabios y don Moisés, el sargento sacó un papel y leyó: “Huánuco, fecha, orden de apresar a como diera lugar de los delincuentes fulano, fulano y fulano, que se sospecha viven en el fundo Verdún, de propiedad del Sr. Merino, firma jefe de línea, mayor... Señores, el mandato es tajante y estoy aquí para hacer cumplir las órdenes superiores”.

Las caminatas eran de veinticinco a treinta leguas por barrizales, cruzando ríos y quebradas, cargando un fusil y balas; además, para llegar a Verdún tenían que cruzar seis veces el río Tazo, que debilitaba y cansaba al más dotado de

---

los policías y cualquier persona, pero los tres sabios, por el rango y la preparación que tenían observaron rápidamente la situación y dijeron: “Estamos listos, a qué hora partimos”, la pregunta era ¿Quiénes serán los valientes que caminen por esos lugares en la oscuridad?.

El sargento quiso decir ahora mismo, pero su calamitosa presencia y la de su personal delataba la falta de comida y abrigo, al verlos así don Moisés sugirió que comiesen algo y se abrigasen, pues las ropas mojadas entumecían sus debilitados cuerpos, entonces los veintiún hombres pasaron a la cocina a tomar chicha, viandas y mucho café. El sargento sintió temor al darse cuenta que en el fundo había más de 150 hombres en alerta, esperando el más mínimo motivo para actuar rápidamente aplicando el remedio final, por lo que en tono amistoso pidió garantías para él y su personal.

Rápidamente don Moisés dijo: “Si ustedes continúan con las armas no puedo ofrecerles ninguna garantía porque mis hombres están alerta, no por órdenes mías, sino por la forma en que ustedes llegaron, que no era amistosa sino amenazante”.

¿Qué debemos hacer? Dijo el sargento, “No podemos amanecer parados”. “De ninguna manera”, dijo don Moisés, “yo guardaré las armas y cuidaré de ustedes”. Los policías entregaron sus armas, luego fueron llevados a la sala grande de la casa de cedro para dormir.

Amaneció, y desayunaron considerando el largo trayecto hasta el distrito de Monzón; llenaron sus morrales con comestibles y botellas de aguardiente perlado, pero antes de iniciar su regreso, el sargento conversó en secreto con el dueño de casa, se abrazaron y se despidieron prometiendo un pronto retorno para disfrutar de las bondades del fundo.

Desaparecieron los guardias civiles con sus fiambres y morrales, solamente quedó la orden de arresto y las vestimentas sucias de los obreros por estar agazapados en terrenos mojados; lo que hablaron el jefe policial y don Moisés,

---

hasta ahora no ha quedado esclarecido, pero los sabios intuyeron que el morral del sargento pesaba más que de los otros ¿qué contenía?, la pregunta sigue flotando y mientras no haya una declaración formal de ambos personajes quedará en suposiciones y solamente eso.

La presencia de los policías en el fundo dejó una psicosis colectiva, cada uno de los sabios y también los obreros tenían problemas con la justicia, especialmente los serranos por delito de abigeato, aunque por el momento no estaban perseguidos, pero sus conciencias delataban con la presunción que si algún cómplice caía en manos de la ley, muy pronto estarían involucrados.

Los sabios parecían no dar importancia a la forma del cerco policial; si ellos decidían apresarlos lo hubieran hecho con facilidad; esto motivó a que don Moisés tomara la iniciativa de pedir a los “obreros” que alertaran ante cualquier indicio de acciones de la policía y así fue; los caminos que cruzaban por los otros fundos tendrían que ser vigilados cumpliendo este pedido para no ser sorprendidos por las fuerzas del orden. En la práctica, esto de apresar era una tarea difícil para los uniformados.

Llevar preso a uno o más hombres importantes a pie y por caminos difíciles resulta riesgoso para la policía y lo pesado de la misión era tener que caminar toda la cordillera Negra, salir a la sierra, caminar por las alturas con un clima frígido y luego pasar por las faldas de la cordillera Blanca, son por lo menos quince días de caminata hasta la capital del departamento de Huánuco, tarea difícil, pero no imposible.

El Sr. Riso Patrón, hizo las correcciones necesarias para el éxito de las futuras expediciones; las palideces del libanés y sus hombres fueron desapareciendo, ellos tenían mucho sueño, apenas comían y hacían sus necesidades corporales se quedaban dormidos, el Dr. Barsallo, calificó de debilidad funcional por la excesiva pérdida de sangre y que necesitaban alimentación adecuada y reposo.

---

A pesar de las atenciones el médico se sentía preocupado, temeroso que contrajeran, o cuentan con anemia perniciosa, que los llevaría al deceso en poco tiempo; el libanés quería superar los achaques que tenía, sin embargo no pudo escapar a la somnolencia y la debilidad, teniendo que guardar reposo al igual que sus compañeros.

Los sabios se reunieron a puertas cerradas con el trío de expedicionarios y los conminaron a que hablasen sobre la procedencia de las pepitas de oro que ocupaba un tercer vaso de cristal y reverberaban formando un arco iris muy hermoso. El Sr. Piélagó entregó un documento con información pormenorizada:

---

## *Informe de la segunda expedición*

- *El día 1.* Pernoctamos cerca al campamento de los cedrales.

- *El día 2.* Avanzamos en forma perpendicular el río Tazo, siguiendo el curso de una quebrada y pernoctamos en el bosque.

- *El día 3.* Caminamos siguiendo el curso de la quebrada llegando muy de mañana a una planicie, donde hicimos nuestro campamento por la abundancia de hojas de palmeras, al explorar el bosque encontramos en el suelo almendras que caían de varios árboles, que llevamos al tambo y las comimos.

- *El día 4.* Seguimos explorando y encontramos un manchungal con frutos maduros que llevamos al tambo y los comimos asándolos (de sabor agradable como los del árbol del pan, pero más pequeños) y con ellos nos abastecimos de carbohidratos.

- *El día 5.* Continuamos explorando y encontramos una especie de mohena, pero con mayor fragancia llamada palo de rosa; las provisiones que habíamos llevado se terminaron, nuestro sustento fue manchinga, almendras, cogollos de palmeras y muchas callampas, todo parecía demasiado fácil.

Los moretones, rasgaduras, hinchazones pústulas, heridas, comezones, escaldaduras, ampollas en manos, pies y espaldas más la cojera que algunos teníamos eran efecto de las andanzas; hubo rescates heroicos, el de uno de los viejos que rodó por una pendiente quedando atrapado en las salientes de un peñasco, otro cayó al hueco de un árbol podrido quedando sepultado y lo salvamos de los afilados colmillos de las hormigas umasapas (sitaracuy) que en poco tiempo se

apoderaron de su vestimenta y las partes no protegidas de su cuerpo.

- El día 6. A duras penas pudimos recoger las semillas, callampas y cogollos para comer, dedicándonos por completo a guarecernos y mejorar el tambo para defendernos de toda clase de enemigos, pero la manchinga y la almendra son atractivos para toda clase de animales, incluyendo aves; el armamento que tenía utilidad defensiva pasó a usarse para la supervivencia desde el primer día pues había animales por todos lados, pero no atinamos a cazar ninguna presa mayor porque no sabíamos carnear.

La necesidad enseña y obliga, por eso afinamos la puntería para no gastar en vano las balas y el primer paujil que nos estaba disminuyendo la ración de manchingas cayó al piso como un trapo negro.

“Yo, autor del disparo, me encargué de darle aspecto comestible, después de desplumarlo y chamuscarlo fui al arroyo a componer; los otros me siguieron de inmediato para abrir la molleja; encontraron tres huairuros hinchados”.

Al ver esto, el Sr. Rada, dijo que era signo de la buena suerte, y que la próxima sería algo mejor, asamos al ave y disfrutamos de una buena comida, asentándola con agua trasparente del arroyo.

- El día 7. Dedicamos al reposo y curación de nuestras dolencias, a mejorar el tambo para prevenir lluvias, ataques de insectos y animales mayores. Las nubes que hacían coronas blancas en los picos de los cerros aledaños<sup>54</sup> fueron cambiando de color y oscureciéndose, desparramándose por todas partes por los efectos de un ventarrón con el que el tambo perdió su forma, luego el techo y finalmente no quedó nada, solamente hojas regadas que se movían por el monte.

Desesperados, protegimos el equipo lo mejor posible, sorteando las torrenteras que se formaban, buscamos aletas de

árboles para soportar las lluvias, pero el exigente entrenamiento recibido nos enseñó a no amilanarnos sino poner en práctica lo aprendido.

En esos cerros las lluvias son persistentes y si los ánimos fallan, todo está perdido. La noche nos sorprendió con un aguacero constante y un tambo nuevo, con nuestros estómagos sin alimentos y llenos de humedad.

- El día 8. Amanecimos acurrucados y cubiertos con las mantas enjebadas, pero mojados y tiritando, pero el hambre tiene voz de mando en paños menores, cubiertos con las mantas salimos a rastrear el monte en busca de almendras y cogollos de palmeras; con suerte logramos lo que deseábamos en buena cantidad, con los que de algún modo saciamos nuestras necesidades.

Amainó el aguacero, pero el monte seguía expulsando agua desde las copas de los árboles disminuyendo sus capacidades de actuar. El hambre determina la conducta de todo ser viviente, hombres, monos, aves, sajinos; ese día todos estábamos hambrientos, pero los paujiles llegaron a posarse cerca al tambo en las ramas bajas de los árboles, lo que aprovechamos cazando una presa cada uno, pero no los asamos por la excesiva humedad, por lo que solo los desplumamos y colgamos en una estaca.

A pesar de las exigentes enseñanzas de los expertos no pudimos encender el fuego pues todo el monte estaba mojado, pero otra noche de frío y entumecimiento nos abrió la memoria.

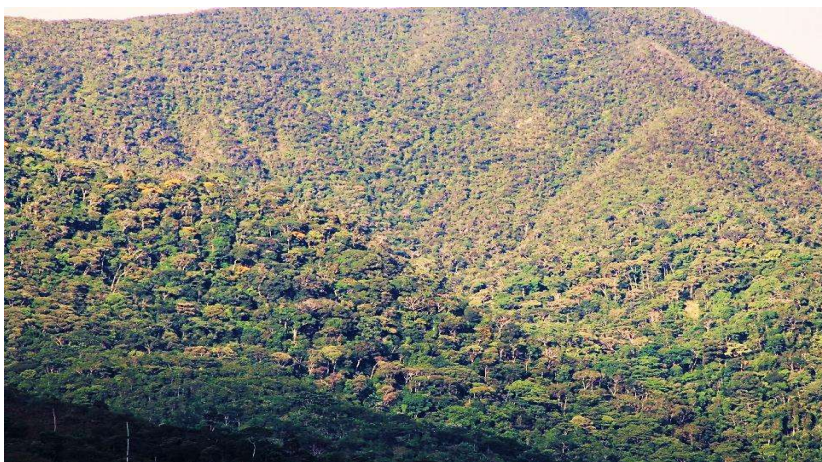
- El día 9. Las incomodidades y las ropas mojadas ponían en peligro nuestras vidas y unas horas más seríamos presa de los gallinazos y miles de gusanos que pululaban en esos montes.

La necesidad crea en el hombre habilidades insospechadas; nos acordamos entonces de las maderas resinosas, fuimos en búsqueda de ellas, pero no sirvió de nada pues la yesca y el eslabón no funcionaban con eso, por lo que volvimos al monte a recoger semillas comestibles y allí me salió una idea que dio en el clavo.

“Conseguimos un tronco de palmera seca, la limpiamos y llevamos al tambo protegiéndolo de la humedad, lo raspamos sacando unas fibras finas y combustibles con las que produjimos una minúscula llama, pero no podía encender la madera, tuvimos que recurrir a las resinas, pero no de árboles sino de las tiras de una de las mantas enjebadas, solucionando así el problema”, narró el expedicionario.

Con alegría desplumaron las aves al igual que la primera vez fueron al arroyo a buscar huairuros en las mollejas de las aves, pero esta vez eran de un solo color amarillo, y había varios; en cada molleja había hasta ocho granitos de oro.

Ante esto, los sabios se pusieron a masticarlos, pero aún con el oro en sus manos el hambre exigía y con más fuerza: “Asamos los paujiles y saciamos nuestras necesidades; mejoró el tiempo y el sol apareció, filtrándose por los cerros y las mojadas copas de los árboles”.



Los días siguientes fueron propicios, pues no hubo lluvias y continuaron explorando el bosque, subieron a una

colina alta; divisaron el cauce del río Tazo y se orientaron para seguir explorando; al bajar a una planicie encontraron un

inmenso pijuayal con frutos maduros y un sinfín de animales que se alimentaban con este sabroso y aceitoso fruto.

Los sabios no querían cazar presas grandes porque no sabían carnearlas, solamente aves y pequeños mamíferos que los comían asados; el pijuayo, excelente producto comestible, mejoró sus dietas y ánimos.

Ellos contaban con sustento para muchos días y podrían haberse quedado por un buen tiempo, pero el Sr. Rada sugirió el retorno para evitar la preocupación de sus compañeros aunque los otros dos querían encontrar los cerros de los derrumbes, la gran roca inclinada y las cuevas que mencionaron Tanchiva e Inuma, además, encontrar los bebederos de los pajiles donde tragaban las pepas de oro, o los dormideros donde los expulsaban.

Encontraron muchos pajiles, pero no los cazaron ni los molestaron para rastrear dónde engullían el oro y los huairuros, revisaron los cauces de los arroyos, los claros del monte, vieron aves rasgar las hojas secas en busca de gusanos o pepas de árboles, y entretenidos en estos quehaceres olvidaron el tiempo previsto.

La casa de cedro, esta vez tenía a los expedicionarios los señores **Piélago, Rada y Valencia** en cama, convalecientes que entre bromas y chascarros declararon todo lo que les había ocurrido

### *El inicio empresarial era alentador*

Por la presencia de los pajiles y las fuentes alimenticias que había en esas montañas, la caza y la pesca ayudarían grandemente en las exploraciones de las vetas o yacimientos del precioso metal. Eran frecuentes las lluvias, trascurrían rápidamente los días, las condiciones económicas del fundo disminuían por la carencia de obreros y esto preocupaba a don Moisés, pero él, alentado por el brillo del oro en los vasos

---

alumbrados por los cirios creía encontrar la solución y salvar la debacle que se acercaba.

Por intermedio de los hermanos se enteró que las autoridades de Huánuco le habían **involucrado** en el delito de cooperación con los reos contumaces **Piélago, Rosales, Valencia, libanés, Dr. Barsallo, Riso Patrón** y posiblemente serían capturados en cualquier momento y eso agravó su accionar pues tenía que permanecer en el fundo sin efectuar sus transacciones comerciales. El comando nunca muere, el libanés recuperado notablemente, con un grupo de hombres fue a mejorar el campamento de avanzada; mientras tanto, el Sr. Riso Patrón, tenía listo el equipo con las correcciones sugeridas a raíz de los percances anteriores, esperando el momento propicio para iniciar una nueva expedición ya que él conocía los avatares de esas labores en la cordillera de los Andes.

En la cordillera Negra y sus estribaciones era un completo **neófito**, sin embargo cargó su mochila y dijo que necesitaba dos compañeros, pero nadie se animó a seguirle, más bien le sugirieron esperar al libanés y con un buen peón harían el viaje. El lugar donde don Moisés se perdió y amaneció con una torrencial lluvia fascinaba al geólogo, un gringo colorado, de mediana estatura, barbas amarillas y cuerpo regordete, porque siguiendo la pampa encontrarían quebradas o riachuelos y siguiendo esos cursos explorarían el lado izquierdo del río Tazo.

Confiaba en el entrenamiento recibido para ser un buen expedicionario, pero los sabios dudaban<sup>54</sup> de su capacidad para lidiar con todo lo que encontrarían en esas montañas pues si los vampiros los localizaban de seguro que los comían vivos, y qué decir de otras alimañas; mientras tanto, Riso Patrón, habló detenidamente con don Moisés sobre todo lo que éste había visto en aquel lugar, tomando nota y repitiendo una y otra vez,

---

tratando de memorizar los puntos de entrada, la clase de árboles y arbustos.

Por su parte, los convalecientes mejoraron notablemente y se mostraban recuperados, sus dolencias disminuidas, se dedicaron entonces a una revisión de lo visto en las dos semanas que estuvieron en el monte, detallando los pormenores, que el gringo tomaba debida nota, decía que él quería llegar a las rocas inclinadas y la cueva de los tigres, y desde allí continuar hasta los contrafuertes suponiendo que allí existirían los yacimientos del precioso metal,

Pero nuevamente hubo un contratiempo, cuando llegó la noticia que un fuerte contingente policial llegaría a Verdún en cualquier momento para apresar a los sabios, incluido el dueño del fundo y llevarlos hasta Huánuco para ser juzgados por los supuestos delitos que se les atribuía.

Pero don Moisés, aconsejó que cual fuere la situación sería difícil que policía alguno se atrevería a tal aventura ya que en primer lugar las caminatas para llegar al fundo menguaban sus energías, y en caso contrario huirían al campamento de avanzada, pero de todas maneras él se encargaría de la persuasión y de poner a buen recaudo a sus huéspedes y que por ese lado no se preocuparan.

## *Lavadores de oro artesanales*

Mientras las noticias de los arrestos desestabilizaban el gran proyecto que venían preparando; llegaron dos hombres que sabían extraer oro en el curso de los ríos, usando planos inclinados forrados de franela, telas de lana, y que podían detectar con facilidad y en poco tiempo los posibles yacimientos.

Sacaron discos de madera cóncavos y fueron al río a probar lo que allí existía, y en unas cuantas pruebas obtuvieron escamas diminutas de oro mezcladas con arena, dijeron que para ser las primeras pruebas no estaba mal; seguro que más arriba existían lugares con mayor cantidad de ellas.

Si bien probaron que los arenales del río Tazo tenían escamas de oro, esa no era la meta y en realidad no tenía importancia para la experiencia del Sr. Rizo Patrón; quien deseaba la parte grande que se encontraba en las nacientes de este río, faltaba con quienes ir y adónde, entonces acordaron:

Cuando Rizo Patrón, trabajaba extrayendo minerales finos en las minas de Huansalá, un obrero de su confianza le informó que por la cabecera del río Chipaquillo, en las nacientes de una quebrada existían grandes roqueríos y en una de las cuevas, fácil de identificar por sus formas y acceso estaban los tesoros de Catalina Huanca, que él conocía.

Estos recuerdos perturbaban su consciente, pero no informó a los científicos, solamente confió este secreto al libanés la noche que durmieron en el campamento de avanzada, por este motivo argumentaron sus deficiencias y regresaron a la casa de cedro rojo, para estudiar mejor el proyecto y en algún momento ejecutar.

### *Tercera expedición*

Los señores **Piélago, Rada y Valencia**, repuestos ya de sus dolencias, detenidamente armaron sus equipos acondicionándolos a las necesidades que ya conocían; después de tres días de riguroso entrenamiento partieron en una mañana nublada y fría con amenaza de lluvia, con los abrazos y los buenos deseos de un pronto regreso, pero esta vez no tenían plazo de retorno, podían quedarse hasta que tuvieran la voluntad de hacerlo, o hasta encontrar el gran mortero de oro.

### *En el río Taso una gran creciente*

La curiosidad exalta al más cuerdo, crea expectativa y obliga a efectuar labores desconocidas, por eso el Dr. Barsallo mandó hacer su batea cóncava y pidió a los lavadores de oro que le enseñaran cómo hacer; buscaron un recodo del río y en un cauce antiguo armaron planos inclinados, y provistos de palanas, picos y baldes, empezaron a lavar los cascajos multicolores.

Los que dirigían este trabajo decían que después de una semana recién cuantificarían la existencia o no del precioso metal. Trabajaron de sol a sol, acarreaban, cavaban y echaban cantidades apreciables de agua dejando cascajo limpio y reluciente por montones.

Llenaron varios baldes de arena negra mezclada con escamas de oro, que guardaban al pie de un árbol, mientras el Dr. probaba con su redondela tratando de separar el oro de la arena negra. En esta constante actividad el Dr. notó la presencia de una diminuta lámina de oro, siguió hurgando y encontró otras, que brillaban a los rayos del sol, pero eran blancas, parecían espejos y los lavadores dijeron que esos minerales siempre acompañan al oro.

La semana llegaba a su fin, era un sábado por la mañana, con un cielo nublado se disponían a separar el oro de la arena

---

usando los redondeles, cuando empezó a caer una pequeña llovizna, truenos, y relámpagos en las cabeceras del río, pero ellos no dieron importancia, seguían trabajando ilusionados por conseguir algunas onzas de oro.

Los ventarrones eran fuertes y rompían las ramas de los árboles, pero el encanto del oro hizo que olvidaran detalles que debían atender, al ver chispas en una batea, láminas en otra y así seguían trabajando concentrados.

Continuaban los vientos azotando las ramas de los árboles con un fuerte ruido; uno de los trabajadores alzó la cabeza para mirar lo que ocurría y notó que venía una inmensa bola de agua encrespada, sucia, que arrastraba árboles enteros arrancados de raíz y bramaba como una fiera, entonces él y sus compañeros corrieron hacia el monte y treparon por una pendiente salvándose con las justas de ser devorados por las torrentosas aguas.

Quedaron incomunicados con los hombres del fundo quienes pensaban en lo peor y desde la otra orilla llamaban, soplaban bocinas, hicieron cuanto pudieron para obtener una respuesta y saber si estaban a salvo, pero no hubo ninguna señal porque el bullicio que hacían las aguas al deslizarse fuera de su cauce no permitía escuchar nada.

E doctor Barsallo y los lavadores de oro pasaron la primera gran prueba, por un instante de suerte salvaron sus vidas, perdieron todo lo que tenían en el lavadero, incluyendo vestidos, tuvieron que amanecer en trusa en esas laderas, lidiando con toda clase de insectos; un castigo terrible que la fortaleza del cuerpo humano a veces no puede soportar, pero en condiciones difíciles la esperanza de un nuevo día ayuda a soportar pruebas dolorosas.

Toda la noche estuvieron escuchando los ronquidos del río que arrastraba arena, cascajo, piedras y árboles, produciendo vibraciones en el suelo, los truenos lejanos en las altas montañas indicaban que por allí estaba lloviendo.

Esto en verdad entristece el alma y hace notar nuestra impotencia ante los fenómenos de la naturaleza que nos enseña a actuar de acuerdo a ellas, sin perturbarla.

Don Moisés, no sabía qué hacer; le preocupaba la suerte de los que salieron a explorar el lado derecho del río, quería saber si pernoctaron en la playa o cerca al lecho del río, pues por la inexperiencia que tenían podrían haber sido arrastrados por las enfurecidas aguas. La expedición que encabezaba el Sr. Piélagos por el lado izquierdo no corría riesgo si se alejaba de los cauces de quebradas torrentosas, sin embargo envió hombres al cedral para rastrear o ver alguna señal de ellos.

La creciente del río cambió los cursos que tenía abriendo cauces antiguos y nuevos, de tal manera que el lavadero del Dr. se convirtió en un nuevo cauce que borró todo lo que había, incluyendo el árbol al pie del cual habían guardado sus cosas.

Al atardecer del día siguiente mermó considerablemente el caudal, oyéndose los pedidos de auxilio de los lavadores que los rastreadores acudieron presurosos llevando sogas y trozos de topa para que pudieran cruzar el río por las pozas. Felizmente todos estaban a salvo, aunque con rasguños y picaduras en sus cuerpos.

### *Pedir permiso y pago a los cerros*

Es sabido que en cualquier parte de la selva la sangre humana es la más deseada por toda clase de seres vivientes, aunque en este caso, los rescatados no la perdieron, pero la palidez era notoria en sus rostros debido a las inclemencias que atravesaron.

Los serranos dijeron que cualquiera no puede sacar el oro; si los cerros no aceptan, es imposible arrancar unas onzas; primero hay que ofrecer regalos a los guardianes que habitan en desoladas cuevas.

Coca, aguardiente, cigarro, dedos de algún animal doméstico empapados con sangre, deben enterrarlos en las cuevas después de una noche de peticiones con humo de cigarro y soplidos de coca masticada y aguardiente en diferentes direcciones para que todos tengan parte y acepten la presencia de buscadores de oro, luego pueden intentar buscar el dorado metal.

A pesar del grave incidente, el Dr. Barsallo, continuó con los preparativos para iniciar otra vez en algún sitio adecuado la obtención de arenas negras con posibles láminas de oro; su convalecencia le permitió recorrer las playas limpias de yerbas, musgos, hojas secas, con nuevos promontorios de variedades de madera, ramas, troncos, etc.; en uno de los promontorios vio gallinazos que picoteaban un bulto que despedía un olor repugnante, pero no se acercó a examinar porque ya era tarde y la casa de cedro quedaba un poco alejada.

Los lavadores seguían en cama convalecientes por órdenes del médico, quien quería se recuperen pronto, interesado en seguir removiendo los cascajales, pero los serranos no querían exponer sus vidas otra vez.

Don Moisés, recibía frecuentes visitas de sus amigos dueños de fundos cercanos y lugares lejanos para pedir recomendaciones a algún personaje importante.

Otros amigos llegaban en busca de medicinas naturales, a proveerse de hojas, cortezas, raíces, resinas, frutos, sogas, etc., que él conocía e indicaba tratamientos con la cascarilla, el huaco, la calahuala, el chamairo, el cedrón, la canela de monte, el ojé, chuchuwasha, nucñupichan, achiote, azafrán, ají, orégano selvático.

Los curanderos de renombre acudían para solicitar plantas seleccionadas: ayahuasca, toé, renaco, brotes de palmeras, semillas, incienso, cera y miel de abejas meliponas, muy apreciada por los médicos vegetalistas selváticos.

Por su ubicación, el fundo tenía variedad de plantas cuyas propiedades conocía don Moisés y sabía dónde encontrarlas;

las plantas eran requeridas por gente que caminaba semanas cruzando cerros, quebradas, purmas, lugares húmedos e inhóspitos; había también el antiajos, un pequeño arbusto cuyas hojas anchas de olor fétido eran solicitadas por los serranos y generalmente eran transportadas en los lomos de los perros para contrarrestar hechicerías y malos espíritus.

### *La llegada del señor Sifuentes*

Un día llegó don Alejandrino Sifuentes, amigo entrañable y de confianza, que vivía en un caserío llamado Cuyaco, ubicado cerca al río del mismo nombre, fue recibido con honores en la casa de cedro; el Dr. Barsallo, le brindó su confianza y amistad hablando de diferentes temas, sobre todo del acontecer en los frentes de guerra mundial, haciendo eco de la rendición de Japón y la capacidad destructiva de las bombas atómicas.

Llegaron a un punto que entusiasmó al Dr. cuando el Sr. Sifuentes contó que en su juventud tenía espíritu aventurero y la grasa, cuero, carne, huesos, garras, hasta los pelos del “ocoche” eran solicitados por los serranos. Sifuentes, comerció por mucho tiempo con despojo de los osos de anteojos y en sus viajes de varios días, en compañía de dos peones, en un trayecto sin caminos definidos, muchas veces siguiendo el curso del río o de alguna quebrada que dificultaba el transporte del producto de las cacerías, por esa razón en una oportunidad llevó seis hombres para buscar lugares accesibles y hacer una trocha.

Después de tres días de camino hacia la cabecera del río Cuyaco, encontraron inmensas cuevas en la cumbre de un cerro, limpias y de color blanquecino casi transparentes; desde allí divisaron las colinas cercanas con caídas de agua que formaban un pequeño lago rodeado de cuevas altas, acantilados que con los rayos del sol brillaban proyectando su brillo hacia el lago que se veía por ratos amarillento.

Sifuentes explicó a los peones que la refracción de la luz con el vapor de agua formaban el arco iris que ellos veían y el cambio de colores se efectuaba por la misma razón cuantificó seis contra uno que era necesario mucha prudencia y sapiencia, pues sabía lo que veía, pero lo ocultó por precaución.

Pernoctaron en la cueva de pedernal y al día siguiente continuaron el camino aduciendo que esos lugares son hábitat de espíritus, quienes no perdonarían a los intrusos; con disimulo inspeccionó la cueva y se hizo de un pedazo de pedernal que escondió en su equipaje.

Luego de pasar penurias por las repentinas lluvias y la creciente de las quebradas regresaron maltrechos y despidiéndose de futuras expediciones. En su casa, a solas, Alejandrino revisó el pedernal que trajo, una roca transparente con una incrustación de oro en el centro, pero no se animó a romper para no ofender a los guardianes de aquellas riquezas.

El Dr. Barsallo, soñaba, levitaba, se perdía, sus pensamientos volaban, se confundía de su estado consciente, creía en una revelación, un sueño, encerrado en sí mismo recorría aquellos parajes mentalmente y preguntó dónde estaba esa preciosa roca.

Ante el asombro de don Moisés y el médico, el Sr. Sifuentes sacó un atado de tela limpia de color claro y mostró diciendo: “Aquí lo tiene”, pesaba cinco libras parecía una mano cerrada y al corazón de un hombre, la miraron de diferentes ángulos el oro imitaba a tres colinas levantadas sobre una planicie.

Barsallo, al tener en sus manos dijo <sup>54</sup>“Vale” ; don Moisés no atinó a decir palabra alguna, quedó contemplándolo, entonces calcularon matemáticamente, por sus formas y medidas, que había tres libras y media de oro, casi kilo y cuarto, en soles también fue valorado en una elevada suma.

El dueño de la piedra dijo que conocía el lugar, tenía los planos con distancias y posibles entradas a las colinas de las cataratas y el lago, pero no se podía llegar por su camino

inicial; lo harían siguiendo el curso del río Tazo o algún trazado, los acantilados que vieron eran infranqueables y ese lago daba origen al río Tazo.

Los interlocutores enmudecieron pues todo cuanto habían planificado estaba resuelto por milagro de algún espíritu de los cerros, la casualidad, tenían un nuevo socio que aportaría su material acumulado, pues el oro que contenía el pedernal sería una gran ayuda.

Ante el silencio que enrarecía el ambiente y convertía en soledad el salón de la casa de cedro, el Dr. Barsallo invitó al recién llegado a mirar los tres cirios encendidos y los vasos de cristal con las pepitas brillando en el fondo de los vasos; don Moisés explicó brevemente el origen de aquellas muestras, a lo que el Sr. Sifuentes dijo: “**Minucias**; vayan a la cueva de donde arranqué este pedazo de oro y tendrán para forrar este salón con láminas de oro, y si llegan al lago de las cataratas conseguirán hasta para hacer un edificio”.

Pero él frisaba los 65 años de edad y llevarlo a una expedición de esta magnitud sería casi imposible; el momento necesitaba un aliciente para cerciorarse si era real lo que ocurría y más aún la roca con el oro al que por más que miraban, no podían dar crédito su veracidad.

### *Agasajo al recién llegado*

El médico dijo, en ese momento a don Moisés que buscara copas de cristal y en las cajas una botella de vino, la descorcharon y con frases elocuentes y esperanzadoras de una posible sociedad brindaron hasta perder los buenos hábitos y las buenas costumbres, pues “la chicha en caldo”, solicitada el día de la inauguración se hizo presente; el Sr. Sifuentes, que manejaba un castellano fluido y culto, se desbordó en sendos discursos que por momentos hizo derramar lágrimas.

La casa de cedro cada vez más reunía aquel precioso metal y también se iba llenando de ambiciones y codicias que los

sabios no podían controlar, los cirios consumidos, los pedazos de oro en los vasos y los tres hombres respiraban alcohol, tirados en el piso, haciendo honor a las gulas y borracheras.

¡Fuera vicios! Se dijo un día, pero el dueño del oro solo con el licor se sintió agasajado; al atardecer del día siguiente la casa cobró vida y los alcoholizados pidieron agua de cebada para mitigar el ardor que consumía sus humanidades; en la noche continuaron las conversaciones, convencidos que los expedicionarios iban por el lugar correcto y que tal vez uno de los grupos avistaría las colinas y el lago de las cataratas facilitando el éxito de la empresa.

### *Secretos del señor Sifuentes*

El Sr. Sifuentes, expuso su plan diciendo: “El oro es forjador del bien y del mal, de la riqueza y la pobreza, de lo bueno y lo malo, entonces tener un conocimiento claro de qué es lo que se busca hacer, para qué y cuánto, quiénes serán los asociados y qué aportan, pero si esto que he dicho ahora llega a oídos de la peonada vayan encomendando sus almas a los santos de sus devociones.

De enterarse no habría forma de impedir que los peones dejen de lado su deseo por el oro, entonces saldrían a relucir las armas y con ellas la destrucción de todos nosotros; lo que aquí se ha dicho es un secreto de hermanos y no se puede divulgar a cualquier otro que no sea de nuestra total confianza, es decir, otro hermano”.

Sugirió también que los sabios <sup>54</sup>debían regresar de inmediato y a puertas cerradas hacer un planteamiento estratégico y que ningún peón debía conocer el verdadero fin de esas expediciones, debiendo hacerse solamente entre ellos para salvaguardar los intereses de la sociedad, teniendo en cuenta que muy pronto cesarían las hostilidades que pesaban en contra de los hermanos y tendrían libre tránsito en el país,

pudiendo inclusive viajar al extranjero para vender el oro del río Tazo.

Alejados del vicio, los tres hombres bebieron solamente agua de cebada por órdenes del Dr. Barsallo, para desintoxicar sus organismos; ante las deducciones, las conjeturas, dudas y preocupaciones por la suerte de los ausentes que ya llevaban varios días.

El Sr. Sifuentes pidió al Dr. Barsallo su deseo de estar presente en las futuras expediciones: recibió entrenamiento, vestimenta adecuada y herramientas de labranza, ambos se incorporaron a la peonada para cultivar cicales, a lampear; con sus porongos llenos de agua de cebada.

Comenzaron el entrenamiento, pero del dicho al hecho hay mucho trecho, la acumulación de los años de vida que tenía el Sr. Sifuentes, había endurecido sus articulaciones le era incómodo agacharse para lampear, pero el doctor le dijo que cada cual es responsable de la integridad de su cuerpo.

En las expediciones no se sabe qué dificultades podrían presentarse, por esa razón cualquier trabajo debe hacerse con devoción y valentía, entonces sacó fuerzas de lo desconocido, sudó, vomitó, se le aflojaron las digestiones, se desmayaba y revivía olvidando sus disminuidas energías.

Se ampollaron sus manos, escaldó sus intimidades sin embargo siguió lampeando a las justas, aguantó hasta la hora del almuerzo y regresó a la casa auxiliado por Barsallo y un peón, se cambió de ropa, luego se acostó en su cama para rehidratarse con suero casero, y agua de sal caliente para sus ampollas y escaldaduras´.

Salieron a relucir las frotaciones con enjundia para relajar sus músculos; dos días después estuvo nuevamente integrando la fila de los peones y continuó su entrenamiento, con el que en pocos días demostró tener suficiente capacidad para lampear igual que los peones, recobró la elasticidad de sus músculos.

En las noches revisaban los mapas , tratando de ubicar a los expedicionarios y con los relatos del Sr. Sifuentes, se trazó

otro mapa haciendo triangulaciones para evitar los cerros altos, mientras las interioridades del médico hervían de emoción al saber que existía mucho oro en esos cerros donde los truenos y relámpagos se apagaban por los nubarrones que se movían en diferentes direcciones; veía tan cerca y lejos a la vez, se estremecía al recordar los relatos de la cueva de los tigres, las cuevas y playas de los vampiros, pero todo eso era poca cosa comparada con las riquezas que había en esas montañas.

Cada noche, con la luz de los cirios, contemplaba el pedernal con el oro dentro por su forma paisajista y creía ver en miniatura los grandes bloques de metal dorado que estaban en esos acantilados; estas fantasías hacían que perdiera el sueño, pasaba las noches meditando, leyendo, se le veía intranquilo, hablaba y comía poco, su jovialidad se transformó en seriedad, se sentía solitario, dudaba de todo, volvía una y otra vez al lugar donde lavaron los cascajales, buscaba los baldes que tenían bajo el árbol, se estaba enloqueciendo.

El Sr. Sifuentes, que tenía conocimiento y experiencia en esos trances, aconsejó al doctor tomar las cosas con calma pues si perdía los estribos antes de encontrar los yacimientos, a la hora de la verdad moriría.

Llamó a unos curanderos serranos que estaban en el fundo, quienes hicieron un sahumero con yerbas, le frotaron con coca masticada, y luego frotaron su cuerpo con un cuy macho, le diagnosticaron desequilibrio circulatorio y dijeron que su corazón no estaba funcionando bien mostrándole el del cuy todavía latiendo, indicando la parte que estaba mal.

El Dr. Barsallo, que era médico, concluyó que era angina de pecho y preparó él mismo su tratamiento con la colaboración de los curanderos, usando calahuala, cotochupa, llausa-jacha, llantén, hojas de coca, semillas de cacao y agua de maíz choclo, sopa de papas con bastante verduras con el que reaccionó, contando con la ayuda de los brujos y el Sr. Sifuentes, recobró su estado normal, pero fue advertido que se olvidara de los vicios.

---

Mientras esto ocurría en el fundo de don Moisés Merino, el mundo seguía dando vueltas, los insumos para la elaboración de pasta básica de cocaína estaban por todas partes, desde los depósitos en Tingo María eran llevados a Cachicoto, Puerto María, en canoas por bogas en una semana a fuerza de tanganear y remar por el río Monzón con toda clase de correntadas, secaderos, malos pasos, peñascos.

Remolinos y pedrones, dificultaban la surcada; en algunos casos las canoas naufragaban perdiéndose el peligroso cargamento, los sólidos se hundían y los ácidos en sus botellas bajaban por el río para quedar varados en algún cascajal o se rompían al chocar con las piedras.

Esto daba lugar a investigaciones por parte de la policía que en muchos casos llevaba presos a los bogas; la pasta básica era prensada en forma de planchas de color oscuro rectangulares que pesaban entre 7 y 10 kg, estaban amontonadas en veredas y tambos en los puertos: María, Wicte y Cachicoto para ser llevadas aguas abajo hasta Tingo María, y al igual que en la surcada había accidentes perdiéndose en el río la carga con consecuencias posteriores, que la policía se encargaba de esclarecer.

En el trayecto entre Monzón y Tingo María el transporte era por aguas del río Monzón en balsas y canoas con frecuentes naufragios, los pasajeros morían ahogados en las tormentosas aguas, generalmente mujeres y niños, más la pérdida de mercancías: barbasco, coca, café, cascarilla, aguardiente, dejando a los bogas con ingentes deudas y muchos de ellos en las cárceles por tiempo indefinido.

Los botellones de ácido forrados con cajas de madera eran transportados a lomo de mula; los acompañaban accidentes sumamente lamentables, pues en los angostos caminos de



herradura  
había rocas  
salientes,  
chocaban  
entre  
acémilas  
por ganar la  
delantera o

se resbalaban y se rompían los botellones de vidrio causando mortales quemaduras a los arrieros y las acémilas, dándose escenas y comentarios tristes y escabrosos; aparte, al manipular los ácidos en las fábricas sufrían quemaduras porque los obreros y otra gente no sabían manejarlos.

Cierto personaje que trabajaba en la fábrica robó una botella de ácido, la vació en un plato de loza y la puso junto a una ventana por donde entraba su rival a remover la mermelada a su señora, mientras él trabajaba de noche en la fábrica; al día siguiente la policía lo apresó bajo los cargos de homicidio frustrado, encarcelándolo.

La víctima, con una mano achicharrada y pequeñas quemaduras en la otra, con los vestidos agujereados, sufría de inenarrables dolores, siendo auxiliado por un aficionado a la medicina; este hecho fue comentado en todos los tonos y en todo el valle, fue algo horrendo y la gente se negaba a creer.

Esto motivó a que ninguna persona deseara transportar estos productos por temor a terribles quemaduras; los arrieros comentaban que dos caballos chocaron, rompiendo un botellón cuyo líquido quemó a los dos que corrieron desesperados regando sus tripas por el camino, agonizando horriblemente.

La industria tenía que seguir funcionando, aumentó la paga por el transporte indicando que cada acémila debía ir junto a

un hombre y que este llevaría cargando un buen trozo de carbonato para neutralizar la causticidad del ácido y evitar así quemaduras lamentables; aparentemente funcionó bien, bajó el número de accidentes, pero no desapareció.

El destino de los fardos de coca era Monzón, que al ser tratados en la fábrica disminuían de tamaño y peso de tal manera que de un quintal de hoja de coca el producto resultante pesaba entre 12 y 13 libras.

Las inquietudes del Dr. Barsallo, comprometían al Sr. Sifuentes cuando quiso organizar una expedición siguiendo el curso del río Cuyaco, buscando los pasos que hace varios años dejó el cazador de “ocoches”, pues según sus pensamientos, lo adecuado sería seguir los derroteros que tenía, era comprensible pues recordaba perfectamente las quebradas que cruzaron y los cauces que siguieron.

Caminando con cuidado lo harían en dos semanas entre ida y vuelta, pero tomando en cuenta la edad del guía o conocedor podrían sumar más días; las provisiones y los equipos no serían suficientes para demorar mucho tiempo; era consciente de esos contratiempos y por eso trataban de buscar un medio accesible y deberían participar más hermanos.

En otro momento querían seguir el curso del río Tazo haciendo escalas y reconocimiento de posibles trechos o pasajes para luego iniciar la explotación en forma ordenada; mientras tanto la expedición del Sr. Riso Patrón, ya llevaba diez días y no había noticias; la del Sr. Piélagos siete días y tampoco sabían y si bien oficialmente tenían provisiones para cinco días; al considerar que la ceja de la selva o selva alta tiene muchos recursos podrían sobrevivir por más tiempo siempre que no tuvieran contratiempos.

De todas maneras el médico llamó a don Moisés, para comunicarle sus preocupaciones, por lo que enviaron dos hombres para averiguar en el campamento de avanzada y el cedral; dos fornidos jóvenes salieron de madrugada y regresaron al anochecer informando que en los cedrales todo

---

estaba en orden, en el de avanzada faltaban cinco libras de sal y otro tanto de harina de cebada.

Los jóvenes informaron también que el grupo del Sr. Piélago demoraría varios días más, pero el del Sr. Riso Patrón tomó un camino desconocido y había la necesidad de ir en su búsqueda y el único indicado era don Moisés, sin embargo el Sr. Sifuentes y Barsallo fueron con él ¿para qué?, simplemente para quedarse retrasados en las trochas llegando a duras penas a los cedrales.

Don Moisés, un hombre acostumbrado a recorrer largas distancias por caminos difíciles, a la vista de sus acompañantes corría como un venado y en los primeros 10 minutos de recorrido lo perdieron de vista, gritaban que esperara, sin embargo sus voces se perdían entre los árboles, escandalizando a monos, huacamayos, loros y toda clase de animales; solo el eco parecía decirles que continuaran caminando.

El doctor, conocía la trocha hasta los cedrales y guió al Sr. Sifuentes, pero por cansancio de este tuvieron que pernoctar en dicho lugar, poniendo a prueba el entrenamiento en los cocales.

Apenas amaneció regresaron a la casa, llegando al atardecer con los achaques agravados del sesentón, teniendo que ser tratado por el Dr. Barsallo; la escasa resistencia que demostró el legendario cazador de osos de anteojos, desilusionó al médico para emprender expediciones con él, ya que no llegaría a ningún lado y para trepar esas laderas se necesitaría mucha energía y resistencia.

Don Moisés, llevado por su instinto trató de ubicar alguna quebrada o arroyo en busca de señales; caminó todo el día sin ningún resultado teniendo que pernoctar en el bosque, felizmente con buen tiempo; a pesar de su experiencia desconfiaba del tiempo y también de las fieras.

Al siguiente día hizo lo mismo sin resultados, y tuvo que regresar a los cedrales por provisiones. El tercer día, siguió buscando indicios, pero no encontró nada, teniendo que

amanecer haciendo compañía a los gigantescos árboles y a las alimañas, soportó también la arremetida de una inmensa cantidad de vampiros que querían cargarlo en vivo.

El montaraz no puede quedarse dormido en medio del bosque, tiene que estar alerta a los movimientos de los animales, pues de lo contrario su vida pende de un hilo.

El cuarto día, inició su retorno tratando de acortar camino siguiendo el curso del río hacia abajo, siempre por la margen derecha, encontró ramas cortadas hacía varios días, siguió buscando y encontró otras, uniendo los puntos entre las primeras y segundas ramas tenía una recta, luego encontró más ramas cortadas que estaban ya secas; concluyó entonces que estaba caminando orientándose correctamente en forma paralela al curso del río Tazo. Volvió a casa para informar sobre las incidencias; el Dr. Barsallo y el Sr. Sifuentes escucharon silenciosamente.

Cuando mencionó vampiros, el legendario cazador se puso melancólico, se frotó las manos, restregó su rostro y arremangándose el pantalón mostró cicatrices en sus rodillas diciendo: “Esos enviados del mal mataron a mis hombres y estas son las muestras de un ataque de ellos”. Con los nervios movidos y los recuerdos presentes, dijo que ese es uno de los grandes problemas que impiden pernoctar en esos lugares, que él atraído por las rocas transparentes que vio al ir de cacería organizó un viaje exclusivo en compañía de dos hombres.

El trayecto fue de fácil acceso, pues en dos días y medio llegaron hasta las cuevas donde rompieron trozos de pedernal con incrustaciones de oro, haciendo equipajes con un peso de 100 libras cada uno; con esta preciosa carga iniciaron el retorno caminando con lentitud, pero la falta de provisiones obligó a ir en su búsqueda dejando a los dos hombres a un día y medio de camino, quienes por el peso que cargaban se cansaban y lo accidentado del trayecto no permitía avanzar rápidamente.

El Sr. Sifuentes se aprovisionó y con dos hombres más regresó para auxiliar a los cargueros, creía que el primer día los encontraría, pero no fue así, siguieron camino y nada, finalmente llegaron y vio que habían hecho un pequeño refugio junto a un árbol para guarecerse, pero al estar cansados y hambrientos se quedaron dormidos para no despertar nunca.

En los cuatro días que demoró; de los cuerpos solo quedaban huesos, que las fieras no pudieron comer, y al encontrarse con ese cuadro desolador, de algún modo los sepultaron en el mismo lugar y regresaron sin llevar nada, pues los atados habían desaparecido o no quisieron ubicarlos ni llevarlos.

En la última noche que pernoctaron en el monte fueron atacados por una infinidad de murciélagos que los mordían por todas partes obligándoles a meterse en el agua en plena oscuridad, por eso tenía esas huellas que le llenaban de pesimismo e impotencia al sentirse disminuido porque quizás nunca llegaría de nuevo a las cuevas de los pedernales incrustados de oro.

El Dr. Barsallo tomó debida nota de los pormenores ocurridos a ellos, calculó la capacidad alimenticia del maíz serrano que es suave y se puede tostar para hacer fiambres que pueden utilizarse hasta por dos semanas, al igual que las habas, arvejas, cebada, trigo y orejones de plátanos y la carne de monte que se llevarían ahumadas y saladas, que podrían utilizar hasta diez días, tiempo suficiente para ir y volver, llevarían equipajes livianos que no sobrepasaran las 50 libras para no cansar a los peones y las vestimentas para las noches serían especialmente diseñadas para protegerse de mosquitos y murciélagos.

La casa de cedro se convirtió en una fábrica de ropas, sogas, mochilas, pasamontañas, guantes de tela de algodón, también se preparó prendas de cuero curtido : alpargatas y bolsos para cargar los pedernales; en esos afanes se olvidaron

que ya transcurrían dieciséis días de la expedición que encabezaba el Sr. Riso Patrón y trece días la del Sr. Piélago.

Tuvieron la honorable visita del Sr. Cardich, con maestría en antropología y geología, su experiencia la había adquirido en los Andes peruanos y estaba interesado en buscar indicios de antiguos habitantes de la ceja de selva y en las cuevas eran donde se encontraban estos vestigios.

La verdadera razón de su visita al fundo del Sr. Merino, por su estratégica ubicación y la presencia de otros hermanos, era para escapar a los brazos largos de la justicia, que decía tener orden de captura en toda la República, y por recomendaciones llegó hasta allí, fue recibido con honores por el alto rango que tenía entre los dos hermanos, y don Moisés le entregó un ambiente en la casa de cedro, la que tenía características de un templo, aunque ya había soportado unas cuantas borracheras.

En este lugar los vicios quedaban afuera, por no decir los viciosos; el recién llegado era un hombre blanco, alto, atlético, de barba y pelo negro, de modales muy refinados, y en las soledades que había vivido con el síndrome de la persecución había adquirido el hábito de fumar y en la mesa de los cirios no había ceniceros ni colillas de cigarros, el Sr. Sifuentes y el Dr. Barsallo le manifestaron que si tenía deseos de fumar lo hiciera en otro lugar.

Esta sugerencia le cayó demasiado rápido, conocía la disciplina de la hermandad tuvo que botar sus provisiones de tabaco, más aún cuando dijeron que los vicios se dejaban, tabaco, café y otros, advertencia que el Sr. Cardich, aceptó y agradeció por recordárselo.

El Sr. Sifuentes, contó que conocía unos roquedales con muchas construcciones de piedra en la parte alta del río Cachicoto, hacia los contrafuertes; cuando en su juventud llegó con amigos buscando los “ocoches” que allí abundaban, y en las oportunidades que estuvo, encontró pedazos de cerámica de colores en la superficie de las cuevas, pero que no excavó

ninguna. Estratégicamente los vasos de cristal fueron escondidos para que no los viera el Sr. Cardich, para que no enardecieran sus pensamientos, evitándole así preocupaciones, se empeñaron en ponerle en contacto con el Sr. Ayapi, quien conocía esos lugares, le ofrecieron un guía y a la mañana siguiente lo enviaron a Cachicoto. El forastero agradeció la hospitalidad, y para evitar los caminos de tráfico común, fueron por trochas siguiendo la ruta de los cholones para llegar a la comunidad en secreto y formar parte de los dominios del curaca.

El señor Sifuentes, insistió y se ofreció ir a buscar a los expedicionarios; demoraban mucho tiempo, con los nuevos equipos que tenían, fueron a los cedrales don **Moisés**; el Dr. **Barsallo** y el Sr. **Sifuentes**, quien estaba empeñado en demostrar que todavía tenía energías.

Caminaron con calma en compañía de seis peones que llevaban provisiones, en los cedrales se separaron; el Dr. y dos hombres fueron en búsqueda del Sr. Piélagos, y don Moisés igualmente con dos acompañantes fueron a buscar la expedición del Sr. Riso Patrón.

El Sr. Sifuentes, se quedó haciendo mejoras en el tambo; la margen derecha del río Tazo era desconocida, solamente don Moisés pernoctó en una anterior ocasión dos noches en una planicie poblada de árboles gigantescos.

Volvieron a la trocha jalonada y siguieron buscando las ramas cortadas y estas iban en línea paralela al curso del río, cruzaron varios riachuelos y la trocha seguía igual, continuaron el mismo rumbo durante todo el día, pero pareció extraño a don Moisés que no encontraran ningún tambo ni indicio de gente que pasó la noche.

Considerando la lentitud del desplazamiento de los exploradores, hicieron un pequeño techado para esperar el nuevo día, pues esos lugares eran sombríos de día por las frondosas copas de árboles; durante la noche aparecía la manta

---

blanca y los murciélagos, pero las vestimentas adecuadas protegieron eficientemente

Al amanecer don Moisés, a pesar de su experiencia, no entendía el comportamiento de los expedicionarios, trató de buscar donde pernoctaron el primer día, luego regresaron por el mismo camino, calculando la distancia que podrían haber recorrido y hecho el alto, revisó el curso de un riachuelo en la parte alta y junto a un árbol caído encontró el primer tambo que habían construido, pero de allí seguía otra trocha que iba cuesta arriba la que continuaron ascendiendo.

El resto del día, encontraron otro techado, se quedaron y durmieron allí; cuando amaneció continuaron por la trocha y llegaron a unos acantilados que no podían pasar; mientras tanto el doctor y sus ayudantes dejaron parte de las provisiones en el campamento de avanzada

Siguieron caminando por el curso de una quebrada y encontraron un pequeño tambo sin los expedicionarios, cuyas huellas estaban borradas dando la impresión que era el primer refugio que el Sr. Piélagos había construido en su primer viaje; amanecieron allí, buscaron alguna trocha y no encontraron ninguna; en las rocas y derrumbes recientes no se veía ninguna huella.

Desilusionados retornaron a los cedrales a esperar allí algún indicio, mientras tanto don Moisés y su gente regresaron otra vez a la trocha recta y continuaron la búsqueda sin ningún resultado; perdieron las huellas en las playas de una quebrada y por más que se esforzaron no hubo resultados positivos, retornando ellos también a los cedrales y de allí a la casa de cedro.

Buscados y buscadores llegaron con algunas horas de intervalo; el Sr. Piélagos descubrió otros cedrales y pijuayales y allí encontraron una trocha que utilizaban los cholones para sus cacerías, en cambio el Sr. Riso Patrón y los suyos bajaron por la quebrada de las playas anchas hasta cierto punto y de allí acortaron camino siguiendo el curso del río Tazo.

Ya reunidos los sabios, cada uno informó lo ocurrido, el Sr. Piélago se había preocupado por buscar las rocas indicadas y las cuevas de los tigres sin resultado favorable. En su búsqueda encontraron muchos animales silvestres, entre ellos los venados rojos, de los que habían cazado dos machos y una hembra, con cuyas carnes se alimentaron durante los días que estuvieron en los cerros y en las cumbres que visitaron encontraron las nacientes del río Cachicoto; según don Moisés, eso quedaba lejos y dijo además que la trocha de los cholones posiblemente les habría favorecido.

Siguiendo con su relato, el Sr. Piélago, dijo que buscaron a los paujiles, pero en esa zona no había ninguno, solo encontraron pavas de monte, que había mucha manta blanca, hormigas, zancudos, abundaban mariposas de todos los colores y tamaños que hacían que los claros de las quebradas parecieran jardines multicolores, caminaron trechos cortos con mucha precaución.

Por su parte, el Sr. Riso Patrón, y sus acompañantes quisieron seguir el curso del río Tazo por el lado derecho, pero los acantilados no permitieron avanzar por lo que siguieron la trocha recta durante tres días, luego iniciaron el ascenso hacia los cerros, y también los acantilados se los impidieron; tratando de volver al punto de partida descendieron al llano, fueron cubiertos por una espesa neblina a tal punto que no pudieron distinguir la trocha; perdiendo el rumbo.

Casi una semana estuvieron dando vueltas en un chontal del que se alimentaron, la neblina les protegía de los mosquitos y murciélagos, entonces el Sr. Riso<sup>54</sup> Patrón, sumamente preocupado, ideó un sistema de orientación con una liana y tres estacas, hizo un triángulo y con otra liana hizo una especie de wincha y en un final de cada sogá plantaba una estaca y así avanzaron lentamente.

Felizmente el sistema ideado dio resultados y llegaron a las playas de la quebrada que buscaban; recién allí vieron los rayos solares, pero no pudieron explicar el origen de esas neblinas

---

que cubría al bosque de una manera extraña que impedía por completo la visibilidad.

Solo oían truenos que sonaban como si estuvieran debajo del suelo y vinieran de lejanas distancias, que se repetían continuamente, estuvieron acompañados por toda clase de chillidos, cantos, aleteos y un bullerío constante de paujiles, pavas, gallitos de la roca, que escandalizaban el bosque, entonces el temor se apoderó de ellos, sobre todo a los carnívoros.

Esos días no hubo lluvias ni tempestades, los serranos dijeron **tancuy**, eran las ánimas que resguardan los tesoros, los shapshicos que se asemejan a los hombres, con la diferencia que tienen patas de ave y narices puntiagudas, que tienen la capacidad de jugar con los intrusos, haciendo que pierdan el camino o transportándolos a lugares lejanos, haciendo llover en forma intensiva en determinados lugares produciendo derrumbes y avalanchas, en otros casos dejándolos dormidos en pleno monte, a merced de las fieras, y más de una vez expuestos a perder la vida.

Lo cierto es que sea mito o realidad, entrar a un bosque desconocido es formar parte atractiva del apetito de los carnívoros sanguinarios, y hasta de los que lamen las sudoraciones y dejan sus ponzoñas en los cuerpos de los expedicionarios, hay enemigos por todas partes, hasta los árboles protestan por la presencia inadecuada de un visitante.

El Sr. Riso Patrón y sus acompañantes acamparon bajo las sombras de un robusto árbol del cual, en el transcurso de la noche, sus ramas y hojas dejaron caer un líquido cáustico que produjo quemaduras y ampollas en sus cuerpos.

Otro día llegaron a un renacal y al contemplar sus innumerables raíces colgantes por curiosidad caminaron bajo los árboles, perdieron la orientación, pernoctando allí al quedar enredados en ese laberinto de tallos y raíces que también tienen resinas cáusticas.

---

El bosque es un conglomerado de causas y efectos, de hambres y saciedades, todo está encadenado o eslabonado, todos tienen parte activa o pasiva, una hormiga puede postrar a un hombre y de esa situación puede aprovechar un carnívoro y así nada se desperdicia; dentro del bosque todos tienen en conjunto un provecho mutuo.

Las conclusiones del Sr. Piélago, y el descubrimiento que hizo favorecía el futuro movimiento de los sabios, pues tendrían una ruta secreta para llegar a Cachicoto y otros lugares, que facilitaría la huida en casos de necesidad, además de incrementar las relaciones con los cholones y aprovechar para llevar el oro hacia Tingo María.

La unión de estos hombres bajo el lema de hermanos y la negación de los vicios apartaba por completo a otros hombres comunes y corrientes, demostrando una limpieza y una rectitud en el trato con sus semejantes.

Mantener la calma, la serenidad, los buenos modales y guardar los secretos que se planteaban en la casa de cedro era un poco difícil, concluyendo que una vez en posición de los tesoros ya no serían socios; se repartirían el botín y cada cual iría por su lado, planteamientos que siempre discutían, sobre todo en cuanto a porcentajes, cantidades, formas de comercializar.

## *La venta del oro*

De todo esto salió la idea que el libanés fuese a Lima para comercializar todo el oro que tenían, incluyendo las pepitas que estaban en los vasos de cristal.

Para no correr riesgos debería ir por tierra y a pie hasta Tingo María, luego en carro hasta Lima. Se llevó todo el oro recolectado ¿10 libras, 11 libras? Solamente confiaron sin escatimar pesos ni medidas creyendo en el juramento que hicieron. En una mañana bañada de fulgurantes rayos de sol, cuando todo el entorno se veía iluminado, palpitaron los corazones de los sabios con la esperanza de cosas grandiosas y sueños de ser magnates de renombre y recorrer el mundo.

Depositaron su confianza en las palabras de un hermano iniciador de la gran empresa, pero muchas veces el oro engaña, embrutece y crea un mundo explosivo, imposible de soportar. Los sabios hilaban aquel camino lleno de charcos, fangos, subidas y bajadas, ríos y riachuelos que cruzar; después de cuatro días el acompañante del enviado regresó con la noticia que todo salió a pedir de boca y que el libanés se había embarcado en un camión rumbo a Lima; con esta información la esperanza que difícilmente se pierde, estaba presente en cada uno de los hermanos, perseguidos por la ley, pero esta condición impedía sacar los pies del pintoresco fundo Verdún. Las alentadoras noticias que recibían daba la seguridad que pronto cambiarían las reglas en el Perú, por el que continuaron, sacando fuerzas de flaqueza, con la tarea de preparar el equipo y los comestibles que el Sr. Sifuentes supervisaba minuciosamente; las bondades del verano, la ausencia de lluvias y los montes accesibles dieron lugar a la más agresiva y decidida marcha hacia las nacientes del río Tazo.

## *Exploración de las nacientes del río Tazo*

La estrategia para llegar a las cataratas, el lago y las cuevas sería en forma sucesiva : dos sabios y dos peones y así formaron tres grupos que seguirían el mismo camino, pero en forma escalonada, con un día de intervalo, y así los retrasados regresarían al tambo de los cedrales, y el de avanzada.

No hubo ninguna ceremonia de despedida, cada cual tenía la urgencia, la necesidad de satisfacer aquel ambicioso e insaciable apetito de tener entre sus manos el sol en miniaturas y ver brillar; confundirse con los dioses estelares, gritar con aquellas voces perdidas de los ancestros que conocían estas riquezas.

Las trochas, los arroyos, los saltos de agua, las neblinas, los vampiros, la manta blanca y otras alimañas eran simples y pequeños obstáculos que los iniciados atribuían a los hombres faltos de coraje, de valentía, acostumbrados a la vida fácil, era el lema para los que no conocían los riesgos de la selva.

En estos parajes todo es exótico, la belleza de sus entornos con sus arquitecturas perdidas en el tiempo, esas rocas revestidas de colores donde las inflorescencias dejan sus perfumes y aromas entumeciendo las fogosidades de cuanto ambicioso que allí pone sus pies y extiende su mirada como en la hora primigenia, absorbiendo en su conciencia la indescriptible belleza en todas sus formas.

También está la muerte con sus más refinados argumentos para ponerle fuera del camino en un momento no previsto, pero igual, los razonamientos quedaron de lado; en tropel salvaje, cada quien olvidó sus conocimientos, sus experiencias e iniciaron camino para apoderarse de aquellos tesoros.

### *Tercera expedición*

El grupo número **uno** tal vez hilvanaba la cordura y la previsión; **don Moisés** que conocía esos parajes, tomó con mucha serenidad los riesgos que encerraban aquellos cerros que con las tempestades bramaban cual gigantes espíritus amenazando con el retumbar de los truenos, y sabía que los fenómenos eran terriblemente destructivos por las pendientes, cañones, acantilados, cuevas y las fuerzas incontrolables de las aguas al precipitarse por las encañadas.

#### Estratégicamente don **Moisés** y **Riso Patrón**

*Día 1.-* Aligeraron sus equipos, disminuyendo el peso y volumen, dejando al cuidado de los peones que transportaban las provisiones; caminaban en trusa de baño y las bolsas bien amarradas para evitar mojarlas. Iniciaron el ascenso por los estrechos cauces del río Tazo, llegaron a la cueva de los vampiros, pero no pernoctaron allí sino un poco alejados para evitar a los quirópteros; protegidos por una buena fogata y metidos en las vestimentas protectoras, hicieron frente a una infinidad de sanguinarios.

*Día 2.-* En la mañana y con un ligero desayuno siguieron sorteando rocas, cuevas, palizadas y toda clase de obstáculos por la estrechez del trayecto; la visión que tenían era fabulosa por la variedad de plantas e insectos, sobresaliendo las innumerables mariposas que revoloteaban en todas direcciones.

Las hondonadas del río mostraban la abundancia de peces, sobresaliendo los sábalos de cara larga y las corvinas, y don Moisés, a quien le apasionaba la pesca, tuvo oportunidad de atrapar algunos de ellos con anzuelo y esa noche merendaron corvina al vapor envuelta en hojas de mishquipanga; un

---

huapuche, potaje que el Sr. Riso Patrón saboreó con mucho agrado.

***Día 3.-*** Los cargueros no aparecían, por dificultades en el trayecto y el peso en sus espaldas, pero para un conocedor las provisiones estaban en el camino, por eso disfrutaron otra corvina y continuaron trepando por el cauce del río, el trayecto se hacía cada vez más difícil debido a las pendientes y la imposibilidad de encontrar rodeos, por eso en muchos casos tenían que nadar las pozas de agua que se formaban entre las rocas; también usaban sogas para trepar por los peñascos debido a los saltos de agua o cascadas, sin embargo las bondades del verano facilitaban estos desplazamientos.

Cansados y magullados hicieron un alto para pernoctar debajo de una catarata que se desprendía desde una cornisa, debido a las sombras de los árboles no pudieron ubicar un lugar adecuado para seguir adelante, con mucha dificultad prendieron fuego y pernoctaron en un pequeño espacio, hábitat de serpientes.

Don Moisés, indicó al Sr. Riso Patrón que mantuviese la calma y se tranquilizara, pues por más brava que sea una serpiente no ataca al hombre, solo se defiende, salvo que sea una boa gigantesca, si es que está de hambre; esto erizó los pelos del Sr. Riso Patrón a tal punto que se protegió en su vestimenta negándose a comer o beber.

Hay serpientes pequeñas de cuerpo robusto llamadas jergones por su color manchado de grises, de aspecto inofensivo, se confunde con ramas secas, de mordedura mortal, y también las arañas, los ciempiés, las chicharramachacuy, avispas, escorpiones; todos estos insectos peligrosos son atraídos por la luminosidad de las fogatas y estos atraen a los insectívoros, incluyendo serpientes.

Ni bien oscureció, llegaron lechuzas, vampiros, zancudos y la infaltable manta blanca

*Día 4.-* La luz del sol apareció con mucha lentitud, visible solo en el cauce del río, y por eso las sombras daban diferentes formas al entorno, las aguas se veían oscuras, las rocas con su ropaje de seriedad y recogimiento presagiaban un chubasco, y eso podría ser fatal para la pareja de exploradores, pues la catarata los destruiría en poco tiempo.

A pesar de este sombrío panorama desayunaron con abundancia : caracoles, callampas y brotes, sentados sobre unas piedras miraban la cornisa que se erguía en lo alto, y notaron que las rocas adyacentes eran inclinadas y altas; finalmente don Moisés examinó el lugar exhaustivamente y al descubrir unas sogas que trepaban sobre unos palos secos, hizo con ellas una improvisada escalera, agarró una soga y subió hasta un lugar accesible, luego subieron los equipos y por último a jalones subió el Sr. Riso Patrón.

Buscaron un rodeo, y sorteando muchas dificultades consiguieron llegar cerca de las cornisas; se veía un peñasco inclinado por el que discurrían las aguas que formaban la catarata, activaron sus movimientos tratando de buscar un lugar adecuado para acampar, y encontraron una plataforma con poca inclinación.

Avanzaron hasta ganar las rocas inclinadas; el río corría con lentitud formando pozas carentes de peces, pero con abundancia de cangrejos, por lo que se metieron al agua y en las grietas de las piedras capturaron varios de ellos y se los comieron asados.

El lugar era alto, de buena visibilidad, los cerros circundantes estaban cercanos y no había murciélagos, ni insectos, pero don Moisés previno al Sr. Riso Patrón, hacer guardia rigurosa, con la escopeta lista para disparar porque este lugar era el paraje de felinos sanguinarios; finalmente amanecieron sentados, avivando la candela para protegerse de los enemigos.

En la noche empezaron los pasos silenciosos, ojos relucientes y de seguro afilados colmillos; protegiéndose los

hombres las espaldas contra un gran árbol mientras los felinos estuvieron jugando al gato y al ratón; los tigres bostezaban, se sentaban, caminaban y rugían.

Los huesos del Sr. Riso Patrón se volvieron flexibles, de sus labios no salían voces, estaba petrificado, pero don Moisés, que conocía estos trances, controló la situación, al estar despiertos toda la noche, el cansancio y el desvelo los obligó a dormir en las primeras horas de la mañana.

Luego exploraron los alrededores buscando comestibles: cangrejos, caracoles, retoños, semillas, frutas, raíces, hojas y muchas callampas que encontraron en un árbol caído.

**Día 5.-** Hicieron un pequeño tambo, se aprovisionaron de leñas y descansaron todo el resto del día, porque en la noche no podrían dormir pues tenían que amanecer haciendo guardia, pero los tigres no aparecieron, llegaron a inferir que ningún animal puede atacar al hombre, salvo que esté herido o descuidado.

**Día 6.-** Iniciaron la caminata siguiendo el curso del río que en esa parte era manso, empozado, formando largos espejos de agua cubiertos de vegetaciones acuáticas, y abundantes patos, garzas, tanrillas, gallaretas y otras desconocidas que tenían su hábitat en ese entorno.

Con dificultad avanzaron abriendo camino con sus machetes hasta que llegaron a un gran promontorio de rocas que impedían el acceso, el río salía del fondo de los peñascos y no se veía ya su cauce.

54

Al no tener un punto de referencia no podían seguir adelante, decidieron pernoctar en las cercanías, don Moisés, descubrió huellas de osos, los que dejaban claros en el monte por las bromelias que quebraban para comer sus cogollos, pero no solo había huella de estos plantígrados, también de sajinos, tigres, y por la abundancia de otras huellas se presumía que eran huanganas; de ser así había que tomar precauciones, pues

---

se desplazan en manadas y devoran todo lo que encuentran en su camino.

Otra vez el Sr. Riso Patrón, se sintió muy temeroso por lo que alistaron un tambo junto a una roca para protegerse; al anochecer se presentó la manta blanca parecía neblina oscura y se pegaban en sus vestidos, pero no hubo otros animales de consideración, solo roedores y los infaltables sapos que se metían a la fogata o tragaban carbones encendidos creyendo comer luciérnagas.

Cuando amaneció buscaron algo que comer y replantearon el viaje porque volver por la misma trocha que hicieron no valía la pena y el terreno accidentado obligó a buscar otra ruta.

Mientras los que llevaban las provisiones se quedaron estancados en la cueva de los vampiros, decidieron regresar a los cedrales cansados y maltrechos, sin ánimos de seguir subiendo por el curso del río; allí dejaron las provisiones y regresaron a la casa de cedro.

Ya finalizaba el mes de agosto, que es de cielos limpios, aguas bajas, escaso de lluvias y bosques accesibles; setiembre es el inicio de las tempestades y cielos cubiertos, las fuerzas cósmicas desatan su poder destructivo y esto preocupaba a don Moisés, pero al llegar a las nacientes del río Tazo, ya no había nada que hacer, simplemente regresar a casa con las manos vacías.

Las pruebas que hizo el Sr. Riso Patrón, no daban ningún indicio del oro, la desaparición del cauce del río parecía un misterio, quisieron probar que más adelante lo encontrarían y continuaron haciendo un rodeo para evitar las inmensas rocas y siguiendo el camino de los animales lograron sortear la dificultad, pero no se dieron cuenta que descendieron por la falda del cerro.

Encontraron una quebrada que discurría en sentido contrario al río Tazo, aún así creyeron que sería un tributario, continuaron por el cauce sorteando muchas cascadas y

---

llegaron a una plataforma con abundantes palmeras comestibles, esa noche durmieron en el lugar.

**Día 7.-** Provistos de cogollos de chontas para alimentarse, siguieron bajando, pero la selva tiene sorpresas; llegaron a un lugar poblado de bambúes nudosos que viven en la cordillera Negra, sus tallos son largos y abundantes que cubren el suelo por completo; allí nuestros expedicionarios no pudieron abrirse camino, teniendo que arrastrarse por el suelo jalando sus equipajes, llenándose de hojas, barro, insectos, parecían cerdos; al siguiente día se repitió la misma rutina, teniendo que pernoctar colgados en una pendiente, sin poder encender el fuego ni alimentarse y esa fue la triste noche del día siete.

**Día 8.-** La preocupación de los sabios se acentuaba cada día más, miraban la neblina de los cerros, y pedían a los santos que evitaran las lluvias, temerosos de las tempestades; no sabían qué hacer, daba la impresión que estaban preocupados por la situación de los expedicionarios, pero en sus interiores ardían de codicia y querían saber cuanto antes sobre las riquezas descubiertas.

A pesar de sus temores tenían envidia pensando que los buscadores del metal dorado podrían esconder el oro para provecho de ellos, sentían desconfianza y duda por no haber esperado en la cueva de los vampiros. El que no hace nada, espera aprovechar del trabajo ajeno, concluían en que la gran cantidad de oro que había en esos cerros nadie podría esconderla, ni llevársela tan fácilmente, a lo mucho unas cien libras cada uno ¿Pero cómo? Y ¿Adónde?

Amanecieron tan maltrechos y hambrientos que tuvieron que masticar retoño amargo de bambú rastrero, siguieron bajo el enmarañado ramaje, completamente mojados y embarrados, pero todo llega a su fin, al atardecer llegaron a un lugar poblado de árboles con ramas cortas que albergaban muchas epifitas, especialmente orquídeas y brómeliás de bellísimos

colores, cada árbol parecía un jardín colgante decorado desde las raíces con toda clase de plantas que tenían colores y formas de la más variada manufactura.

En el laberinto de formas, había palmeras con raíces aéreas que parecían gigantes con varias patas, el Sr. Riso Patrón, las bautizó “palmeras zancudas”, cortaron algunas y comieron cogollos asados; decidieron entonces acondicionar sus vestidos dejando las pesadillas en los matorrales.

**Día 9.-** El lugar era agradable, tenían provisiones por lo que decidieron descansar y lavar sus ropas; don Moisés, que era un experto cazador, en la noche mató dos majases a los que ahumaron con esmero, haciendo penetrar el humo para que tuvieran un poco de sabor porque no tenían sal.

El majás de carne suave y agradable, les reconfortó, y con ropas limpias y el estómago abastecido nuevamente, siguiendo el curso de la quebrada, llegaron al día diez.

**Día10.-** La experiencia del Sr. Piélagos y los conocimientos del Sr. Sifuentes eran desalentadores.

Los osos de esos lugares son agresivos y traicioneros, un zarpazo es suficiente para matar a un hombre, ¿Y los tigres, las serpientes, las huanganas, las marabuntas, las pendientes y los deslizamientos? Tantas interrogantes eran el producto de las experiencias vividas allí, no había engaños y diez días en el monte sin caminos ni trochas era demasiado agotador.

A los sabios, siempre las miradas, los santos, las dudas, codicias y también la desconfianza, los estaban enloqueciendo; las riquezas no llegaban, ellos necesitaban ahora, sus años se agotaban y no podían seguir esperando.

El Dr. Barsallo y su grupo por estrategia no siguieron el curso del río Tazo, porque ya tenían conocimiento claro de una ruta accesible y con las pruebas en la mano pensó que en poco tiempo llegaría el dinero, pues kilo y cuarto de oro no era cualquier cosa; decidieron esperar el retorno de don Moisés y

---

el Sr. Riso Patrón, dijeron que iban a esperar cinco días y adiós. La expedición estaba lista, solo faltaba efectuarla.

Los expedicionarios recorrieron un monte accesible, de moderada inclinación, lo hicieron en forma pausada conservando energías y cuidando sus cuerpos, se notaba la presencia de musgos en el suelo.

Un derrumbe hizo un claro desde ahí divisaron un río y dijeron ¡El Monzón!, por lo que se alegraron, pero se veía lejano, calcularon que en tres días llegarían a sus orillas, siempre y cuando la naturaleza se comportara con normalidad.

En ese mirador pernoctaron contemplando la hermosura del valle adornado por el cauce del zigzagueante río, a la luz de la luna llena, y el fulgor de estrellas que desde las alturas se veían más robustas y cercanas, cuyas luces al caer sobre las brumas producían destellos que se perdían entre las sombras de los árboles.

A lejana distancia algunos relámpagos perdidos dejaban hilachas de luces que se diluían en la cúspide de las montañas, y luego se oía el retumbar de los truenos que se llevaban algo de sus miedos, temores y esperanzas.

*Día 11.-* Terminaba el mes de agosto de 1945 y muchos acontecimientos sucedían alrededor del mundo que los sabios se enteraban por las correspondencias que recibían, en unos casos eran alentadoras en territorio de Japón por la rendición incondicional de Hiroíto, el emperador divino que ante los hombres era un simple mortal.

Continuó la rutina, peñascos, cañadas, arboledas y toda clase de animales silvestres, un monte con árboles grandes que facilitaba su desplazamiento por las pocas plantas que crecían disminuidas por la falta de luz, hábitat de muchos tucanes que suelen hacer sus nidos en las copas del huayracaspi o tornillo, la amplitud del panorama permitía notar la presencia de venados, sajinos, perdices, pavas de monte y los deseados paujiles.

Don Moisés, puso a funcionar su escopeta retrocarga para cazar un venado joven, cuya carne para ahumarla esmeradamente y comerla acompañándola con chontas asadas y frutas silvestres.

A estas alturas, el Sr. Riso Patrón, barbón, peludo y harapiento, había perdido muchas libras de peso y su actitud en cuanto a los yacimientos auríferos era desalentadora que prefería no comentar, pero la fascinación que sentía por la belleza de esos cerros, su fauna y flora, le llenaban de muchas emociones que hacían que olvidara las dolencias en su cuerpo.

*Día 12.-* Desde las partes altas divisaban los mantos blancos que cubrían los lechos de las quebradas, trataron de ubicarse lo mejor que pudiesen para no errar la ruta que los llevaría a las orillas del río Monzón; en los pliegues de esos cerros todo parecía lejano y cercano a la vez; en las mañanas divisaban distancias enormes, pero esos mismos puntos al atardecer desaparecían porque la bruma disminuía la visibilidad.

Siguieron bajando hacia las quebradas, pero la continua presencia de acantilados y peñascos impedían seguir sus cauces, entonces tuvieron que subir a las partes altas y caminar por las laderas.

Todo el día anduvieron caminando para llegar a un cerrito que divisaron en la mañana, “cerquita nomás”, el río Monzón ya no se veía y por eso suponían que estaban acercándose al llano.

Otra noche más en medio del monte soportando la arremetida de toda clase de sabandijas, los cantos y graznidos de los voladores y los apurados pasos de toda clase de animales; esa noche fue horrible porque los tigres estaban cerca.

Amaneció con el bullicio de todos los que se despertaban; los hombres de inmediato se pusieron a trepar otro cerrito, pero esta vez la situación se tornó muy difícil pues el manto

---

blanco cubría por completo el paisaje quitándoles la visibilidad; trataron de avanzar, pero todo fue inútil.

Eran tan espesas las neblinas que casi no se veían entre ellos y esto perturbó la serenidad de don Moisés, ya que él sabía que en esos lugares las neblinas no desaparecían con facilidad y hacían peligrar sus vidas por la furia de la naturaleza y la dificultad para conseguir alimentos; se arrimaron al pie de un árbol y allí esperaron con paciencia que llegara el día **trece**.

***Día 13.-*** En este día no avanzaron nada, se dedicaron a techar un pequeño tambo previniendo situaciones difíciles, la carne ya se agotaba y no había forma de conseguir otro sustento, optaron por ahorrar energía y provisiones.

***Día 14.-*** Llegó otro día, pero diferente a los demás; los tigres hacían guardia a escasos metros de distancia, estaban sentados o echados, bostezando y mostrando sus colmillos, a tal punto que los hombres estaban sitiados, no pudiendo dejar para nada el tronco que protegía su integridad.

Cerca del mediodía empezó a clarear, la niebla empezó a diluirse por la ventisca y los grandes copos de algodón parecían volar; los expedicionarios dejaron el techado e iniciaron otro ascenso. Los tigres estaban por todas partes, seguían su caminar lentamente; así llegaron a un arroyo, en una de sus orillas había árboles con raíces descubiertas por la erosión.

Don Moisés descubrió un buen refugio en una aleta grande, al que lentamente avanzaron hasta ponerse a buen recaudo, y allí hablaron de cómo matar al enemigo, sin embargo el Sr. Riso Patrón, no se animó a pronunciar palabra alguna, solo afirmaba o negaba moviendo su cabeza, la palidez era notoria en su rostro, no solo por el cansancio sino también por el temor de ser comido por los tigres.

Una vez guarnecidos, don Moisés, alistó su arma con mucha serenidad, mientras los tigres se peleaban en el pequeño

cascajal por obtener un mejor lugar para custodiar a sus presas, y si bien eran varios felinos, la desconfianza y el temor los multiplicaban; para producir esta visión los machos grandes se recostaban y los otros caminaban en diferentes direcciones dando la sensación de ser muchos.

Los movimientos de los expedicionarios no asustaban a los tigres, cuando lanzaban algún objeto, solo abrían sus bocas amenazadoramente; en ese momento el Sr. Riso Patrón preguntó ¿A qué hora empezamos a matar los tigres? “Con calma, con calma, amigo”, respondió don Moisés, quien por último dijo ¿Cuántos tigres muertos quieres? A lo que el Sr. Riso contestó: “Todos”.

Sonó el primer balazo y el gran macho quedó tendido en su lugar, luego el segundo tiro, entonces los demás tigres se acercaron a sus congéneres muertos y don Moisés disparó seis veces más sin fallar porque el tigre mal herido es sumamente peligroso, si disparas a un tigre, tira a matar.

Afilaron sus machetes y cortaron pedazos de carne de tigre, envolvieron en hojas y arrancaron veloz carrera (para hoy necesito energías) y otra vez consiguieron un árbol grande protegidos por sus aletas asaron la carne y comieron tigre asado, luego amanecieron haciendo guardia estricta.

***Días 15 al 18.-*** La presencia de neblinas fue propicia para ahumar la carne blanca y sabrosa de tigre, estuvieron anclados sin salir.

Mientras tanto, en la casa de cedro prendieron otra vez los cirios, no para ver el resplandor de las pepitas que ya no estaban sino por el eterno descanso de las almas de don Moisés y el Sr. Riso Patrón, creyendo que ellos estaban muertos.

Llovía en la cabecera del río Tazo; en las cercanías del río Cuyaco se formaban neblinas, pero ocurrió que las aguas del primer río crecieron enormemente, arrastrando palizadas y piedras, esto produjo una alarma, creyeron que **don Moisés y**

**el Sr. Riso Patrón** habían sido arrastrados por la corriente, por eso fueron hasta los cedrales y desde allí iniciaron la búsqueda de los desaparecidos.

La creciente dejó espacios abiertos en las márgenes posibilitando los desplazamientos y facilitando la visibilidad, recorrieron ambas orillas sin resultado alguno.

Los dos días de rastreo no despejaron ninguna incógnita, razón por la cual el Dr. Barsallo y los sabios estaban preocupados por la suerte de los expedicionarios y también porque no podían hacer una nueva salida hacia las alturas del río Cuyaco; al tercer día la búsqueda continuó río abajo de Verdún, hacia el caserío Tazo Grande sin encontrar nada.

Los peones que estaban bañándose cerca a la casa de cedro vieron una cantidad sospechosa de gallinazos arriba del río, a dos vueltas (curvas que hace el río en su recorrido). Los sabios dieron por confirmadas sus sospechas; prendieron más velas, revisaron la madera existente, separaron las tablas para hacer los ataúdes, y provistos de toda clase de luces siguieron el curso del río y vieron revolotear a los carroñeros.

Aprovecharon la noche clara e iluminada por la luz de la luna, y avanzaron en su recorrido cruzaron el río varias veces, pero antes el médico prohibió a los obreros ir en búsqueda de los “desaparecidos”, ordenando que esperasen en el fondo; solamente iban los cuatro sabios.

Al rayar la medianoche se acercaron al lugar indicado, era una palizada entre unas rocas grandes, olía a putrefacción y había gallinazos y espantándolos trataron de acercarse para ver los cuerpos el Dr. Barsallo, dijo que allí<sup>54</sup>estaban atrapados; al acercarse más, entre trozos de madera vieron piernas hinchadas.

Confirmaron el hallazgo, despavoridos regresaron a la casa llegando amanecer completamente mojado y adoloridos por las caídas que sufrieron al caminar sobre piedras movedizas.

Los peones intuitivamente se comunicaron cuando estaban en plena construcción de los ataúdes, actitud que los

sabios agradecieron. El velorio estaba en marcha, los cantores hacían rezar a la gente, las mujeres afinaban sus voces, el aguardiente, la coca, cigarros, cal, masato y comidas empezaron a circular entre grupos de personas entristecidas y apesadumbradas.

A las ocho de la mañana los ataúdes estuvieron listos, se indicó hacer las sepulturas, para lo cual se distribuyó la gente mientras el Dr. Barsallo, los sabios y varios trabajadores se dirigieron al lugar de la tragedia.

Tuvieron que hacer una trocha para acortar el camino, llevaron tablas para facilitar el rescate, dejaron los ataúdes y en las inmediaciones quedaron algunos sabios y peones.

El médico escogió a dos experimentados mineros y fue a recoger los restos de los que en vida fueron don **Moisés Merino Romero** y **Eduardo Riso Patrón Cheverné**; había gallinazos por todas partes, el lugar era tétrico y olía a muerte, por eso, protegiéndose las narices con pañuelos y decididos a recoger lo que quedaba de tan nobles personajes.

Los gallinazos protestaban picoteando y moviendo las alas impedían que la comitiva se acercara para sacar los cuerpos, se vieron obligados a llamar más peones para que espantaran a esas aves que eran de diferentes variedades, habiendo hasta blancas y parduscas.

Los peones provistos de palos ahuyentaron las aves agoreras; el doctor se acercó con dificultad moviendo ramas, pero los cuerpos estaban más abajo, a nivel del piso y había palos encima a los que cortaron para tener accesibilidad; cuando el Sr. Sifuentes se acercó y tomó parte en las maniobras dudando que esos cuerpos fueran de los expedicionarios, pues para él que había asistido a muchos rescates y exhumaciones, la fetidez era diferente a la de seres humanos, sin embargo esperó el veredicto del Dr. Barsallo.

Uno de los peones amarró con una soga a uno de los cuerpos y haciéndolo pasar sobre una horqueta lograron izarlo, tenía un color blanquecino, del grosor de un hombre, pero de

---

diez metros de largo; era una enorme serpiente que en su estómago tenía un sajino en descomposición. Asustados y despavoridos corrieron dejando todo cuanto habían llevado, inclusive los ataúdes.

Mientras en la casa de cedro seguía el velorio, los rezos, los cantos, ya había arpas y violines que interpretaban música sacra y por más que los sabios y los peones persuadían fue imposible impedir que el rito continuase.

Al persistir la duda no podían afirmar o negar la suerte de los expedicionarios se sumaron al grupo y la ceremonia continuó con todos los ritos y usanzas hasta completar el tiempo reglamentario. Las consecuencias de estos hechos dejaban hondas huellas de dolor, angustia, desesperación y tristeza entre los familiares y amigos, pero para los sabios eran acontecimientos usuales y pregonaban que la empresa debe seguir con normalidad.

**Los funerales de don Moisés Merino Romero**  
**y Eduardo Rizo Patrón Cheverné**

Todo estaba hecho, solo faltaban “los muertos”; los días siguientes se preguntaban si habían fallecido, si los habían enterrado o no, pero hasta del dolor se sacan chistes y chascarros y así los peones, a escondidas llevaron los ataúdes y los sepultaron poniendo sus respectivas cruces; la noticia corrió, voló, a tal punto que se enteraron los demás hacendados quienes hicieron llegar su pésame y la promesa de rogar por el descanso de sus almas.

**Día 19.-** La selva alta tiene particularidades y caprichos; allí las estribaciones son tantas como las hojas de un libro.

Las nieblas empezaron a moverse con los ventarrones, relámpagos, rayos y truenos; que dejaron inmovilizados a los expedicionarios quienes se guarecieron en las aletas de los árboles, sin provisiones y a expensas de los insectos, especialmente los zancudos y hormigas, así pasaron el día y la noche tratando de sobrevivir.

La lluvia producía un frío terrible, pero ocurrió que después de la medianoche cayó un fuerte aguacero y los cursos de agua empezaron a subir causando preocupación al grupo; los expedicionarios temblaban de frío sin poder hacer fogatas.

**Día 20.-** Hicieron el recuento del recorrido y los resultados negativos de la expedición, pero la esperanza siempre anima a seguir adelante, con día nublado y cubiertos de neblinas que se disolvían con los rayos del sol; treparon otro cerrito por las pendientes y las rocas haciendo lento su caminar.

Pasado el mediodía llegaron a la cima y al recrear sus miradas descubrieron que el cerro que tenían de referencia

estaba tan cerca que veían las aves comiendo los frutos de las plantas; es decir, más cerca.

Ese día se sentaron para preguntarse si enloquecieron o habían perdido el juicio, tanto sufrimiento, tanta caminata sin avanzar, parecían dar vueltas en el mismo lugar.

Según una creencia indígena, hay un duende o espíritu del bosque, el “tumasicoj”, quien hace que los intrusos den vueltas en el mismo sitio hasta morir; para el caso de los expedicionarios, esto no era broma, pues sus energías estaban agotadas, no tenían provisiones y en esas condiciones la muerte llega en cualquier momento.

Los sabios opinaban que en la casa de cedro ya todo estaba terminado, inclusive Merino y Riso estaban sepultados, pero la pena y los recuerdos duran pocos días y en el fundo ya era cosa del pasado.

Por su parte don Moisés, que tenía tanta experiencia en el monte, estaba perdiendo los ánimos; tanto a él y su compañero el desaliento los amedrentaba, las bolsas enjebadas, con tantos jalones y caídas estaban deterioradas, las vestimentas se humedecían y a ese paso el futuro era incierto.

Se sentaron a meditar y buscar en sus experiencias cómo salir de aquel conglomerado de cerritos, y optaron por regresar al cerro de las referencias; una vez allí hicieron un pequeño refugio, luego cazaron algunas aves a las que ahumaron y comieron con cogollos de palmeras. Descansaron, ordenaron sus ideas y prometieron seguir una ruta en sentido contrario, hacia la derecha.

54

***Día 21.-*** Desaparecieron las neblinas y apareció un cielo azul claro que a la lejanía se unía con un inmenso manto con todos los matices de verde, por lo que esperanzados en salir pronto de aquel lugar e imponiéndose a sus dolencias empezaron otro descenso.

Por la variedad de plantas y árboles de la zona se desplazaron con facilidad, llegando a una planicie poblada de

cedros con hojas verdes y frutos en maduración; esto animó grandemente y don Moisés calculó que estaban cerca a uno de los ríos tributarios del Monzón o del Cuyaco.

Por la presencia de mosquitos y vampiros tuvieron que pasar una noche en vela, cuidándose de la arremetida de los quirópteros que aterrizaban en los alrededores esperando el menor atisbo de sueño para clavar sus afiladísimos dientes, y por eso optaron por meterse dentro de las bolsas enjebadas abriendo pequeños orificios para respirar.

Vaciaron sus contenidos a los costados; otros animales que curioseaban en el lugar se llevaron a sus guaridas todo lo que encontraron para que les sirviera de abrigo, y por supuesto la carne para alimentar a sus crías; perdieron hasta las balas y cuando amaneció encontraron solo dos cartuchos impregnados con tierra e hinchados por la humedad.

***Día 22.-*** Todo estaba consumado y consumido, la situación era peliaguda, expresión clásica de don Moisés; quedaban dos machetes, una escopeta, dos bolsas de jebe rotas y huecas y las harapientas ropas que tenían en sus cuerpos, ya no había casi nada que cargar.

Fue otro hermoso día en la planicie; continuaron la caminata siempre por la derecha, pero el Sr. Riso Patrón perdió las energías por completo y decidió quedarse en el refugio mientras don Moisés continuaría la búsqueda de una salida, lo cual era una decisión suicida.

La falta de sales en sus organismos producía fuertes dolores musculares y calambres; en ese momento don Moisés, las vio verdes y por eso dijo a su colega : “aquí moriremos juntos”.

Recostó al enfermo en el pequeño refugio, a quien cubrió con las bolsas y buscó posibles remedios, encontró un gran árbol de sacha manzana de frutos jugosos, ácidos y fraganciosos, cortó cético tierno y de su tallo vacío, hizo una especie de vaso, lo llenó de agua y aplastó los frutos haciendo

---

un chapo o mazamorra, separó las partes duras y ambos bebieron, pues también don Moisés tenía calambres.

El gran porcentaje de vitamina C y las sales minerales que contenían los frutos mitigaron sus dolencias, luego en las inmediaciones encontraron caña ácida y salada que ayudó sustancialmente a calmar sus dolores; consiguieron y comieron chonta cruda, pues hasta la yesca se llevaron los animales.

Sí; en algo mejoraron estos hombres, estaban deshidratados, heridos y sumamente cansados, por eso en algún momento decidieron cavar sus propias tumbas y dejar que el tiempo enterrara sus despojos; en realidad ya no podían caminar, sus pies, piernas y rodillas estaban hinchados, sus rostros anémicos, el desbalance alimenticio estaba afectándolos terriblemente y no había otro camino sino esperar pacientemente el momento final.

## Cuarta expedición

### *Barsallo, Piélago, Valencia, Sifuentes*

Con el entierro de los ataúdes de Merino y Riso Patrón, la esperanza del regreso de los expedicionarios ya era cosa olvidada, pero haciendo eco de su ecuanimidad, los empresarios se suceden y los planes continúan.

Los señores **Barsallo, Piélago, Valencia y Sifuentes**, acompañados de cinco peones, y sin hacer comentarios, henchidos de sus ansias de riqueza, seguros de ser favorecidos por la madre naturaleza iniciaron el viaje hacia las cabeceras del río Cuyaco.

Tenían la completa seguridad de llegar a los lugares donde en su juventud el Sr. Sifuentes puso sus plantas en aquellos parajes; con una planificación minuciosa, caminarían haciendo escala y campamentos de refugio para que los retrasados pudieran guarecerse.

Llevaban carabinas con balas 38, más seguras que las retrocargas porque estaban hechas a prueba de agua, evitaron seguir el cauce del río y caminaron por el lado derecho que inicialmente era empinado.

El primer día apenas avanzaron cinco leguas de distancia y pernoctaron en viviendas de cocaleros, los equipos que pesaban 50 libras y el bochornoso calor hacía que transpiraran copiosamente, a pesar que los sabios habían entrenado concienzudamente con miras a evitar retrasos y demoras; felizmente el primer día transcurrió sin novedad.

Segundo día: La caminata cuesta arriba por terrenos arcillosos, siguiendo las trochas de los montaraces los tenía con la respiración al tope, pero ninguno quiso manifestar su agotamiento; los cerros estaban cubiertos de inmensos pajonales que albergaban a manadas de venados rojos con caminos bien definidos por el continuo trajín que realizaban a

sus zonas de descanso y pastoreo que generalmente eran los roquedales.

Tercer día: Avanzaron siempre agachados haciendo equilibrio en el inclinado terreno, tenían buen tiempo y cada día la visión se expandía hacia enormes distancias que permitía contemplar el valle del río Monzón y sus afluentes; hicieron el campamento número uno aprovechando los montículos de las quebradas, hábitat de árboles de hojas anchas abundantes y frutos comestibles, deleite de los venados y otros animales.

Allí demostraron todo lo aprendido, cada uno hizo su parte construyeron un campamento vistoso, al estar cerca a la cima de un cerro la visión era agradable. Contemplaron la puesta del sol que reflejaba sus rayos hacía las nubes que se veía en la lejanía, cada uno a su manera se instaló en el pequeño tambo, comieron el fiambre avivando una fogata, los obreros se repartieron las guardias, y a soñar, soñar y soñar con los bellos resplandores del metal amarillo.

**Cuarto día:** El Sr. Sifuentes, por su edad no pudo arrancar motores y pidió quedarse para mejorar el tambo; petición aceptada por los demás integrantes, pues no había nada que refutar, pero el Dr. Barsallo ordenó dejarle una carabina, balas y un peón con las órdenes de hacer provisiones de carne, leña y mejorar la habitación, disminuyeron el peso de sus mochilas dejando parte en el campamento, llevaron provisiones para tres días y arrancaron por los inclinados cerros, pero antes recibieron instrucciones del veterano cazador, informando que había tales quebradas, tales cerros, tales, tales y tales.

Después del sermón, a respirar, faldear y sudar como perros de presa, pero sin la presencia de él, el trayecto era dudoso y por más que seguían las instrucciones no se sentían satisfechos; al atardecer divisaron las quebradas indicadas, entonces se alegraron y hasta se felicitaron porque se encontraban en la ruta del tesoro y de allí un día más estarían con las manos en el oro.

También era un lugar de triste recordación porque los cargueros del Sr. Sifuentes murieron en esos alrededores, desangrados por murciélagos y comidos por los carroñeros, son cosas del pasado, el presente era lo que importaba y continuaron animados; obligatoriamente hicieron otro campamento junto a una quebrada de aguas transparentes y rodeada de frondosos árboles, había frutos comestibles, venados, otros animales y aves.

Cuando ya oscurecía vieron llegar a la quebrada ocho osos, dos eran grandes y seis oseznos, los que olisquearon por uno y otro lado y se perdieron en la oscuridad; eran los habitantes del bosque, osos de anteojos, omnívoros.

Intrigados, avivaron la candela y a dormir para reparar energías perdidas, pero los obreros que hacían la guardia tuvieron que despertar a sus compañeros porque los plantígrados estaban por todas partes y en el claroscuro de la noche, con la tenue luz de la fogata, se les veía caminar en dos patas mostrando sus garras; espantosos bultos negros que emitían chasquidos con sus dentaduras.

La consigna era no disparar, pues un oso herido es sumamente peligroso; afirmaba del Sr. Sifuentes, quien en sus buenos tiempos comercializaba los despojos de estos animales, “los acoches”; esa noche fue un presagio de otros tantos sucesos, aunque no sabían qué otras sorpresas deparaban los días siguientes.

***Quinto día:*** Desayunaron muy temprano de inmediato abandonaron el campamento recién construido, pero las sorpresas del bosque son a veces desconcertantes; cuando salieron del lugar aparecieron los osos, olisquearon los restos de comida probándolos y en seguida se pusieron en dos patas y destruyeron el pequeño techado.

El Dr. Barsallo, al ver a esos robustos animales se espantó, ordenó a sus hombres tener las carabinas listas para disparar, pero los plantígrados, como si nada hubiera pasado, en fila y

pausadamente se zambulleron en la quebrada disfrutando de un baño matinal.

La empresa es de hombres valientes; por tanto debe continuar, dijo uno de los expedicionarios; siguieron subiendo por un cerro desconocido con una tupida vegetación, los pajonales quedaban atrás, era un monte con una mezcla de helechos y arbustos y para avanzar tenían que hacer trochas usando sus machetes; aparte del esfuerzo que hacían para desplazarse, las pendientes se presentaban cada vez mayores; teniendo que buscar rodeos.

### ***Día 23: Merino y R. Patrón***

Don Moisés, que tenía mucho conocimiento de los andares en el monte, no podía quedarse sentado a esperar el final, y por eso se proveyeron de manzanas silvestres haciendo paquetes con hojas; de igual modo cogieron las cañas ácidas y sacando fuerzas de flaqueza comenzaron otra vez la búsqueda de una salida para conseguir auxilio; porque el Sr. Riso Patrón, caminaba despacio, pero las necesidades que tenían hizo apurar el paso.

Dicen que cuando la desgracia llega, viene acompañada de todos los males; a pesar de sus esfuerzos no llegaron a ningún lado, pero al terminar los cedrales vieron otras variedades de árboles, entre ellas el chimico, con abundantes frutos maduros y con los cuales saciaron sus hambres.

Un poco más allá, buscaron un lugar para dormir, encontraron un árbol con aletas; arrimaron sus adoloridos cuerpos, pero con la ingrata compañía de tigres; cubiertas sus espaldas, con los machetes en las manos, amanecieron “muertos... de miedo”, con hambre y sed.

***Día 24:*** Las emociones fuertes y el miedo a perder la vida hizo que caminaran sin rumbo, y así llegaron a las orillas de una pequeña quebrada de aguas limpias y cristalinas con peces pequeños; don Moisés, diestro en los menesteres de pesca

metió sus manos debajo de las piedras y agarró carachamas, al no haber la forma de cocinarlos los comieron crudos; el pescado, alimento de primer orden, ayudó grandemente a estos dos hombres perdidos en las montañas del valle del río Monzón.

Los tigres, siempre estaban cerca, haciendo no muy grata compañía, pero Merino, que sabía del actuar de estos felinos, instruía constantemente al “gringo” a quien el miedo cambiaba de colores. Convertidos en auténticos selváticos siguieron el camino sin camino, ni dirección ni destino, solamente por andar.

Era ya el mediodía cuando descubrieron una pequeña trocha poco transitada, el lugar estaba poblado de árboles y no sabían por cuál lado avanzar, con la posible esperanza de llegar a una casa o un tambo, entonces el Sr. Riso Patrón, se acordó de sus dolores y no daba un paso ni atrás ni adelante...no veían a los tigres, pero intuían que estaban muy cerca; un pequeño descuido bastaba para dejar sus huesos regados en aquellos parajes.

Ante esto, don Moisés no supo qué hacer, cortó un palo delgado de cinco metros de largo al que le echó puntas filudas en ambos extremos, cargó a Rizo, y llevado por su instinto siguió la trocha hacia la izquierda, pero el “gringo”, pesaba como plomo y por eso el cazador sudaba a chorros y temeroso de los calambres caminó ligero a pesar de la carga que llevaba, aunque la trocha era vieja, las ramas cortadas tenían ya algunos meses, pero la esperanza es lo último que se pierde. A las tres de la tarde, en un claro del bosque, dos tigres grandes pretendieron cerrarles el paso, pero don Moisés no se inmutó, movió la vara que llevaba y los carnívoros cedieron el paso.

La hora final, estaba muy cerca y quizás esa noche sería indefectiblemente; estos felinos conocen al animal cansado o retrasado, era solamente cuestión de minutos, minutos finales.

Aceleró lo más que pudo, descubrió una trocha reciente, mejor dicho, fresca, caminó un poco más y descubrió un

---

tambo nuevo, una vivienda, pequeña, pero circulada con ripas de chonta y con piso del mismo material; recostó al gringo, emocionado por conseguir refugio y haberse salvado, por el momento de las garras y colmillos de sus acosadores.

## *Dando gracias a Dios*

Minutos después llegaron dos hombres que felizmente eran conocidos de don Moisés, quienes al ver el estado calamitoso de sus huéspedes les prodigaron toda clase de auxilios, entre ellos frotaciones con limón asado y caliente que hicieron revolcar a los enfermos para luego calmar sus agudas dolencias, los pies totalmente heridos, casi despellejados, sus cuerpos llenos de rasguños infectados; agua con sal y limón caliente fue parte del sacrificio, pero el premio para tanto sufrimiento fue una sopa de majás.

Ante las preguntas, ¿Dónde estamos? ¿Estamos en las alturas del monte grande? La respuesta fue, el río Cuyaco quedó atrás, a cinco leguas de distancia y de aquí al monte grande es un día de camino bien andado.

Volvieron a preguntar ¿Pero dónde quedó el río, del que los cazadores dijeron que de aquí queda lejos y hay que pasar muchos cerros? **El Sr. Riso Patrón, que no era religioso ni creyente, en cuanto pudo se arrodilló e invitó a don Moisés a que también lo hiciera y de todo corazón,** por haber vuelto prácticamente de las panzas de los robustos tigres que los acompañaron, y concluyeron que tan fácil es decir estas cosas, pero vivirlo es diferente.

Estos hombres tenían sus cuerpos llenos de heridas purulentas que producían reacciones, estados febriles, incomodidad para vestirse y dolor constante que soportaban; si bien los limones asados servían en algo; las infecciones hacían estragos en sus organismos, varias veces cayeron al suelo, de allí los moretones.

No tenían ropas de cambio ni camas, dormían sobre el emponado, cubiertos solo con sus bolsas enjebadas. Don Moisés pidió a los dueños del tambo consiguieran “puca panga” y “yahuar panga”; con estas hojas tiernas cubrieron sus heridas en codos y rodillas donde más les dolía. Así pasaron

los días: del **25 al 31**; después de siete días de curaciones y convalecientes decidieron seguir los pasos de los cazadores, que iban cargando canastas llenas de carne ahumada de cien libras de peso cada una.

Los enfermos llevaban muy poco equipaje y aún así no pudieron caminar, regresaron al tambo para seguir recuperándose, pues los calambres continuaban cada vez que transpiraban un poco, y al verlos así los cazadores les proveyeron de balas, sal y cobijas; después de los agradecimientos y adioses, con mucha dificultad caminaron hacia el campamento ya que tenían muchos dolores en las articulaciones de brazos y piernas, les afectaba la bursitis, y por supuesto la excesiva deshidratación que padecieron continuaba haciendo mella en sus humanidades.

En algún momento se preguntarían ¿Y el oro?, y las cuevas, las cataratas y tantas cosas no sabían dónde los habían dejado. El Sr. Riso Patrón sugirió a don Moisés ubicar a los paujiles que en las ramas de los árboles cantaban insistentemente preguntando qué hacían en esos montes.

**Día 32:** Con tan acertada opinión, ambos fueron a merodear en la trocha por donde habían venido, caminaban lento cuidando sus articulaciones, don Moisés iba delante con el arma, listo a disparar; de repente el Sr. Riso Patrón gritó pidiendo auxilio pues una media docena de isulas, hormigas de picadura sumamente dolorosa, se habían prendido en sus mal protegidos pies, don Moisés asustado, cargó al “gringo” y olvidando sus dolencias corrió al tambo y recostó al enfermo que se retorció de dolor; nuevamente los limones asados y calientes salieron a tallar calmando un poco esos dolores insoportables.

El “gringo”, sudaba a cántaros, temiendo por su quebrantada salud; tomó agua con limón para evitar consecuencias fatales... la naturaleza no quería darles ninguna oportunidad de encontrar el preciado metal, pero don Moisés

---

sabía de los enfados de los cerros y decidió no insistir, si de algún modo habían salvado la vida hasta allí, todo estaba bien.

*Sexto día:* El Dr. Barsallo y su grupo seguía cuesta arriba sin ningún resultado favorable, solamente la incansable compañía de los osos que caminaban paralelo a ellos; en algunos momentos se adelantaban para mirarles desde la cima de algún cerro y esto preocupaba seriamente a los expedicionarios.

Otro campamento y hacer guardia rigurosa, solo que esta vez quienes vigilaban no se acercaron, pero estaban en una pequeña colina del cual veían todos los movimientos en el tambo.

Cuando amaneció los peones dijeron ¡No! No seguiremos adelante, queremos regresar. Esto motivó una pequeña arenga por parte del Sr. Piélagos y también del Sr. Valencia, entonces el Dr. Barsallo invitó a dar un paso adelante a los que querían seguir el viaje; los dos sabios, más por convicción que por valentía se pusieron a su lado, el joven médico quería seguir adelante con un obrero, los señores Valencia y Piélagos se opusieron.

Considerando la presencia amenazadora de los “ocoches” entonces con mucha seriedad y decisión el doctor dijo: ¡Voy solo! Y no hubo más palabras; casi a la carrera desapareció entre las colinas provisto de un Máuser 38 y una docena de balas, con un poco de maíz tostado para fiambre.

El grupo que descendía creyó que el Dr. había perdido el juicio y que estaba completamente loco, ¿loco?, no estaba tan loco que digamos, solo intuía que el lugar que buscaban estaba cerca; mientras tanto el campamento del Sr. Sifuentes quedaba a un día de camino bien andado y era dudoso que el grupo pudiera llegar allá en dicho tiempo.

La bajada ayudó bastante, no porque eran buenos caminantes sino por la continua presencia de los osos, y cualquier animal que caminaba por el bosque, el vuelo de

cualquier ave, todo veían, no caminaban sino corrían, llegaron al campamento destruido por los plantígrados que hicieron demostración de fuerza y poderío, cruzaron la quebrada prácticamente sin mirar.

Al anochecer llegaron al tambo del Sr. Sifuentes que estaba bien construido, había abundante carne ahumada de oso, ungüentos y frotaciones de las grasas, partes de piel y huesos de propiedades curativas, todo bien acondicionado.

“De mí no se burla ningún animal de estos lares, mientras mi carabina esté provista de balas; les metí bala a dos robustos machos y con eso el resto de la manada huyó despavorido”, dijo el Sr. Sifuentes, quien era diestro en cuanto a cazar aquellos corpulentos omnívoros; después de los saludos y las novedades, él habló en forma muy áspera dudando de la hombría y valentía de los hombres que habían regresado, que si en verdad ya no tenían provisiones, pero con un día más nadie se hubiese muerto.

Los recién llegados no oyeron nada, atendieron sus hambres casi recostados por el agotamiento del viaje y se quedaron dormidos apenas ingirieron sus alimentos.

La desesperación, el miedo, las dudas, las amenazas son capaces de multiplicar la energía de los hombres y someterlos a exagerados esfuerzos que en muchos casos podrían ser fatales, pero los dueños del tambo se encargaron de protegerlos y cuidarlos haciendo guardia muy estricta.

Los osos no avisan cuando quieren atacar, peor si están hambrientos, pueden comer cualquier fiambre, cualquier zapato, también ropas sucias por el sabor salado, y la carne humana no estaría demás.

*Séptimo día:* Barsallo, con su apresurada partida posiblemente estaría durmiendo el sueño de los justos sin la necesaria experiencia en aquellos cerros habitados por toda clase de animales, ya que existen enemigos por todas partes, y un hombre cansado y enfermo, con apenas un poco de maíz

para comer, necesita la protección de alguien, pues solo y mal comido sería presa fácil hasta para el más pequeño de los carnívoros; estos pensamientos martirizaban al Sr. Sifuentes, por eso él y su peón amanecieron en vela.

**Octavo día:** Llegó el nuevo día, pero los rayos solares demoraban en aparecer, las espesas nubes se movían en el espacio, por la ubicación que tenían eran azotadas por ráfagas de viento con lluvia, truenos, rayos, relámpagos, y el crujir de los ramajes.

Comenzó un terrible aguacero que el pequeño refugio hacía agua por todas partes, metieron sus cosas a las bolsas y pasaron el día acurrucados, comiendo carne áspera de oso, pero sabrosa y muy alimenticia, “igual que la carne humana”, decía el Sr. Sifuentes

**Noveno día:** Las lluvias amainaron, pero el terreno arcilloso e inclinado se tornó muy resbaladizo impidiendo iniciar el descenso, aprovecharon para descansar y esperar al Dr. Barsallo, aunque en la opinión de algunos del grupo ya estaba muerto, pero un hombre es un hombre, y fácilmente no puede doblegarse ante cualquier circunstancia previsible, además él era un galeno y estaba consciente de lo que hacía y considerando las instrucciones de supervivencia recibidas tenía recursos para sobrevivir.

Las preocupaciones del Sr. Sifuentes tenían cierto fundamento, por su experiencia vivida en su juventud, al tener un conocimiento cabal de la personalidad del médico se consolaba con la firme esperanza de su provechoso retorno.

La neblina cubría el panorama, estaban los expedicionarios dando una sensación de estar flotando en las nubes, disminuyendo la visibilidad a muy corta distancia, quedaron completamente cubiertos por un espeso vapor blanquecino que dejaba finas gotas de rocío en sus cuerpos, especialmente en sus cabellos y vellos, luego llegó la manta blanca, causando

---

picaduras mortificantes en sus cuerpos, y esto hizo avivar la fogata para ahuyentar a los mosquitos.

**Día 33:** El aguacero que cayó afectó también las empinadas trochas convirtiéndolas en resbaladeros peligrosos, hubo además una rala neblina que pasaba por sus cabezas comparadas con inmensos copos de algodón dejando una brisa fresca y húmeda que entristecía a los convalecientes, quienes con una alimentación rica en proteínas iban recuperando aceleradamente sus energías.

Las hinchazones de sus pies provocadas por las heridas que causaron las caminatas casi sin zapatos más la proliferación de hongos y bacterias, producían un escozor doloroso y persistente, la poca sal que tenían no permitía usarla para curaciones sino solo para las comidas.

**Día 34:** Amaneció un espléndido día, iluminado por el sol que doraba con sus rayos hasta los cerros más alejados mostrando un paisaje alentador que el dúo aprovechó para iniciar su retorno a casa, y con el poco equipaje que llevaban aceleraron el paso haciéndose la promesa de vencer la distancia de un día de camino bien andado.

Con la esperanza que sus entumecidas piernas respondieran a los deseos de llegar rápido a Monte Grande; la emoción de realizar aquel incierto viaje a las cuevas; donde creían que existía oro fino, era nada menos que una terrible pesadilla que querían dejar atrás para siempre.

La situación en la casa de cedro en Verdún, era de otra magnitud, pues la policía se había enterado de la muerte de don Moisés Merino y el Sr. Riso Patrón y quería saber cuáles fueron las circunstancias en las que fallecieron, y si esto fue por accidente, por qué no dieron cuenta a las autoridades, quiénes estaban ocultando el posible crimen o accidente de estos personajes; con estos supuestos la posición de los sabios era

sumamente delicada ya que la superioridad ordenaría llevarlos de grado y fuerza a los tribunales.

Para agravar estas sospechas habían desaparecido según versión del administrador del fundo, que la policía no creyó, al contrario, le tildó de cómplice y atemorizó a los trabajadores, quienes abandonaron el fundo con celeridad provocando la paralización de los trabajos e incumpliendo obligaciones con los acreedores.

Los custodios del orden, sentaron una pequeña base de seis hombres en el caserío Tazo Grande, para averiguar el paradero real de los sabios que se esfumaron sin dejar huellas porque en los pueblos aledaños nadie los había visto y si los vieron no querían hablar para no comprometerse; en estos afanes los policías iban y venían entre Monzón y el caserío donde solían descansar, servirse algún refrigerio o una bebida.

Don Moisés Merino y el Sr. Riso Patrón, pernoctaron en Monte Grande, lugar al que muy temprano llegaron dos policías armados que iban a Tazo Grande a relevar a sus colegas y continuar con las investigaciones sobre los desaparecidos.

**El encuentro con las ánimas:  
de Moisés Merino y Riso Patrón**

Grande fue la sorpresa de los uniformados cuando se encontraron con los dos “difuntos” sobre todo para el cabo Veramendi, que era amigo de don Moisés; se abrazaron y saludaron, incrédulos que ese encuentro fuese real, y al conversar se acordaron de los vicios.

El Sr. Peña, que era el dueño de casa y amigo de los visitantes, puso a disposición bebidas alcohólicas y suficiente comida, allí se enteraron de su búsqueda, su hallazgo y sus sepelios, además la desaparición de los otros expedicionarios; enterados de tan inesperadas noticias bebieron y comieron como si estuviesen en los dominios de San Pedro.

Con los efectos del alcohol, trataron de demostrar que estaban vivos, relatando las peripecias que habían pasado, describiendo con lujo de detalles los hermosos paisajes que vieron y la gran riqueza de fauna y flora que albergaban aquellos lugares.

Los policías tenían órdenes que cumplir, se fueron hacia Tazo Grande, sorprendidos de haber compartido momentos gratos con los “difuntos que ya descansaban en paz”.

Al amanecer llegaron a su destino y contaron la historia de haber visto y hablado con los “muertos”, que seguían chupando en el caserío de Monte Grande, sin embargo sus colegas no creyeron ni una sola palabra porque notaban que habían bebido alcohol, pero ellos insistieron, hicieron el cambio de guardia y recién se pusieron a soñar siempre hechizados por las dudas y la grandeza de haber chupado unos tragos con los espíritus de los que en vida fueron Moisés Merino y Riso Patrón.

Los guardias relevados que regresaban a Monzón comentaban que las almas de personas que morían por causas no conocidas (mala muerte) vagaban por los lugares que habían frecuentado cuando estaban vivos, y atribuían a esos fenómenos.

Los otros policías entre chistes contaron la versión de sus colegas confirmando la muerte de los señores Merino y Riso Patrón, recordando la calidad de gente y buen amigo que era el primero, y el segundo era un desconocido que solamente interesaba a la policía, porque estaba pedido por la Corte Superior de Justicia de Huánuco.

54

Los “difuntos”, después de la soberana comilona y haber bebido toda clase de licores enrumbaron a Verdún, muy extrañados por sus amigos haciendo referencias detalladas del más allá.

**Día 10:** En una mañana brillante, con un sol robusto y el camino traficable; empezaron la caminata cuesta abajo, con

---

caídas, resbalones, tropezones, pues quisieron aprovechar el día lo mejor posible y cada vez que hacían un alto, miraban los cerros que dejaban.

Buscaban la presencia del Dr. Barsallo, pero todo fue en vano, solamente uno que otro oso aparecía en las colinas despidiéndoles con sus rugidos, con sus calmados pasos, demostrando que eran los dueños de esos lugares y cualquier intruso corría el peligro de ser devorado.

Hay que aclarar que los osos de anteojos no atacan al hombre, sino son desconfiados y juguetones; si tienen oseznos o una hembra está en celos, los machos no toleran la presencia de ningún otro animal y si alguno se pone ofensivo no tienen miramientos para clavarle sus resistentes uñas o prodigarle un abrazo y algunos mordiscones suficientes para dejarlo fuera de combate.

Al anochecer llegaron a la casa de unos agricultores, al Sr. Sifuentes desde el inicio del descenso lo cargaron, pues con los tropezones que sufrió no podía caminar y los que estaban con él se turnaron todo el día para conducirlo a lomo.

Apenados por la ausencia del Sr. Barsallo, rogando por su integridad los peones aprovecharon para preguntar a las hojas de coca por la suerte del ausente, obteniendo por respuesta malos presagios y que tal vez no regresaría, comentario que guardaron.

El señor Sifuentes y casi todos coincidieron en llegar a la casa de cedro, estaban los policías quienes los esperaban para esclarecer el paradero del Dr. Barsallo y el libanés, por lo que tuvieron que informarles detalladamente, pero ellos no creyeron en los argumentos de los sabios, tenían que ser llevados de grado o fuerza a Monzón para prestar sus declaraciones, tal como ocurrieron los hechos, quedando para ser citados en cuanto la policía los requiriera, porque los uniformados tenían la intención de capturar a todos para conducirlos a Huánuco, por eso los dejaron en libertad.

---

El Dr. Barsallo no aparecía, y por eso uno de los peones que se sentía con sus energías recuperadas organizó el rescate, pero los días del 11 al 14 estuvieron atendiendo los requerimientos de los policías.

**Día 15:** Recién este día, dos buenos montaraces iniciaron el recorrido planificado por el Sr. Sifuentes con poco equipo, llevando solamente lo indispensable para llegar en el menor tiempo posible a esas cumbres que siempre respiran vapores de agua cubriendo los misterios que allí existen; en un desesperado recorrido llegaron hasta el tambo del Sr. Sifuentes, pero no había ningún rastro del explorador.

**Día 16:** Muy temprano pretendieron seguir las huellas del doctor, pero las lluvias de días anteriores borraron todo indicio o señal, por eso a la deriva siguieron andando; al atardecer encontraron una pequeña cueva, encontraron ramas cortadas, posiblemente puestas por el Dr. Barsallo, y haciendo augurios de encontrarlo con vida; durmieron en ese lugar lidiando con los mosquitos y uno que otro murciélago.

**Día 17:** Siguieron cuesta arriba y a media mañana llegaron a la cumbre del posible lugar de las cataratas, y encontraron: una enorme nube, neblina, vapor de agua compacta, fenómeno que cubría por completo el posible lago y las cataratas, pero se oía el fuerte chasquido del agua al chocar con las rocas.

Temerosos que las neblinas se levantaran por el lado de ellos, se dirigieron hacia las cuevas de los pedernales, que eran amplias, grandes que tenían lugares secos con huellas de animales.

Al mirar con detenimiento notaron rocas transparentes incrustadas en otras de color brillante, entonces, recogieron pedazos de “guesga” que tenían en su interior pedazos de un

---

metal amarillo y brillante; casi a la carrera metieron en sus mochilas pequeños trozos de pedernal y abandonaron el lugar.

El expedicionario no había, los montaraces estaban emocionados por los hallazgos, pero preocupados por la misión que llevaban; siguieron la búsqueda del galeno.

Desde la parte alta la visión paisajista era hermosa y atractiva; en una de esas divisaron un cuerpo que se movía entonces le llamaron repetidas veces y vieron que alzaba las manos, sin embargo dudando si era un oso o el médico fueron hacia el lugar. Encontraron al que buscaban : sumamente pálido y sin poder hablar, su vestido roto y sucio, la mochila llena de pedernales con incrustaciones de oro que pesaba enormemente, más de cien libras; al preguntarle con insistencia sobre su condición, dijo que tenía disentería y que estaba deshidratado.

No esperaron más, cargaron las piedras y al expedicionario con la brevedad posible, en cada arroyo que pasaban le hacían beber abundante agua, su estómago no aguantaba convirtiéndose en una chorrera, la diarrea era rojiza; al no haber tiempo para que defecara le quitaron el pantalón y caminaron a la carrera para salvarle la vida.

Los dos días bien andados para cubrir una distancia respetable y con un hombre a las espaldas fue una tarea un poco difícil de cumplir; dejaron parte de los pedernales para turnarse en el carguío del enfermo, todos estaban empapados de excremento con sangre, olían mal y se estaban contagiando, pero no había forma de evitarlo; caminaron toda la noche gracias a la habilidad de los montaraces.

El enfermo ya desfallecía, rogaba que lo dejaran morir, se quejaba de dolores de su estómago, prácticamente deliraba y temerosos de un desenlace fatal, siguieron andando sin descansar; al mediodía siguiente llegaron a la casa de Sr. Sifuentes, higienizaron al enfermo y comenzó el tratamiento.

La única medicina que tenían para la disentería había un frasco de láudano, (opio líquido); y el doctor no podía

---

recetarse pues estaba casi inconsciente, el dueño de casa midió dos cucharas soperas del calmante, mezcló con otro tanto de agua, le abrieron la boca y dieron de beber; abrigándolo lo mejor posible, suministrándole alimentos líquidos y caldo de gallina sin grasa.

El Sr. Sifuentes comentó sobre las bondades del láudano que de inmediato calma los dolores y el paciente duerme, mientras el remedio cura al enfermo y a veces se queda dormido para siempre.

Los montaraces, ya bien bañados, se adueñaron de la cocina para saciar sus hambres y finalmente dormir, pero antes entregaron el botín al dueño de casa quien en un lugar reservado revisó las piedras calificándolas de óptimas y que tenían un buen porcentaje de oro.

El Dr. efectivamente durmió sin quejarse, su peso inicial era unas 160 libras, disminuyó tanto que tal vez pesaba 80 o 90 libras, estaba esquelético, de semblante cadavérico, pero despertó lúcido; aunque no podía moverse habló con sus salvadores agradeciéndoles y al mismo tiempo pidiendo medicinas indicando los nombres.

Dijo que no podía moverse, que las sopas estaban bien y que recetaría su dieta diaria. Despejadas las incógnitas, los peones regresaron nuevamente a Verdún, para constatar el abandono en que se encontraba el fundo, en bancarrota.

El administrador tomando precauciones para cumplir con los compromisos envió a las serranías enganchadores para contratar obreros, adelantándoles dinero a cuenta de sus jornales; las primeras remesas funcionaron bien, pero fueron decayendo por el incumplimiento de enganchados y enganchadores, empeorando las disminuidas economías de don Moisés.

Los envíos de productos a Tingo María, vía río Monzón tuvieron muchos fracasos por los constantes naufragios de las canoas, malogrando o perdiéndose la mercadería.

La salud del Dr. Barsallo demoró en normalizarse por la falta de medicinas adecuadas; si bien el láudano cura la disentería, las secuelas afectaron su salud, pero cuando don Moisés llegó a Verdún, se encargó de curarlo definitivamente a fuerza de verbena y calahuala.

A pesar de todas las dificultades sufridas, cada vez que miraban los pedernales con las incrustaciones del precioso metal, se encendían las llamas de las ambiciones que los sabios acariciaban con muchas esperanzas, la época de lluvia estaba en su apogeo y con ellas ninguna expedición progresaría por las dificultades para caminar y las persistentes neblinas.

El mes de setiembre de 1945 llegaba a su fin y los siguientes meses serían muy lluviosos hasta el mes de junio; **el libanés, enviado para negociar el oro**, no regresaba, en el último correo que recibieron había una nota, indicaba que había vendido el oro a buen precio, que el peso real había sido de 11 libras y media y que pronto estaría con ellos. ¿Cuál ellos? Días más tarde no hubo noticias del dinero recaudado ni del comisionado; desapareciendo para siempre.

Pero el Sr. Sifuentes no se preocupó mucho porque conocía una cueva gigantesca con mucho oro. La casa de cedro recobró sus actividades, los sabios trabajaron de peones para reflotar el fundo y resarcir en algo al hombre que les había servido denodadamente.

En las noches repasaban todos los puntos deficientes en las expediciones, concluyendo que en la selva cualquier provisión es insuficiente; lo que había que preparar era al hombre para sobrevivir en esas montañas.

La sala de la casa de cedro albergó nuevamente las velas encendidas para contemplar las mil formas y colores que tornaba el oro dentro de esas piedras transparentes : hicieron cálculos, pesaron, midieron, y dedujeron que había seis libras, pero no podían quedarse sentados con el oro aprisionado dentro de las piedras; el Sr. Riso Patrón, habló de azogar para separar las rocas, entonces por indicación de él enviaron a dos

hombres para traer azogue desde las cercanías de Cerro de Pasco, y llevaron una carta para un determinado personaje; después de casi un mes llegaron las pesadas botellas de material solicitado, molieron las piedras y obtuvieron siete libras de oro de alto quilate.

Ya tenían el oro, ¿Cómo hacer para llevarlo a Lima y venderlo? ¿Quién o quiénes irían llevando el precioso metal?

Haciendo recuentos, calificando conductas, y escondiendo la realidad ante los obreros y demás gentes optaron por encargarle al Dr. Barsallo, para el transporte y comercialización del oro, difundieron la noticia que él viajaría a la capital para seguir un tratamiento, alistaron lo conveniente.

Lo embarcaron en una canoa rumbo a Tingo María por el río Monzón con el inestable caudal de sus aguas; en la desembocadura del río Camote volcó la canoa perdiéndose todas las cosas, salvándose con dificultad únicamente los pasajeros, buscaron los equipajes, pero solo recuperaron algo, el resto desapareció en las aguas; ya nada se podía hacer; recuperaron la canoa y continuaron el viaje lleno de sobresaltos escapando de naufragar varias veces.

Diez días después, recibieron en Verdún una carta de puño y letra del Dr. Barsallo, relataba los ingratos acontecimientos ocurridos, además que se iba a instalar en Lima y tal vez algún día regresaría a Verdún, que les extrañaba y adiós.

Esta noticia hundió en la miseria a don Moisés y enlutó las esperanzas de los sabios, quienes habiendo establecido la abstinencia a todo lo que se llama vicio. Buscaron entre los peones a posibles músicos y se declararon en abandono total, sacaron las cajas de licores finos, bebieron y comieron sin medida; si de algún modo habían escapado de las garras de tigres y osos, regresaron prácticamente del más allá.

No había mejor manera de hundirse en los aromas embriagantes del alcohol, la coca, el cigarro y la cal, y fue el

---

anticipo de que en algún momento la casa de cedro, dejaría de albergar a los valiosos personajes que por circunstancias del destino estuvieron juntos y que disfrutaron los vaivenes de osadas aventuras.

### *Quinta expedición y el dueño del oro*

Pero aquí y así no puede terminar este relato; el Sr. Sifuentes, que tenía un pie en el más allá y que por alguna razón desconocida seguía vivo, decidió irse a su casa despidiéndose definitivamente de los sabios y de Verdún, porque notaba que sus días de vida estaban acortándose y presentía que eso ocurriría en algún momento y lugar; casi con lágrimas en los ojos el viejo montaraz cazador de “ocoches”, se fue, pero antes invitó a don Moisés a su casa pues quería conversar sobre asuntos interesantes para los dos.

El resto de sabios tomó igual camino y don Moisés quedó en su maltrecho fundo a lidiar con la interminable cadena de infortunios, la desmoralización se apoderó de su persona y buscó para su compañera las bondades del aguardiente y la coca, vendió su fundo al crédito, abandonó su familia y todo quedó en cero; al Sr. Sifuentes le ocurría la misma situación, alcohol, abandono y vejez acariciando los recuerdos de su juventud, y cuando se reunieron continuaron empinando el codo constantemente.

Entre trago y trago planificaron subir nuevamente a las cumbres de la cordillera Negra y arrancar unas cuantas rocas incrustadas de oro; don Moisés tenía energías suficientes para esas expediciones, pero su ánimo estaba caído, la continuidad de fracasos lo desalentó y desanimó por completo, dedicándose a trabajar en las haciendas a cambio de aguardiente y algo de comida y ropa; esto duró poco tiempo pues la gente que lo conocía pedía remedios y rogaba que se curase sus dolencias; esto alentó grandemente convirtiéndose en un curandero renombrado, buscado y rogado por todos los que cruzaban su camino.

En estos andares don Moisés, conoció a un señor apellidado **Rubio**, de quien tenía muy buenas referencias, se

hicieron amigos y entre copas visitaron al Sr. **Sifuentes**, quien aprovechó la oportunidad para dar a conocer sus planes, encendiendo en la humanidad del nuevo socio la ilusión de tener mucho oro en sus manos, él tenía un fundo y disponía de algún dinero, financió una pequeña expedición.

En la primera semana del mes de julio de 1946, cinco hombres iniciaron la búsqueda de las huellas del Dr. Barsallo, uno de estos era un amigo del Sr. **Rubio**, apellidado **Orduña**, un hombre muy joven y diestro en los quehaceres del monte, hicieron la modificación de los planes, pues los sabios habían considerado una ruta alterna; don Moisés intentó probar esta nueva ruta y condujo a los expedicionarios por esta senda, que era más empinada y cortaba muchos rodeos, aun así demoraron dos largos días para llegar a una colina cercana a las cuevas.

El tercer día caminaron por ese pequeño trecho, pero demoraron un día más; muy tarde llegaron al pequeño tambo encontrando al Dr. Barsallo y allí pernoctaron, pero extrañamente no hubo mosquitos ni fieras, uno que otro conejo, aves y algunas ratas.

El Sr. Rubio, perdió la calma porque estaba motivado a llegar cuanto antes a las cuevas. El día siguiente muy temprano estuvieron en el sitio, con los brillantes rayos del sol, por primera vez vieron las tres cornisas desde las cuales se precipitaban cataratas de aguas cristalinas que caían a un lago pequeño formando varios arco iris.

Las rocas circundantes tenían diferentes colores por los vegetales colgados de sus grietas, pero había una gran roca de paredes casi perfectas que resplandecía con el sol reflejándose en el pequeño lago y fuera de las cataratas, las aguas se precipitaban sobre una lámina plana de oro (por su resplandor) formando crestas hermosas de agua.

Fascinados con aquella visión, los hombres se quedaron petrificados, mirándose entre ellos y tocando sus cuerpos para

comprobar que estaban vivos y despiertos; don Moisés y el Sr. Riso Patrón, que antes anduvieron por esos lugares no habían visto nada de estos fantásticos fenómenos.

Repuestos de aquellas emociones, el veterano Merino, aconsejó salir rápidamente de aquel lugar por temor a las nubes durmientes que suelen ser muy espesas y peligrosas, fueron a las cuevas cargando lo que pudieron de las rocas transparentes y amarillentas, pero las horas volaron y a las justas llegaron al tambo del Dr. Barsallo, que estaba cerca; escasos ya de provisiones procuraron dormir, pero primero hicieron una fogata para calentarse y protegerse.

A la medianoche oyeron una voz humana que pedía ser recibida; escandalizados contestaron invitándole a acercarse y vieron que era un señor muy conocido que vivía en Monzón, culto y de buena presencia, tenía unos 50 años de edad y se apellidaba Pajuelo, se saludaron con confianza y conversaron. El recién llegado se sentó sobre una piedra cerca al fogón y les recriminó por la osadía que habían tenido de mirar y tocar sus pertenencias, sus propiedades sin su permiso y habían llenado sus mochilas con rocas de poco valor, que si hubieran hablado primero con él habrían llevado láminas de oro puro, las que pudieran cargar.

Antes tendrían que hacer un pacto con él; narró de todos los viajes que ellos habían hecho, por qué se perdieron, el Sr. Riso Patrón no era un hombre de su agrado y eso había sido el motivo para hacer fracasar la expedición.

Habló de muchos temas de actualidad, la honestidad del Dr. Barsallo y la **picardía del libanés** a quien felizmente ya tenía con él, a quien llamó para que lo vieran, y al acercarse dijo que había vendido el oro a muy buen precio, pero al ver el dinero se embarcó para su país y como era un desertor le reconocieron y lo fusilaron de inmediato y su alma acompañaba a Pajuelo para resguardar sus riquezas.

Don Moisés, el Sr. Rubio y el montaraz no podían mirarle la cara, solo sus pies que parecían a los de un gallo; habló

largamente, finalmente llamó a otro espíritu quien trajo un papel obligándoles a firmar con la promesa que llevarían oro fino, se harían inmensamente ricos y solamente sus almas harían compañía al libanés; de lo contrario no llevarían ni siquiera las rocas. Ante la negativa de los expedicionarios, se levantó, arregló las arrugas de su elegante vestido y se fue; al poco rato oyeron una terrible explosión cerca de las cataratas.

Amaneció, felizmente aquella tétrica noche quedó atrás, “y pies, para hoy les quiero”, caminaron hasta los predios del Sr. Sifuentes, quien al oír el relato dijo que siempre el Sr. Pajuelo, era el dueño de esas riquezas. Entonces sin esperanzas de nada, cada uno se fue por su camino a cumplir con su destino. El espíritu de los cerros, siempre quiere compañía de un ser humano; don Moisés, el Sr. Rubio y los acompañantes habían metido en sus mochilas pedernales que encontraron en el lugar; que durmieron, pero hicieron sin mirar lo que contenían; después que llegaron a la casa del Sr. Sifuentes, sacaron las piedras de sus equipajes y los iban a botar, pero el dueño de casa quiso mirarlos y al verlos concluyó que tenían un poco de oro; al oír esto se interesaron miraron admirados, gruesas incrustaciones de oro en el interior de las piedras.

Cálculos, comentarios, mediciones, hablaron de libras de oro, entonces el dueño de casa sugirió repartir los pedernales en partes iguales.

*Los sabios, de uno en uno fueron cayendo en las redes que les tendió la policía.* El hambre y las demás necesidades marcan en el hombre la creatividad y los medios para calmar las urgentes aflicciones que la ausencia de alimento produce en los órganos nutricionales.

### *Los encantos de Monzón*

Las vivencias de los hombres durante su existencia, marcan diferentes parámetros regidos por las reglas de la sociedad, las leyes y toda clase de normas de convivencia; el desacato de

---

estas crea situaciones que impiden las libertades de acción y esto atrapó a los personajes que mencionamos.

Las secuelas de las guerras desde los años treinta del siglo pasado fueron modificando sus percepciones futuristas optando por abandonar sus países, ya sea por iniciativas comerciales u otras razones, intensificándose a finales de los años treinta y principios del cuarenta y esto dio lugar a que llegaran visitantes con diferente prontuario que le obligaba a esconderse para cuidar su integridad física; había instituciones secretas de hermandades para protegerse mutuamente.

Primero ubicaban el país, luego a los personajes de la orden quienes hacían los contactos y las formas de llegar a los escondites. Desde ya eran personajes importantes ligados a riquezas materiales, culturales y relacionados con la alta sociedad, así fueron llegando al fundo de Verdún.

Eran hombres laboriosos, creativos, de amplios conocimientos y progresistas; las atenciones que el señor Merino prodigaba y los quehaceres de él, les fascinaba.

Los insumos que enviaba a Tingo María para ser transportados a Lima y luego por barco a Estados Unidos, abrió en sus mentes el síndrome de empresarios, al tener buenas cualidades se empeñaron en la búsqueda de cristalizar esos deseos. Al recorrer los bosques en plan de cacería veían la magnitud de la flora, fauna y los yacimientos auríferos.

La madera, las plantas medicinales, recursos hídricos, las callampas, los caracoles e infinidad de aves y animales terrestres. Cuando el dueño de casa regresaba del mitayo el fundo se convertía en un ambiente festivo para ahumar venados, sajinos, roedores, aves. Estratégicamente el hacendado hacía chacras, sembraba plantas de panllevar y los animales silvestres conseguían sustento. Estas situaciones convirtieron a los huéspedes en verdaderos empresarios, el oro que todos deseaban obtener estaba por todas partes; las vetas aparecían como antorchas en varios lugares, algunas muy cercanas y otras a leguas de distancia.

Las muestras estaban en sus manos, sus ojos, sus mentes que cada día se acrecentaban más y más soñando con la obtención de grandes riquezas, quizás exagerando sus ambiciones.

### *Empresa y empresarios*

Hacer empresa en los territorios de Monzón era una cosa seria, las riquezas estaban por todas partes, mover hombres y montañas es trabajo gigantesco, aquí nuestros magnates se ingeniaron todo lo humanamente posible.

Los acontecimientos e implicancias de la guerra enardecían más su ímpetu de grandeza pues intuían las necesidades de materias primas por los gastos en la contienda mundial, querían ser exportadores, pero sus deudas con la justicia no permitían cumplir su deseo, a eso se sumaba la inmensa dificultad del transporte.

Pero el oro era el que mejor se adaptaba a estos anhelos, por eso pusieron todos sus esfuerzos para ese fin. Tal deseo los llevó prácticamente al sacrificio, hombres que frisaban los 55 y 60 años optaron por modificar sus hábitos de vida, a remodelar sus cuerpos, adecuarse a las necesidades del proyecto que muchas veces los puso al borde de la muerte, emulando disciplinas de guerra; creyendo que la juventud regresaba y las energías también, probaron toda clase de ejercicios, abstinencias, que si bien ayudaron en parte las acciones, pero no fueron suficientes.

En sus divagaciones seguro que recordaban las palabras de Ayapi, Tanchiva, Inuma y otros que decían que las “lágrimas del sol” traían muchos problemas, que mejor era solo mirarlas y dejarlas en su lugar, la demostración de hombría y fidelidad a la hermandad era en todo momento sin desmayar.

Dijeron “muerte al traidor! Entonces el libanés terminó haciendo compañía al cerro de oro. Estuvieron con una multitud de cerros que esconden ingentes riquezas y todo el

valle que era un jardín de mucho valor, las cosas no salieron bien y perdieron la esperanza de ser adinerados y acaudalados. Los temores de hacer conocer los proyectos auríferos a los obreros hicieron que se sacrificaran personalmente. Si alguien alguna vez quiere ir a las cuevas de los pedernales ya conoce por dónde llegar; eso sí, pidan permiso al gran personaje, dueño de esas riquezas.

El arqueólogo estudioso del complejo arqueológico de Tantamayo, el señor Bertrand Flornoy, al hacer las excavaciones en las cercanías al poblado de Coillarbamba encontró estatuas de veinticinco centímetros de alto, muy pesadas, pintadas de negro, las llevó para estudiarlas en Francia, del mismo modo descubrió los lavaderos de oro de los yarowilcas donde recolectó un litro de oro.

### *Las añoranzas*

¿Será posible conciliar el sueño en los brazos de dos bellas amazonas?

En Verdún en los días festivos solían recordar sus celebraciones, religiosas y familiares, salían a relucir quenas, guitarras, violines, improvisados tambores y bombos que amenizaban las reuniones. La pachamanca, la chicha y otros potajes llenaban el ambiente de sabores y aromas que se multiplicaban con las canciones y hermosas melodías, los serranos dejaban en libertad el mal de ausencia que les aquejaba todo el tiempo.

54

Los honorables huéspedes también tenían lo suyo pues avivados con las bebidas: cantaban, recitaban y con instrumentos rudimentarios entonaban melodías cultas, por no decir extranjeras.

El libanés tenía ese dominio y compartía con los serranos para que ellos entonaran de acuerdo a sus instrucciones, era

diestro con el violín, pero el ambiente humedecía los instrumentos y perdían su tonalidad, para recuperar su originalidad tenían que calentarlos.

Los otros respetables no se quedaban atrás, el señor Rizo Patrón, se metía a la cocina para impresionar con la exótica “chicha en caldo”, potaje hecho con presas de gallina semidoradas, cebolla, orégano, uvas, pasas, aceitunas, ajos, ají fresco y chicha de jora, que en algunas reuniones especiales se preparaban generalmente en las celebraciones de cumpleaños o visita de personas importantes.

Con la cacería de venados, perdices, paujiles y sajinos, el libanés hacía viandas sabrosas dignas de la realeza, las bebidas tenían que ser de calidad, el vino traído en barco desde Europa y luego conducido por los abruptos caminos del suelo peruano, eran etiquetas y gustos costosos.

El ají que producía el fundo era de variados colores, tamaños y sabores que al principio los venerables temían, pero al ver a los serranos que comían casi entero con sal y limón, fueron probando mientras encontraran el sabor convirtiendo en su ensalada favorita, expresando a los temerosos que los de la sierra comen tanto ají y no han muerto.

Etiquetando propiedades benéficas para la salud; cada uno eligió una variedad diferente, con las plantas cercanas a la casa, cogían los ajíes frescos que preferían. Fueron descubriendo los manjares escondidos en el bosque: hojas, flores, retoños, chontas, callampas, frutos, larvas, gusanos coleópteros, cangrejos, las reinas de las hormigas cortadoras, ranas, quelonios, insectos, una gran variedad de peces pequeños de las quebradas fangosas y las formas de pescar que ellos aprendieron, con el barbasco, la nasa. De esta manera incrementaban la comida diaria, que don Moisés, iba enseñando.

Se levantaban muy temprano cargaban sus canastos para recolectar los vegetales de su preferencia, resaltaba por su sabor muy especial el cogollo de chapti, shaqui, pituca, situlli,

chuncho-colish, pico de loro, el ataco, el yuyo y variedades de callampas con sabores y olores agradables; el recoger los vegetales muy temprano era para poderlos comer, pues al estar expuestas al sol se volvían tóxicas.

Recolectaban hojas de mishquipanga, con las que hacían los huapuches, que asaban en el fogón; estas hojas aromáticas daban un sabor especial, y las preparaciones agradaban a los honorables huéspedes, los sabores, cuanto más exóticos son, avivan el deseo de degustarlos.

Los gusanos tenían también sabores exquisitos; la ubicación y recolección de larvas de diferentes tamaños y colores: las hormigas barrigudas siquisapa curus, que los sabios aprendieron a atraparlas poniendo trampas en la entrada de los hormigueros, el libanés las tostaba, las salaba y molía creando una pasta con la cual condimentaba las comidas.

Los suptillos, larvas tejedoras de una especie de papel blanco con pequeñas manchas de color gris, viven exclusivamente en las guabas, alimentándose de sus hojas, sancochadas con sal tienen un sabor agradable. Las tintas, gusanos de color indefinido con protuberancias espinosas que se alimentan de las hojas del arbusto tinta, al sancocharlas, el agua se tiñe de azul, son muy agradables y miden cuatro centímetros.

El suri, larva de un coleóptero que vive en los troncos de palmeras cortadas, es de color crema, muy gordo se come haciendo chicharrón mide seis centímetros. La bolaina, larva de color oscuro que vive y se alimenta de las hojas del árbol del mismo nombre, mide quince centímetros, para comerlo hay que quitarle la cabeza, vaciar su estómago, lavarlo y sancochar con sal, muy sabroso. La awiwa, una larva que vive en la cañabrava y el cocotero multicolor mide diez centímetros.

Los coleópteros de diferentes tamaños y formas viven en maderas en descomposición, se come dorados en carbón. Los caracoles gigantes (congompes), eran los preferidos de los extranjeros que iban al monte exclusivamente a recolectarlos,

seleccionaban los más grandes y traían en sus canastos hasta 50 unidades cada uno; ya en casa los higienizaban y ponían en un cercado de cañabrava hecho para tal fin, agregaban harina de trigo que los caracoles comían; después de unos días los sacaban, los lavaban con esmero, los cocinaban por largo rato, añadían sal, limón y ají y luego venía el banquete.

Los tubérculos, semillas y frutas; la sachapapa, el dale dale, la sachaoaca, el mairo, la pituca, el chapti, el shaqui, la arracacha, la papa silvestre que crecía en los cocales, la ashipa, leguminosa que tiene un tubérculo de sabor agradable y se come crudo, es refrescante.

El sacha maní, fruto de una enredadera que tiene una nuez robusta que se come asado, muy sabrosa; la shica shica, palmera de tallo delgado, muy espinosa que tiene un nuez suave y agradable; el pijuayo, palmera muy útil del cual se come su fruto, la nuez y su cogollo; de otras variedades de palmeras que son muchas se utiliza su cogollo.

La manchinga, árbol gigantesco que produce frutos parecidos al del árbol del pan, pero mucho más sabrosos, se comen cocinados; las chirimoyas silvestres abundantes en el monte formando manchales, de sabor agradable y su pulpa de color morado.

El itiningo, tiene un fruto de pulpa roja, de sabor agridulce; la manzana silvestre, de color amarillo, muy perfumada y de sabor agridulce; la manzana blanca, árbol que tiene una floración desde el cuello hasta sus ramas, prácticamente un ramillete de flores y frutos de sabor dulce suave.

La gran variedad de guabas y pacaes de diferentes colores, sabores, hábitat y alimento de una gran variedad de animales del monte; una de estas especies que vive en terrenos pantanosos es buscada por los curanderos por sus propiedades tonificantes y reconstituyentes. Todas estas plantas fueron de mucho interés para los “mishtis”, que cada día andaban en su búsqueda.

## *La búsqueda del torito*

La búsqueda y recolección de callampas, era una tarea especial, para la cual se ponían de acuerdo, tal vez querían disfrutar de sus delicados sabores; al conocer las trochas se iban con total seguridad de encontrarlas. Fueron fascinados por las callampas de colores vivos, y de sabores especiales, que suelen crecer en árboles caídos en proceso de descomposición y bien aireados, el hábitat de estas especies generalmente estaban en los cursos del río con palizadas antiguas.

Los sabios enrumbaron en su búsqueda por las islas secas, encontrando abundantes especies, pero no la que buscaban, trajeron azucena callampa de color blanco muy delicado; también la mojarra-callampa, aromática y delicada y abundante rinri callampa, a las que al día siguiente los sabios las guisaban.

Pero quedaban pendientes las callampas de color rosado que parecían pedazos de alguna carne; dos días más tarde los otros sabios que no fueron a la primera recolección decidieron buscarlas.

Antes de la búsqueda de las callampas de color rosado hablaron con don Moisés, quien indicó una chacra antigua; talaron árboles de palo de acero, advirtiendo que fueran provistos para cualquier eventualidad, pero como siempre creían ser autosuficientes se fueron sin tomar precaución, pero el monte es un laberinto de vida, conjuga todos los elementos que obligan a las mentes a prestar atención.

Las aves, mariposas, reptiles, animales cuadrúpedos grandes y pequeños; los insectos perturbaron su concentración y perdieron la trocha, pero eso no preocupó mucho ya que oían el murmullo de las corrientes y cascadas del río Tazo, siguieron caminando encontrándose con un montículo de árboles caídos

y un aroma muy especial, intuyendo que estaban cerca al “toro”.

Con dificultad empezaron la búsqueda, cada vez la fragancia se intensificaba que incitaba a seguir adelante; en estos afanes olvidaron el transcurrir de las horas, entonces uno de ellos empezó a preocuparse y cuando decidió regresar divisó algunos colores en el bosque y fueron hacia allá.

Para sorpresa de ellos, estaba allí el torocallampa inmenso, gordo, brillante y largo, cubriendo todo el tronco; calcularon



en metros y libras.

### **Los Toritos**

Tenía una cantidad considerable que necesitaban por lo menos cinco hombres para cosechar y llevar, pero al seguir adelante había troncos con igual o mayor cantidad de esta variedad de callampa: rosadas, gordas y voluminosas, con un aroma que se expandía por todo el bosque. Los dos aventureros no se animaron ni siquiera a tocarlos al ver la magnitud y belleza del prodigio de la naturaleza, el embeleso obligó a buscar refugio junto a un gran árbol, teniendo que pernoctar allí haciendo guardia a los “toros” que tanto habían querido encontrarlos.

Al día siguiente, después de una noche sin dormir, llenaron sus canastos y pusieron en práctica las marchas forzadas; al

---

llegar a la casa con el preciado botín, tuvieron el merecido recibimiento y deseo de degustarlos, y los cocineros hicieron tal prodigio.

Este descubrimiento no quedó allí, los sabios fueron al lugar estudiando las cualidades del medio y todos los factores que intervenían para el crecimiento de este maravilloso hongo. Buscaron las formas de preservarlo, entraron a tallar la sal, el vinagre, la fermentación, la ebullición y el secado, que fueron los mejores preservantes, pero la deshidratación fue tema principal en el que trabajaron con mucho esmero, haciendo toda clase de pruebas. El ahumado y salado era la mejor forma de conservación; cada día amanecían con deseos de encontrar todas las riquezas del valle. Esta experiencia prendió la llama en el intelecto del libanés que conocía los usos de saborizantes alimenticios; dándose con total entrega a su elaboración.

Pero antes descubrió las cualidades de la cal; con la chancaca o miel de caña, las mermeladas y dulces tomaban un color y sabor poco agradables. De tanto buscar alguna fórmula vio a los serranos que masticaban la coca con cal y ellos decían que daba mejor sabor, lo cual animó a poner un poco de cal en las preparaciones con resultados óptimos. Vinagres de piña, plátano, manzanas silvestres, guayabas, limones, naranjas y otros. Mermeladas, dulces de guayabas, del olluco, de manzanas silvestres, de piña de rinricallampas y otras con miel de caña. Pastas o mermeladas saladas de ají, tomate, cocona, y la rinricallampa como gel coagulante, que inducían a la fermentación acética y sometida a cocción controlada, agregaban sal de mesa, convirtiéndose en un saborizante muy exquisito. Esto llevó a procesar cualquier variedad de hongos, pero los “toros” eran los preferidos por su especial sabor, color y presentación. Otro rubro que empezó a tomar auge fue la fermentación de la yuca cruda procesada y tostada, que en las pruebas iniciales dio buenos resultados, pronto corrigieron los pequeños defectos.

Para los sabios se abría así la posibilidad de industrializarla y crear una fuente alimenticia nutritiva, y fueron los serranos los que encontraron sus bondades, fácil de almacenar, transportar y comer solamente añadiendo agua fría, café, té o cualquier líquido de su preferencia muy especial para los hambres, pero estos avances se diluyeron, por las persecuciones y el desmembramiento de la sociedad.

Si analizamos este producto es alimenticio, la fermentación enriquece sus cualidades y muy bien puede paliar la escasez de comida en las serranías.

### *Las cacerías*

Los obreros, diestros en la caza de animales menores enseñaron a los sabios a proveerse de carnes muy exquisitas, así aprendieron a usar: las chaqui-tuclla, una especie de horca que se activaba al pisar la trampa, quedando colgado boca abajo, como la vara que sostiene al hilo es flexible cada vez que se movía el animal el nudo corredizo se ajustaba, algunos animales morían por asfixia y otros esperaban hasta la llegada del cazador. La cunga-tuclla, igual que la anterior, se activa cuando el animal muerde y jala el cebo, pero el nudo corredizo le agarraba del pescuezo; asfixiándolo. El machucador, consistía en dos cercos paralelos a los costados de una madera pesada, el cebo se encontraba en el interior, hacia la parte trasera, el animal entraba a la trampa para comer el cebo, cayéndole encima el pesado tronco.

El hueco o poza, hacían un hoyo en la tierra con una profundidad de 1.50 metros de altura que luego cercaban con cañabrava impidiendo que el animal pueda subir, y al caer quedaba incrustado en las lanzas; generalmente los encontraban muertos. A la zarigüeya, el cazador siempre la encontraba “muerta”, pero cuando la sacaban del hoyo emprendía una veloz carrera.

## ¿Qué animales comían?

El señor Sifuentes, construyó un canasto para pescar cangrejos, en cuyo fondo amarraba trozos de yuca y sumergía en las pozas de las quebradas, los cangrejos entraban, pero no podían salir, al día siguiente iba a recoger su canasto lleno de crustáceos y por supuesto disfrutaban de un gran banquete.

Perdices, paujiles, pavas del monte, manacaracus, palomas, garzas nocturnas, monos, zarigüeyas, majases, añujes, sajinos, sachacuyes, cangrejos, que cada cazador tenía especial predilección, al libanés le gustaban las aves, especialmente las perdices a las que sabía guisarlas de maravillas. Al señor Riso Patrón, le gustaban los sachacuyes : de pelaje duro, de color gris rojizo y de pecho blanco, los chamuscaba y condimentados los asaba a fuego moderado dejando un color dorado, resaltando la finura de la carne.

Estos hombres tenían la certeza de estar disfrutando de aquel jardín primigenio, abundaba el sustento en todas sus formas. La revisión de las trampas hacían en horas de la mañana, cada uno de ellos se levantaba muy temprano con la ilusión de encontrar alguna presa, que siempre conseguían, pero algunas veces caían animales que no eran de su agrado.

En esta actividad formaron un club y empezaron a sectorizar todo el monte, repartiéndose los lugares de caza por los diferentes caminos, cada uno ponía varias trampas, a mayor número más posibilidades de obtener una presa, lo hacían con tal entrega y ponderación que los peones decían que eran unos voraces carnívoros.

A veces los sabios regresaban con varias piezas de caza, otras veces volvían sin nada porque los animales encontrados no eran de su agrado.

Cazador cazado. El señor Piélagos, el más diestro en estos quehaceres, una mañana lluviosa fue a revisar sus trampas,

muy confiado; al llegar tenía un machucador más grande, se sorprendió al encontrar una osa de anteojos con sus crías comiendo el majás que estaba debajo del tronco.

Al notar su presencia, la osa empezó a rugir creándole pánico, entonces empezó a correr la mejor maratón de su vida y los cinco kilómetros que distaban a la casa lo hizo tan rápido que los demás sabios, al verlo, se espantaron; él quería que lo protegieran diciendo que una osa con sus crías le estaban siguiendo y apresuradamente cerró las puertas de la casa y se ocultó bajo la cama, estaba tan asustado que tuvieron que hablarle y decirle que ya no había peligro.

El gran susto del señor Sifuentes, a pesar de su amplia experiencia en las cacerías, fue porque no pudo entender cómo una boa había entrado a la trampa, pues cuando levantó el machucador habían dos animales muertos: la constrictora y una carachupa; contrariado cargó al armadillo grande y pesado.

Ya en la casa, narró lo sucedido, entonces los peones que oyeron el relato, sin pérdida de tiempo fueron a recoger a la serpiente, repartiéndose por pedazos para utilizar su grasa, su piel y su esqueleto, sin desperdiciar nada introducían en botellas con aguardiente, considerado un tónico de efectos revitalizantes.

Para los serranos, todo cuanto decían los cholones, tenía el poder de curar males corporales y espirituales; a estas creencias contribuían las hojas, cortezas, maderas, tubérculos, el chamairo, el huaco, semillas, despojos de toda clase de animales, resaltando al oso, la serpiente y en general todo animal silvestre; las consideraban curas efectivas para ellos y también para sus animales.

En los Andes amazónicos abundan variedades de abejas, entre ellas las meliponas, que carecen de aguijón; algunas muerden y cortan el cabello, pero en su mayoría son dóciles. Cada variedad tiene una miel muy particular que los pobladores atribuyen propiedades medicinales y algunas

---

afrodisiacas, por este motivo en días especiales los científicos iban al monte llevando envases para extraer la miel y los demás componentes del panal, como el chumpac (polen fermentado) y la cera, esta última muy solicitada por los talabarteros y zapateros.

---

***Eleuterio Merino.***

***“Las guerras, no son con otros hombres;  
sino la cotidiana e interminable lucha  
con nuestras exageradas ambiciones”.***

***EL pago a la tierra:***

*“Aguardiente, coca, cal, cigarro, frutas, dulces como ofrendas,  
peticiones contritas a los dioses escondidos en las imponentes  
montañas, ríos, lagos y quebradas cubiertos por las misteriosas y  
cambiantes neblinas multicolores o las negras tempestades con rayos y  
truenos amenazantes, todas las etnias del Perú creen y adoran al  
paisaje que perciben a las energías naturales y al horizonte que les  
cobija el cual es parte inseparable aun después de la muerte”.*